



CRÓNICA HISPANO-AMERICANA.

FUNDADOR Y PROPIETARIO.—D. EDUARDO ASQUERINO.

DIRECTOR.—D. VÍCTOR BALAGUER.

PRECIOS DE SUSCRICION: En España, 24 rs. trimestre, 96 adelantado.—En el EXTRANJERO, 40 francos al año, suscribiéndose directamente; si no, 60.—En ULTRAMAR, 12 pesos fuertes.

ANUNCIOS EN ESPAÑA: medio real línea.—COMUNICADOS: 20 rs. en adelante por cada línea.—REDACCION Y ADMINISTRACION: Madrid, calle de Floridablanca, núm. 5.

Los anuncios se justifican en letra de 7 puntos y sobre cinco columnas.—Los reclamos y remitidos en letra de 8 puntos y cuatro columnas.—Para más pormenores véase la última plana.

COLABORADORES: Señores. Amador de los Ríos, Alarcón, Arce, Sra. Avellaneda, Sres. Asquerino, Auñón (Marqués de), Álvarez (Miguel de los Santos), Ayala, Alonso (J. B.), Araquistáin, Alberto de Quintana, Becquer, Benavides, Bueno, Borao, Bona, Breton de los Herreros, Campoamor, Camus, Canalejas, Cañete, Castelar, Castro y Blanc, Cánovas del Castillo, Castro y Serrano, Conde de Pozos Dulces, Colmeiro, Correa, Cueto, Sra. Coronado, Sres. Dacarrete, Eguilaz, Escosura, Estrella, Fernández Guesta, Ferrer del Río, Fernández y G., Figuerola, Forteza, Federico Alejos Pita, Félix Piñueta, García Gutiérrez, Gayangos, Graells, Harzenbusch, Janer, José Felín, José Joaquín Ribó, López García, Larra, Larrañaga, Lasala, Lorenzana, Llorente, Madoz, Mata, Mañé y Flaquer, Montesino, Molins (Marqués de), Matos, Moya (F. J.), Ochoa, Olavarría, Olózaga, Palacio, Pasaron y Lastra, Pi Margall, Poe, Reinoso, Retas, Ribot y Fontseré, Rafael Blasco, Ríos y Rosas, Rivera, Rivero, Romero Ortiz, Rodríguez y Muñoz, Rosa y González, Ros de Olano, Rossell, Ruiz Aguilera, Rodríguez (Gabriel), Selgas, Sanz, Segovia, Salvador de Salvador, Salmerón, Serrano Alcázar, Teodoro Llorente, Trueba, Varela, Valera, Vicente Boix, Wilson (la baronesa de).

SUMARIO.

Revista general.—El Danubio. De Ginebra a Viena, por la baronesa de Wilson.—Melancolía, por don Arturo Perera.—Lactancia maternal, por el doctor H. Donerán.—Otro episodio, por D. Víctor Balaguer.—La soberanía nacional en España, por D. Luis Cuchet.—Incompatibilidad del poder espiritual y del poder temporal que se atribuye al Pontífice romano, por D. F. J. Moya.—Magnetismo y espiritismo, por D. José Joaquín Ribó.—Fuerzas perdidas, por D. José Felín.—Sección científica y filosófica. Análisis espectral, por don E. Rodríguez.—Descripción de la cueva de Bella Mar, en Matanzas, por D. José Victoriano Betancourt.—El tabaco. Apuntes de un fumador arrebatado, por el Dr. Duñamara.—Anatema a los Borbones, (oda) por D. Tomás R. Pinilla.—La cuna y la huesa (poesía), por D. Rafael Blasco.—Anuncios.

LA AMÉRICA.

MADRID 26 DE FEBRERO DE 1870.

REVISTA GENERAL.

Una calma cada vez mas profunda; un reposo cada vez mas estable, va reemplazando inevitablemente en la relacion política, á la agitacion, á los temores, á la intranquilidad en que los partidos impacientes y desasosegados se venian moviendo hasta de aqui, atribuyendo al pais mismo su descontento, sus desilusiones y sus esperanzas frustradas. Porque hay que tener en cuenta, y este es el fenómeno mas digno de consideracion, que la táctica, que el procedimiento, que el recurso gastado de los partidos hasta ahora, ha sido el de juzgar al pais en terno, como siendo el interesado en los fines parciales, en las miras egoistas y en las tendencias exclusivas que á cada uno de ellos impulsan y mueven.

Nada, sin embargo, mas natural que este procedimiento de los partidos, tal y como hoy se hallan constituidos. Y es que ninguno de ellos se da cuenta racional, no solo de las relaciones que con el pais les unen, si es que ni de los elementos é intereses que los constituyen, ni mucho menos del nivel, importancia y significacion que ante los intereses generales significan y valen. Viven en una completa irracionalidad, y toman sus preocupaciones, sus aspiraciones, sus egoismos, sus temores y sus presentimientos por el estado del pais, y por sus condiciones generales.

Error mas profundo de lo que parece, y que necesita ser radicalmente disipado, si hemos de concluir para siempre con esa última barrera, en la que pretenden atrincherarse, sobre todo, aquellos partidos que, solo metiendo ruido, es como pueden dar señales de una vida que no tienen, y de una importancia de que carecen.

Los partidos, las parcialidades políticas, son, en los criticos tiempos presentes, expresion concretamente egoista de los intereses que representan; y ciertamente que los intereses, como tales, nun-

ca han sido consejeros muy imparciales ni jueces muy serenos, para poder apreciar con un verdadero sentido de razon, la posicion que ocupan y la significacion que tienen.

Trabajo verdaderamente curioso y de fecundos resultados, seria el de anatomizar delicadamente los partidos y sorprender en su temperamento y naturaleza, el secreto íntimo de sus irracionalidades, y la causa oculta de sus juicios apasionados y de su examen interesado.

Propiamente hablando, cada agrupacion política, se halla constituida por unas cuantas clases heridas y por unos cuantos elementos disgustados; y, tén-gase en cuenta, que los intereses amenazados de estas clases, no son meramente los que á su posicion material se refieren, sino que son á una con esto; sus vanidades frustradas, sus influencias decaídas y sus omnipotencias anuladas; en una palabra, todo ese mundo pequeño de miserias humanas que han constituido siempre los murmullos de los siglos, las protestas de las épocas y las debilidades de cada momento histórico que perpétuamente tienen la manía, en su hinchazon, de aniquilar el infinito.

Lo que siempre ha sucedido, no podia menos de suceder ahora, con tanta mas razon, cuanto que nunca como en este período crítico de la historia humana, es el juicio decisivo de la vida, tan profundo, íntimo y universal como el presente.

Preguntadles á los elementos doctrinarios por qué la situacion política que actualmente atraviesa España, les parece desoladora, anárquica, infecunda y peligrosa, y os presentarán reproduciendo su eterna cantinela, el cuadro elegiaco de sus tendencias no secundadas y de sus planes desconcertados. Os dirán que los intereses creados, de quienes se dicen genuinos representantes se hallan amenazados de muerte porque lo están sus monopolios; os dirán que la sociedad está fuera de asiento, sin estabilidad, sin vigorosos apoyos, porque sus intriguelas, sus miserias, sus bastardas influencias, han dejado de tener base segura en que afirmarse; os dirán que la interinidad en que nos hallamos, es una situacion que favorece todas las pretensiones absurdas, que alienta todas las esperanzas desalentadas, que engendra la anarquía, que trae la perturbacion, el descrédito, la ruina del pais, sin otra prueba que oponer, que la de que sus sueños no se han cumplido, ni sus ambiciones realizadas. No se cuidarán ciertamente de examinar las condiciones de la situacion, ni el espíritu del pais que habia de revelarles con harta elocuencia la imposibilidad de que lo absurdo se cumpla, y la necesidad de que por el contrario, lo lógico, lo racional, lo verdadero se realice.

Como no se cuidan de estudiar á fondo el estado del pais que la revolucion de Setiembre ha creado, ni las causas profundas que lo han determinado no tienen en cuenta que todo el mundo anterior á la revolucion, antes, mucho antes de que cayese de un modo material en Alcolea, habia caído moralmente de las conciencias de todos los españoles tan radicalmente, que no hay posibilidad ninguna de que semejante edificio pueda volver á restaurarse. Y si no, veamos: ¿quién podrá volver á restaurar la vieja monarquía doctrinaria, que tantas prostituciones cobijaba y que tantas inmoralidades protegía? ¿Quién podrá restaurar el exclusivismo religioso, que tantas corrupciones producía y que tantos fanatismos engendraba? ¿Quién podrá rehabilitar la cinica burocracia, que tan profundo desprecio ha inspirado á todas las almas no enfangadas en la basura de un oro corruptor? ¿Quién podrá hacer simpática la sofistería del doctrinarismo indigesto, que solo de un despotismo enervador puede sacar partido?

¿Sabe el doctrinarismo de todos los matices, todas las indignaciones, todas las cóleras, todos los desdenes, todo el asco que ha producido á la masa del pais el encontrarse siempre víctima de sus reinados, siempre mártir de sus dominaciones, tan especuladoras como ex-cépticas? ¿Sabe el doctrinarismo de todos los matices la profunda indiferencia, el hondo hastio, el tedio sin límites que los antros de su conciencia, conocidos por el espíritu público, han producido en este? ¿Sabe todo ese mundo antidiluviano el veredicto terrible que la conciencia unánime ha pronunciado contra él?

Si á ello estuviera atento, ¿podria salir ahora con la ridícula pretension de que la rehabilitacion, mas ó menos hipócrita, de todo aquel fango, era el único medio de salir cuanto antes de esta interinidad que los ahoga?

Y si el pais está harto de doctrinarismo, saturado de intrigas, aburrido de miserias, cargado de monopolios, avergonzado de injusticias, ¿no es engañar y engañarse descaradamente el pretender hacer pasar por exigencia del pais su apremio por crear una monarquía doctrinaria tan impregnada de vicios como la expulsada? ¿No es engañar y engañarse aspirar á reconstituir un orden político tan llagado como el que se derrocó en Setiembre, á pretexto de que hay unos cuantos descontentos que ya no especulan y otros cuantos soberbios que ya no mandan?

Nada hay en verdad tan impenitente y tan ciego como los partidos, cuando solo juzde sus intereses y por sus intereses juzgan los acontecimientos. Bajo este punto de vista todos obedecen á iguales instintos, á idénticos móviles; cuanto mas viejos son, mas tenaces, mas

empeñados están en resucitar lo que está muerto. Obran como los individuos ancianos, á quienes ningun tiempo les parece mas bello que aquel en que ellos eran una esperanza, considerando las edades ulteriores, que los han dejado atrás, como un invierno del bien, de la tranquilidad y de la dicha, cuya primavera, segun ellos, la tuvieron precisamente cuando por su juventud eran una flor sin deshojar.

Hasta el carlismo, esa escrescencia de sacristía, se agita estos dias con la tenacidad de la teocracia espirante, por hacer algun efecto, cuando hasta para hacer ruido es impotente. Verdad es que la impenitencia de los partidos que se creen celestiales, es una impenitencia absolutamente incurable; solo cuando dejan de tener por completo intereses que explotar é influencias que sostener, es cuando quedan sepultados para siempre, y cuando dirigen de hecho el corazon á otros horizontes, hacia los que ya tenían desde luego vuelta irresistiblemente la cabeza. Dejémosles que en su desesperacion hagan, si á ello se atreven, su última intentona contra el destino inexorable; eso probará el ciego empeño que tienen en acelerar su enterramiento.

De mas importancia inmediata, de mas significacion directa, son en esta quincena los acontecimientos del vecino imperio. Su seriedad, su carácter sombrío, está en la sangre que han originado, por mas que las causas que han dado origen al suceso no tengan las proporciones que han tenido sus efectos.

Ya en otra revista nos ocupamos del carácter de esa nacion y de sus condiciones morales, sociales y políticas; ya en ella consignábamos ese espíritu esencialmente formalista y dramático que, en nuestra opinion, constituye su temperamento; pero ahora debemos examinar mas detenidamente la influencia que su historia y sus precedentes políticos han ejercido sobre la Francia, y qué orden de rectificaciones se halla obligada á realizar, si no quiere correr el ridículo con que tan admirablemente ha sabido calificar su actitud de estos últimos dias el jefe de su Gobierno actual, aspirando á conquistar seriamente la libertad, de que tan lejos se halla todavía, por mas que en su alucinacion crea lo contrario.

La Francia actual tiene una manía de que necesita curarse, ante todo, si ha de llegar seriamente á ser un pueblo libre. Sus glorias pasadas, sus antiguos heroísmos, su Constituyente, su Legislativa, su Convencion, su Directorio, su Consulado, su Imperio; los grandes hombres que han llenado el mundo con sus hechos; su Mirabeau, su Danton, su Vergniaud, y, sobre todo, su Bonaparte con su Austerlitz, su Marengo, su Friedland, el gran ejército, la gran nacion, la gran República, el gran imperio, son,

ciertamente, cosas que enorgullecen y que pueden hacer por algún tiempo perder la cabeza á cualquier pueblo que, como el francés, es tan amante de sus hazañas y de sus hechos brillantes; pero el pueblo francés no ha caído todavía en que todo ese esplendor, toda esa pompa, todo ese ruido, lleva consigo un peligro grave, un peligro inminente, un peligro de que difícilmente se libran los hombres, cuanto mas las naciones que, como la Francia, son entusiastas hasta el delirio. Este peligro es la vanidad, la presunción, el orgullo que siempre achica, que siempre empequeñece, que siempre enerva.

La Francia de los tiempos del primer imperio, sobre todo, no se apercibió ciertamente de que su fuerza, su prestigio, su poder ante Europa, no eran mera y exclusivamente producto de su energía, de su valor, de su heroísmo, sino que, ante todo y sobre todo, eran primeramente debidos á los principios universales que estendia, al sentido humano que la revolución había desenvuelto, al movimiento de conciencia que aquella había iniciado. Antes que franceses, eran aquellos sublimes principios del 89, principios totales, conceptos absolutos que á la humanidad se referían, premisas eternas que al hombre entero pertenecían sobre todo carácter de nacionalidad, sobre toda determinación de localidad. Que la Francia los extendió, que la Francia los sembró por la vieja Europa, que la Francia los irradió por el espacio; hé aquí su gloria que siempre le reconocemos, que siempre le estimaremos, que siempre la tendremos presente; pero téngase en cuenta que esta gloria, que este mérito, es siempre segundo, siempre subordinado, siempre limitado. La Francia tuvo poder por aquellos principios, no por ser simplemente la Francia. Y tanto es así, y tan en segundo lugar estaba la Francia relativamente á aquellos altísimos principios, que precisamente porque sobrepasaban su cultura, su sentido social, su nivel político, es por lo que los anuló en su interior, llevando á la guillotina á sus representantes mas genuinos, á pesar de servirle ante la Europa entera para despertar su emancipación. Era como un ciego que llevase un sol en la frente, con el cual, á pesar de iluminar á todo el mundo, no por eso dejaría él de estar á oscuras.

Y tan cierto es esto, que á la caída del imperio y al advenimiento de la restauración, no pasaban de ser uno de tantos pueblos constitucionales como los que en Europa entonces comenzaban á formarse á consecuencia de su revolución. Próximamente, era la misma su talla relativamente al nuevo orden de vida que en su seno se había inaugurado, que el que tenían las demás naciones de la vieja Europa; de los mismos vicios adolecía, las mismas preocupaciones la invadían, idénticos fanatismos tenía que barrer de las conciencias, la misma teocracia, el mismo espíritu doctrinario, los mismos resabios que del pasado había heredado, tenía que estirpar.

Su obra ulterior lo ha mostrado harto elocuentemente, sin que por eso la Francia haya borrado totalmente el vicio de la presunción y de la vanidad nacional que todavía no ha extinguido, y que tiene obligación de disipar si ha de llegar á ser lo que la democracia demanda.

Las últimas consecuencias de ese vicio capital, las ha venido á tocar en los recientes acontecimientos que han vuelto á inundar de sangre las calles de París. La Francia ha creído que solo haciendo ruido, produciendo escenas dramáticas y estallidos tumultuosos, es como se adquiere fama ante el mundo, que es su primera manía, y á favor de la cual es como creen conquistar la libertad.

No ha llegado á comprender todavía que la conquista de la libertad es algo mas callada y silenciosa de lo que parece; que la conquista de la libertad solo se alcanza, cuando de un modo profundamente renovador se transforman las costumbres, los caracteres, la educación, el espíritu, el sentido, la vida entera de los hombres, en una palabra. No ha llegado á comprender que las relaciones formales de la política, no son por su hecho y sin mas, la emancipación completa ni que, estas relaciones formales que al reconocimiento de las condiciones jurídicas se refieren, son otra cosa que el medio de llegar á obtenerla, el punto de partida inexcusable de su realización.

Por eso, dando sus tribunos actuales una importancia exagerada á la cuestión de forma de gobierno y enamorados de la palabra República, no han sabido apreciar todo el valor que las transacciones obligadas del imperio tienen, ni de cómo son una palanca poderosa, con la que pacíficamente se puede llegar á conmover el mundo.

Las exageraciones de Rochefort, de Fonvielle, de Flourens, mas bien son producto de una alucinación poética y de un apasionamiento irracional y ridículo hacia lo heroico, que resultado de una verdadera convicción y de un error históricamente invencible. Nosotros encontramos á Marat, á Fouquier Tinville, á Collot de Herbois, sombriamente grandes en su ceguera, porque aquella ceguera era en ellos natural y temporalmente irremediable; pero no podemos menos de encontrar pueriles, vanidosos, superficiales y ligeros á estos modernos ídolos populares, que á sabiendas quieren pasar por temibles, en su afán de hacer á la Francia la nación dispensadora de la libertad al mundo, despues de un espectáculo trágico mas ó menos sangriento.

Cuando se cree que Francia es el primer pueblo liberal del mundo, se cree que París es la cabeza privilegiada de la tierra; y esta inmensa preocupación se comunica á todos sus individuos, hasta el punto de hacerles creer que cada individuo en París puede producir un cataclismo en el planeta.

Nosotros lamentamos ciertamente, y con todo nuestro corazón, las víctimas que ha originado recientemente en la nación vecina, una exageración de patriotismo y un error de procedimiento, para conseguir la libertad á que todos aspiramos; y no seremos nosotros, en verdad, los que lancemos un anatema á los hombres que, por sendas equivocadas, han aspirado á anticipar el reinado del derecho, de la libertad y de la justicia; pero al mismo tiempo, no podemos menos de hacer constar este extravío, porque solo conociéndolo primero, es como puede realmente remediarse.

Si Emilio Ollivier está, como creemos, decidido á desenvolver gradualmente, y á hacer práctica y viva la democracia en ese país, nos parece á nosotros que debe irsele dejando expedito el camino, mucho mas, cuando el imperio está vencido, y vencido para siempre; y cuando el espíritu público sensato de la Francia, va mostrando, con mas intensidad cada día, su deseo de regenerarse totalmente en la democracia, y de matar para siempre su doctrinarismo enervador y las alianzas egoístas de sus intereses con los poderes permanentes y privilegiados.

Hora es ya de que la Francia vaya dejando de tener esa superficialidad que le es característica, y de que ella misma comience ya á darse alguna cuenta; hora es ya de que sus exageraciones de exclusivismo nacional vayan perdiendo su pernicioso influencia; hora es ya de que, entrando en sí misma, se aperciba de que lo que primeramente la interesa, es entrar callada y silenciosamente en un orden práctico de regeneración interna, y de que no es la pompa exterior, el brillo aparente, las suntuosidades de una diplomacia fastuosa y pueril, lo que hace grandes, fecundos y robustos á los pueblos.

Si Napoleon III no les hubiese mostrado elocuentemente lo vacío y quimérico de las empresas caballerescas de la política en Italia y en Méjico, podrían todavía dudar y tener sueños de engrandecimiento fastuoso, suspirando por tiranías laureadas como la del primer imperio; pero despues de las esperanzas frustradas y de los desengaños sufridos, han debido caer en la cuenta, y reconocer que ante todo y lo primero, es aprender á ser hombres y ciudadanos libres, para ser luego nación respetable por el sentido de sus instituciones, y por la severidad de sus costumbres y de su carácter.

EL DANUBIO.

DE GINEBRA Á VIENA.

I.

El día 10 de Abril de 185..... salí de París con objeto de realizar uno de los ensueños que mas preocupaba mi imaginación de quince años, un pensamiento que acariciaba con inefable deleite, ilusión bella y encantadora como una mañana de primavera.

Visitar la poética Alemania, recorrer las orillas del Rin y del Danubio, respirar el perfume de antigüedad que contiene cada pueblecito, cada aldea, las piedras mismas, los arroyuelos, los

torreones arruinados que se levantan como mudos centinelas de las glorias pasadas, como recuerdos grandiosos de la Edad Media, de esa época de caballería y de heroísmo, de fe, honor y combates: tal era mi bello ideal.

Cuando se unen los ensueños de la niñez con los de la juventud; cuando á una imaginación viva é impresionable y apasionada; cuando á todo lo bello, á todo lo noble, á todo lo sublime, se añade el anhelo de formar un tesoro en la memoria para transmitirlo despues, entonces ya no es una ilusión de nina, ni la curiosidad de la jóven, pero si una idea fija que poco á poco se apodera de nuestro sér y hacia cuya realización se dirigen todos nuestros pensamientos.

Durante el invierno que precedió á mi viaje, me dediqué á estudiar literatura y artísticamente el país que pensaba recorrer.

Dividida la Alemania en el siglo XVI por el movimiento religioso, la razón crítica, la razón especulativa fué defendida por Lutero, y atacando rudamente á la Iglesia romana, exparcí por el universo multitud de obras teológicas.

Infatigable en su deseo, buscó lo mas bello, lo mas selecto de los diferentes dialectos, creando su vasta imaginación un idioma que, extendiéndose rápidamente, se generalizó en Alemania, legándonos bellísimos cantos, notables trabajos científicos, astronómicos y químicos, á los que el misticismo del nuevo dogma prestó impulso.

Este simultáneo movimiento conmóvó á la Europa entera, paralizándose, sin embargo, á principios del siglo XVII, porque el catolicismo había perdido la fuerza moral, y el protestantismo, degenerando en una ortodoxia exagerada, contenía en los más estrechos límites la inspiración, y á la pureza, energía y elocuencia de Lutero sucedió la frivolidad y languidez, contándose la novela histórica como la única innovación digna de mencionarse.

La literatura moribunda amenazaba exhalar el último suspiro, cuando la lucha entre la Francia y Alemania, que ejerció un saludable influjo, la despertó de su letargo, inaugurándose la poesía romántica, de la que Klopstock dejó algunas muestras bellísimas, que son ricas joyas de la literatura nacional.

Lessing, el ilustre crítico, fundó el verdadero drama alemán, y Winckelmann, como prosista, Kanti, el filósofo, y Sterder, el cosmopolita, fueron los precursores de Goete y Schiller.

De estos dos genios inmortales, el primero era universal: su imaginación abarcaba todas las épocas, todos los géneros, el romance, la novela, la epopeya, la tragedia, la comedia, la poesía lírica y el epigrama.

La originalidad y belleza de su lenguaje, los argumentos trazados con mano maestra, los tipos retratados con exactitud y perfección fotográfica, le hicieron considerar como el primer poeta de su siglo.

Infinatamente melancólico, elevado y noble, inspirándose casi exclusivamente en el patriotismo, el honor, la amistad y el amor, no poseía Schiller la variedad de su contemporáneo; pero como historiador y clásico no alcanzó menos gloria.

En algunas de las obras de Goete se revela un corazón frío y egoísta, careciendo de ese entusiasmo hijo de la convicción y de la unidad de ideas.

En el autor de la *Prometida de Messina* domina el corazón; en el de *Ifigenia* la cabeza.

La literatura alemana parece personificada en estos genios ilustres; pero á la par multitud de escritores se distinguieron como clásicos hasta fines del siglo XVIII, citándose entre ellos á Heyne, Gessner, Müller, Voss, Tieck y Richter.

Llegó el siglo XIX, y las luchas políticas, las invasiones, las guerras del primer Bonaparte influyeron en la literatura alemana, descendiendo al terreno de la realidad, de la sátira, de la filosofía hegeliana, que Strans llevó hasta los últimos límites en su *Vida de Jesucristo*.

Rückert, uno de los poetas líricos mas inspirados, Fanny Farnosso, Amelia Schopp, novelistas, y Wagner, Tieck y Insmermann, como escritores de formas mas bellas y conceptos mas elevados, han forjado la nueva era, si bien no cuenta hoy ninguna brillante joya que añadir á su espléndida corona.

II.

La escultura y la pintura sufrieron la misma alternativa: las artes no adquirieron su verdadera belleza, la severidad y majestad de líneas, la pureza y la corrección, hasta que el cristianismo levantó templos como Santa Sofía en Constantinopla, San Esteban en Viena, Nuestra Señora de París, y las suntuosas catedrales góticas que se construyeron en Alemania á mediados del siglo XIII.

¿Puede acaso compararse la admiración que produce un monumento egipcio, un templo griego, un cuadro de la antigüedad, con la emoción que se experimenta al penetrar bajo las bóvedas de una basílica?

¿Conmoverá mas tiernamente el corazón Zeus en su cuadro de Penélope, Timanto en el sacrificio de Ifigenia, que Murillo con sus admirables Concepciones, ó Rafael y Miguel Angel?

Así, pues, la religión cristiana sembró en Alemania ópimos frutos, y Roma y Bizancio enviaron sus artistas más ilustres á la corte carlovingia, extendiéndose el buen gusto artístico, que más tarde desarrollaron y propagaron los abades de los numerosos monasterios.

El estilo bizantino reinó sin rival hasta el siglo XII y principios del XIII, en que el ogival puro, esa bellísima creación de la Edad Media empezaba á ser la admiración del universo con los encajes de mármol, las esbeltas columnas, los calados rosetones, los afiligranados chapiteles

de las catedrales de Santa Isabel de Strasburgo, Maiseur y otras que sucesivamente se construyeron en los siglos XIV y XV.

Pero á las magestuosas basílicas góticas, á las sublimes joyas de la Edad Media, sucedieron las cúpulas del Renacimiento, y arrastrado el arte con increíble velocidad por la reforma de Lutero y las convulsiones políticas, llegó al último grado del mal gusto y de la decadencia, y siendo la casa de Austria poderosa en Italia, adoptó la Alemania los caprichos y exageraciones artísticas de los italianos.

Hoy la nueva escuela, iniciada por Weinbrenner, es una imitación de las anteriores, y ha dotado á la Alemania con elegantes edificios, sobre todo en Munich, aun cuando carezcan de estilo original y de unidad.

III.

En los conventos tuvieron tambien su cuna la pintura y escultura alemanas, y las preciosas miniaturas del siglo XIII son verdaderos modelos de belleza, conservándose en las iglesias restos admirables y cuadros del mas reconocido mérito.

Nada mas espléndido en colorido y detalles que el cuadro existente en la catedral de Colonia, y que representa á los patrones de la ciudad.

En él se observa como un ligero reflejo del estilo bizantino; pero en su corrección demuestra el progreso del arte en la escuela flamenco-alemana, iniciada por Van Eyck, y que el pincel de Alberto Durero debía elevar á sublime altura. Admirador y contemporáneo de Rafael, fué este gran maestro el ídolo de la Alemania, contando, como el genio creador de la Italia, un ilustre escultor por compañero.

Contenida la corriente artística por la reforma, decayó la pintura, y la austeridad y el misticismo de los principios protestantes aniquilaron y destruyeron las altivas creaciones de la Edad Media, los prodigios de la inteligencia y de la perseverancia.

Las doctrinas de Calvino y de Lutero ahogaron las tradiciones del pasado, que debilitándose poco á poco casi por completo, desaparecieron hasta mediados del siglo XVIII, en que siguiendo el ejemplo de la arquitectura, entró la pintura en un período de imitación, si bien la pintura al fresco, enteramente olvidada, ha vuelto á recobrar su merecida preponderancia, debiendo á Cornelio y Obesveck tan notable rehabilitación.

IV.

Los calados de marfil, los encajes de piedra y los cuadros y frontispicios de los altares, y más tarde las estatuas fundidas en bronce, fueron desarrollando lentamente la escultura, que durante los primeros tiempos de la Edad Media no había tenido el más leve impulso.

El inteligente buril de Juan de Colonia y Steinbach enriqueció algunas catedrales, y Juan Syrlin esculpió la bellísima sillería y los altares de la catedral de Ulm.

A Pedro Vischer le estaba reservada la corona de gloria que sin duda tegieron los ángeles para ceñir la frente del sublime escultor del sepulcro de San Sebald, en Nuremberg.

Esta joya, este prodigio artístico, los genios, las virtudes, las figuras admirables de los apóstoles, el característico San Sebald, encierran tal verdad, tal expresión, tanta belleza y tan perfecta ejecución, que se revelan los trece años de incansables trabajos que emplearon Vischer y sus hijos en esta obra.

La Italia se enorgullecía con Rafael y Miguel Angel; la Alemania con Vischer y Alberto Durero.

La escultura, auxiliar necesario, grandioso, sublime de la arquitectura religiosa, retrocedió ante el dogma que tuvo por cuna á Wittemburgo, el que, paralizando la construcción de las catedrales, destruyó las pinturas sagradas y las estatuas, imitando á los iconoclastas.

Estacionada hasta fines del siglo XVIII, en cuya época la elocuencia de Lessing y de Winckelmann la arrancó de la postración y desfallecimiento en que yacía, inspiró á Canova sus estudios de la antigüedad, elevándose aun mas hasta Ohmacht, restaurador de la escultura en marfil y madera.

Las escenas de Píndaro y Homero fueron reproducidas en bellísimos bajos relieves por Schwanthaler; pero nótese lo mismo que en la pintura la tendencia al espiritualismo y la majestad y belleza de la forma, sacrificada en aras del pensamiento y de la verdad.

V.

Formada una idea del país, mi plan era atravesar la Bélgica y entrar en Alemania por Verviers.

Un acontecimiento imprevisto hizo cambiar mi itinerario y desistir por entónces del viaje al Rin.

Durante un mes permanecí en Suiza, y despues, abandonando la pintoresca y risueña Friburgo, Berna, hogar del radicalismo, Zurich y la magnífica catarata del Rin, me dirigí á Ulm con el objeto de recorrer el rey de los rios de Europa desde su nacimiento hasta la embocadura del Mar Negro.

A la derecha de Ulm llamó mi atención un cristalino é límpido arroyuelo: era el Danubio, el camino que unía el Oriente á la Europa central, la comunicación directa del comercio que nos ofrece la maravillas de Levante, el paso de los Cruzados para Servia, el campo de batalla de los turcos despues de la conquista de Constantinopla.

Aquel plateado y bullicioso arroyo sale de las montañas de Schiratrwald y serpentea orgulloso hasta la Baviera, siendo navegable desde Ulm: en las cercanías de Viena cuenta ya 3.050 piés

de ancho; en Galatz, 1.500, y al desembocar en el mar, necesita cuatro puertas para lanzarse en la inmensidad.

Cien rios son sus tributarios, y ningun otro de Europa recorre ni fertiliza tan ricos, tan vastos, ni tan históricos dominios.

Al otro lado del Danubio, y antes de llegar á Ulm, se contempla con admiración la inmensa abadía de Wiblingen, hoy desierta, abandonada, y en cuyos silenciosos patios crecen la yerba y las zarzas.

Perteneciente Ulm, al reino de Wurtemberg, y á éste casi toda la Selva Negra, puede considerarse á los habitantes de aquel territorio como el tipo de los verdaderos alemanes, de aquellos que abandonaron las Galias, rechazados por Clodoveo, y que dieron su nombre y sus costumbres á la Germania: poseen la franqueza y alegría de sus antepasados, y los modales vivos, sencillos de sus aldeanos, su agilidad y fuerza, sus fiestas, sus trages y hasta las asambleas de los pastores, retratan fielmente á los antiguos germanos.

Al empezar la decadencia del orden gótico, se dió principio á la construcción de la catedral de Ulm, una de las mas vastas de Alemania, pues cuenta 166 pies de ancho por 416 de largo, y 141 de alto; pero desgraciadamente no está concluida.

Nada mas espléndido, bello y magestuoso que sus cinco inmensas naves, y la sillería del coro, ejecutada por Syrlin, aun cuando se nota en los detalles una mezcla original del paganismo y el cristianismo confundidos en ellos.

Las sibilas y los sibios de la Grecia, los santos y las admirables mujeres del antiguo Testamento.

Llaman la atención en los bajos-relieves del pórtico la huida del Paraíso terrenal, y en la sacristía un precioso cuadro de Rohlhammer, representando la adoración de los Reyes.

Hasta Ratisbona la navegación por el Danubio ofrece poco interés, y solamente las ruinas del castillo Hohenstaufen, hogar paterno de Federico Barbaroja, cuyo nombre, hazañas y victorias han hecho célebre el lugar de su nacimiento, preocupan el ánimo del viajero, así como la villa de Neuburgo, situada en la pintoresca cima de una colina á la derecha del Danubio.

La Augusta Tiberii de los romanos, la histórica Ratisbona, me hizo recordar la famosa liga de 1324, con la que los católicos trataron de oponerse á la reforma y á las funestas doctrinas de Lutero; y aun cuando la nieve cubria las calles y el frío era glacial, nos encaminamos á visitar la catedral, la que si bien no admira por su grandiosidad, encierra detalles curiosos, y cuyas capillas laterales muestran el estilo gótico en toda su magnificencia.

En la nave de la derecha se vé un pozo que sirve de aljibe para el agua bendita. No recordamos haber visto en ninguna parte tan singular depósito.

El monumento de Dalberg, de mármol de Carrara, es bastante bello, y dió motivo á solemnes y graves reflexiones, recordando que quien allí reposa bendijo la union de Napoleon y María Luisa.

Modelo de escultura es el altar mayor, de plata maciza sobre fondo dorado, así como la cruz y los elevados candelabros.

La antigua iglesia de Santiago es uno de los bellos restos del estilo ogival primitivo, y las bóvedas y esculturas son en extremo curiosas.

Pero nuestro mayor deseo era admirar el panteón de hombres ilustres, ese admirable edificio único en su género, y hacia el que nos dirigimos en las primeras horas de la mañana, recreándonos con la espléndida belleza de las llanuras que riaga el Danubio, medio cubiertas por la nieve y en donde el sol formaba mil caprichosas cambiantes.

El Wallhalla está situado sobre una roca, pareciéndonos ver destacarse de ella la sombra de Cárlo Magno decretando la administracion y las leyes de la Alemania y la union del Rhin y del Danubio.

Es un templo griego, con un bellissimo peristilo dórico, y la blancura del mármol con que está construido le hace aun más suntuoso y elegante.

En el interior producen un efecto maravilloso los bustos de mármol de todos los hombres grandes de Alemania, colocados por orden y por fechas.

Seria imposible haber elegido una posicion más bela que la que Luis de Baviera indicó para este monumento nacional, ni que estuviere más en armonía con la solemnidad del objeto á que se destinaba.

A la salida de Ratisbona el Danubio se desliza por una llanura; pero el paisaje cada vez se presenta más pintoresco, y gigantescas rocas, montañas escarpadas coronan la orilla izquierda.

Cuanto más se adelanta, más se disfruta con las deliciosas vistas de tan suntuoso panorama, y cerca ya de Deggendorf, el Danubio adquiere una extension magestuosa.

¡Cuán deliciosa nos pareció la montaña de Greising, en cuya cima está situado el castillo de Eck!

Pero á medida que nos acercamos rápidamente á Wilschhofen el rio va tomando un aspecto más grandioso, y el hermoso valle, que cuenta veinte leguas de estension, se parece, por la grandeza de sus ruinas feudales que coronan las cumbres de los montes, á los caballeros de la Edad Media rodeados de su fausto y poderío.

Las rocas imponentes de Sandbach se adelantan hasta el centro del Danubio, y poco despues nos encontramos en Passau, la ciudad cé-

lebre en la guerra de los treinta años por la fabricación de armas, y que dividida por el Ynn y el Ylzt, ve lo precipitarse en el Danubio con la misma indiferencia que contenpla su pasada celebridad.

VI.

Más allá se percibe la suntuosa iglesia de Mariahielf, en la eminencia de la montaña del mismo nombre, y el Danubio, formando isletas y paisajes deliciosos, nos conduce entre sombríos y altísimos torreones, que se levantan en las enhiestas rocas y que parecen suspendidos en las nubes.

En las ondas se refleja el castillo de Fichtenstein, y en medio de la caudalosa corriente, el Soehstein.

Las orillas son encantadoras, y apartándonos de Engelhardzell, frontera austriaca, se llega á Lintz pasando por debajo de un puente que cuenta más de 800 pies de largo.

El golpe de vista es encantador: el Traün se arroja en el Danubio sin interrumpir la plácida tranquilidad de su corriente.

Las fortificaciones de esta poblacion, que es una de las llaves de Viena, son imponentes.

Treinta y dos torres la rodean formando un elipse de doce leguas y divididas en tres pisos, de los que dos están rodeados por un foso y el tercero domina como á una vara de altura el nivel del suelo. Cada torre tiene una cisterna y un almacén con provisiones y municiones de guerra para trescientos hombres, y estando unidas entre sí por comunicaciones subterráneas pueden servir de campo atrincherado.

La belleza de las mujeres de Lintz es proverbial, y esta reputacion no es exagerada.

El vapor que debía conducirnos á Viena era mayor que el de Ratisbona, y en él salimos de Lintz en una clara y perfumada mañana de primavera.

Cerca de Pulgarn forma de nuevo el Danubio lindísimas y pintorescas isletas, y las orillas se tornan aun más risueñas al llegar á las ruinas de Spielberg, acostadas sobre una roca en medio del rio.

Más allá se contempla el convento de Erla, el poético castillo de Nieden Wallsee y las ruinas de Achlsiten.

Un rumor sordo y temible hace conocer la aproximacion de la isla de Worth y de las corrientes, pues en aquel sitio se divide el Danubio en dos brazos. Una cruz de madera, que se eleva en la roca que forma la isla, es el áncora de salvacion, la cual invocan los marineros y los viajeros.

Poco despues de los escollos se encuentran los torbellinos, que hoy no son tan peligrosos y sabe evitar un marineró hábil.

Rápidamente pasaron San Nicolás, el castillo de Donandorf, el imperial de Perseburgo y la suntuosa iglesia de Mariatafen.

El lujo exterior ó interior de los conventos austriacos ha dado márgen á críticas graves por sus espléndidos artesanos, la riqueza inmensa que representa cada biblioteca, las costosas colecciones de los invernales y la opulencia que reina en el recinto de la mansedumbre, la caridad y la oracion.

Más allá se encuentra Pochlarn, el Arslape de los romanos, y en la orilla derecha, la mirada se detiene con profunda admiracion en el soberbio convento de Molk, edificado en el siglo X, y segun algunos historiadores en el XI.

Su gran fachada, su riquísima biblioteca y los elevados estudios cultivados en este monasterio, le hacen considerarlo como el primero de Austria.

Siempre adelantando hacia Viena se encuentran las ruinas históricas de la fortaleza de Duerstein, asilo un tiempo de la hidalguía, de la fidelidad y del amor patrió, tipos que han desaparecido, quedando solo la tradicion.

Hoy la ingratitud y el egoismo son las plagas del siglo.

El Danubio, abandonando las gargantas y las montañas, desemboca magestuosamente en la llanura, buscando más ancho cauce que pueda contener sus caudalosas ondas.

La abadía de Gottweih y el convento de Neuburgo ocupan una posicion deliciosa, y es digna del siglo XI la tradicion de ámbos.

El velo de una jóven castellana que descansaba al pié de una colina, arrebatado por el viento de Octubre, se detuvo á bastante distancia, y en aquel sitio, el galante esposo mandó edificar el convento de Neuburgo.

Tres estudiantes conversaban á orillas del rio, y uno de ellos declaró que pensando seguir la carrera eclesiástica, si llegaba á ser obispo, mandaria edificar un monasterio magestuoso y bello.

En aquella época los hijos del pueblo aspiraban, y podian aspirar, á las dignidades más elevadas en el sacerdocio, de tal modo, que el humilde jóven llegó á ser arzobispo y fundó el convento de Gottweih.

Pero hé aquí la flecha de San Estéban, la cumbre de Leopoldsberg y Nüssdoff, puerto de la capital austriaca, y en cuyo recinto nos vemos obligados á detenernos para descubrir sus costumbres, sus edificios, sus bellissimo jardines y sus notables y pintorescos alrededores.

LA BARONESA DE WILSON.

MELANCOLÍA.

¡Vedla allí!
Esa bellissima diosa, de ojos húmedos y oscuros, saturados de ternura, de mirada dulce y amorosa, que vaga perdida en el espacio... de sonrisa acariciadora... de purísima frente que fulgura como el centelleo de pálida estrella en

noche serena... ¡vedla allí, ondeante entre las nubes de gasa que forman su cuerpo; vaporosa, aérea, impalpable!

¡Oh! desdichados de vosotros, los que no la conocéis! ¡Es que nunca habeis sentido! No habeis aun nacido á la vida que hay que vivir: ¡la vida del sentimiento!

¿Y qué es la vida así? El mundo sin mar y sin montañas, sin luz y sin tinieblas.

Es el alma sin aspiraciones: la inteligencia sin deseo: la memoria sin recuerdo: ¡la vida, sin mas allá!

¡El sentimiento es amor! Y el amor llena el mundo y le hace latir y palpitar. Todo lo grande, de él lleva el sello: todo lo hermoso, de él recibe la belleza.

Quiero hablaros de ella, por ver si os nace en el corazon el deseo de amarla.

Deseo que ha de ser purísimo, pues delicada é impresionable, como la sensitiva al menor contacto, á la mas ligera curiosidad que presiente, se desvanece y huye, ó se recoge y esconde en el fondo del corazon que la quiere y solicita.

Habeis experimentado alguna vez cierta emocion, al parecer sin causa, contemplando desde una eminencia, á la que no llegan distintamente los ruidos del mundo, uno de esos paisajes que la naturaleza con verdad espléndida crea y pinta con riquísimos colores!... ¡Oh, recordad! Era al declinar de un dia de primavera en que los rayos del sol, como sutiles hebras de fuego, iluminan el espacio y hacen brillar á vuestros ojos, por un lado las copas de los árboles de un espeso bosque; por otro mil caprichosos y variados cuadros amarillos, verdes y blancos que un ligero vientecillo hace agitar levemente, cual si se estremecieran de placer, y mas allá unos puntos blancos que parecen una bandada de palomas en reposo; y cerrando este precioso conjunto, y como el marco de este cuadro, el azul claro del cielo confundido con el mas intenso del mar, al que vá á bañar por dos extremos sus piés, la cordillera cuyas altas crestas se pierden en el espacio?

¡Oh! pues si alguna vez os habeis absorbido en tal contemplacion y habeis suspirado y embobado, no lo dudeis, es que mi diosa os ha acariciado; tal vez esa nubecilla blanca que visteis casi indiferentes cruzar allá á lo lejos sin alterar la pureza de este cuadro, era la blanda conductora que entre sus ténues pliegues la llevaba. O quizá mas arteramente del corazon se posea, penetrando en vuestro pecho entre los aromas de las flores que os cercaban y que tan deliciosos aspirabais y absorbiais.

Y no está solo en el valle; y no hace solo sentir su halago en medio de la tranquilidad y plácida armonía; que tambien cuando las nubes opacas y espesas ruedan, apiñándose sobre vuestras cabezas y se abren despues, dando paso á torrentes de agua, y cruza el rayo y retumba el trueno, el espíritu se recoge y se siente preso de una suave tristeza, anuncio seguro de la melancolía, que viene á calmar la agitacion que de otro modo os atormentara; y mas de una vez, sin saberlo vosotros, el golpear de algunas gotas en los cristales de vuestra habitacion, ó el rumor del viento que en un instante se oye silbar, habrá sido el extraño, pero acorde medio elegido para introducirse en vuestra alma, haciéndoos sumir en profunda meditacion.

¡Qué bienestar produce siempre! ¡Qué dulcísimo encanto tiene!

Siempre cariñosa, siempre tierna, siempre amorosísima, en todas las situaciones, en todas las edades de la vida.

¡Qué seria, sin ella, de los que aman y quieren, de los que esperan y sufren? ¡Cómo podría suceder en el corazon á la pesadumbre la tranquilidad, sino le abriera el camino la melancolía?

Al que la ame de veras no le faltará consuelo nunca. Ella evoca y hace aparecer en derredor nuestro, despojadas del sabor amargo que pudieran dejar, las mas sonrientes imágenes, las mas bellas ilusiones, que un dia nos hicieron latir fuertemente el corazon: ella trae, si es menester para nuestro consuelo, á su dulce amiga, la esperanza, y nos hace gozar suñando en el porvenir.

¡Qué importa el desvío que vemos reflejar, aunque ligeramente, en los ojos de una mujer para quien fuera todo nuestro cariño, toda la inmensa ternura del alma, si cuando solo ya, y libre del mágico influjo que sobre el corazon ejerce la simpatía que hacia ella nos atrae, podemos echarnos en tus brazos, y olvidar en ellos, con la debilidad que produces y la esperanza que afirmas, á aquella mujer por otra mas encantadora que se vislumbra?

¡Qué importa la distancia que una vez se interpone entre dos que se quieren con el alma, si tú, solícita y amante como siempre eres para quien á tí te ama, vas junto á ellos á murmurar las palabras que pueden halagarles mas, robusteciéndolos con cariño al recordarles el que uno y liga entrambos corazones?

¡Qué importa el tiempo y la ausencia, si tú aprovechas esas mismas circunstancias para hacer ver al tierno y cariñoso, lo que pueda favorecer y desarrollar ó mantener vivo siempre el sentimiento, despojándolo de todo lo perjudicial ó adverso que pudiere tener, y embelleciéndolo poetizándolo, melancolizando el resultado de todo lo bueno y que le es favorable?

Porque no es menester el sufrimiento para que mi diosa acuda, que así se complace cuando este caso llega, en estrecharos amorosamente entre sus brazos, y acariciar con su hábito fresco y embalsamado la ardorosa frente, como en ir á buscaros en medio de la tranquilidad mas completa de vuestro espíritu, para llevarle mas allá

del mundo y hacerle ver entre las páginas de un libro, ó en la llama de la luz, que mirais distraídamente; ó en el rápido y ligero vuelo de la golondrina que seguís con vista atenta al despedirse el estío, dulcísimas, celestiales visiones que os muestran entrelazado el mundo á que aspira vuestra alma llegar un dia.

Y las únicas armas de que se vale para apasionaros y haceros sus adoradores, son la dulzura y el mas hermoso encanto; todo cuanto encierra poesía y belleza, y con su influjo, las que á ella se rinden, las que á esa diosa quieren, toman para sí y en ellas resplandecen sus mágicos destellos, algo de su tierna hermosura, de su inefable pureza, de su noble y delicada condicion.

¡Oh! sí, sí; amada. Amada y elegida por vuestra amiga predilecta.

Vosotros, adolescentes, si os ha cabido en suerte rica fantasia y os dejais apoderar del deseo de ver realizados todos los ensueños que en su vuelo os forjó, no os vereis jamás frios y yertos, con el corazon seco, contemplando las ruinas de vuestras ilusiones por el suelo estéril y árido de una triste realidad; que ella acudirá á vuestros ojos, humedecerá vuestro corazon y lentamente irá desencantándoos, haciéndoos comprender que habeis soñado, que os habeis engañado á vosotros mismos; que el mundo encierra mucho hermoso y mucho bello, aunque no todo lo sea; y para reemplazar á la ira ó descreimiento que pudiera en vosotros queñar, recogerá á su paso la dulce melancolía una piedra desprendida y una flor seca, haciéndoos leer entre las caprichosas vetas de aquella, cifras irregularmente formadas, iniciales de nombres que ocupan un lugar en la historia de vuestra vida, y hará desprenderse de entre las marchitas hojas de esta, deliciosa fragancia que un dia hizo latir con apremio vuestro corazon, que, aspirándola, todavía se sentirá revivir.

Y vosotros, ancianos, que vivís la vida del pasado, ¿cómo rechazaréis la melancolía? ¿Quién mas que vosotros debe llamarla y quererla por amiga y compañera?

Cuando ya en vuestra mente está enjugándose la sávia; cuando ya en vuestro corazon no haya amores sino para la vida; cuando la imposibilidad de gozar de la riqueza del mundo os conduzca á negar que la haya, os lleve á creer que se ha agotado y os revolvais ásperezos y enojados hacia vuestros semejantes, que veis quizá con encubierta envidia, bullir al derredor: llamada, invocad tambien á mi diosa, y ella dibujará en vuestros lábios secos una sonrisa, avivará vuestros ojos casi apagados para mirar bondadosamente, trayéndoos la memoria de lo bueno pasado y resucitando en vuestro corazon el amor mas puro y noble hacia la humanidad.

¡Oh! sí, sí, amada, los que no sabeis las dulzuras que derrama, con que baña y suaviza las heridas mas crueles, los pesares mas acerbos de la vida.

Do quiera la tenéis: fácilmente la llamais. Con la mirada contemplativa de un cielo hermoso, ó el aroma de una flor, ó la melodía de un canto, os sentireis atraídos y embargados; os hará suspirar y embebecer.

Y hasta en el tumulto de las mas bulliciosas agitaciones que el mundo ofrece, la hallareis, si eso os complace: estenderá sus impalpables alas, os rodeará, aislándoos de todos los que cerca de vosotros estén, y aunque sea por brevísimo instante, os hará de goce estremecer.

¡Vedla allí! columpiándose blandamente entre ténues pliegues de vaporosa nube, que, inmovil, al parecer, la conduce, sin embargo, prontamente allí donde unos ojos casi instintivamente la buscan, que un deseo apenas nacido la llama, que un alma para su consuelo la necesita.

ARTURO PERERA.

LACTANCIA MATERNAL.

A propósito de la lactancia maternal, refiere el Dr. Simplicio, ingenioso rector de la Union Medice, una anécdota que no deja de tener su filosofía:

Hallábase dias pasados nuestro colega parisiense en una reunion de personas distinguidas:

—Señorita, exclamó un caballero; mi médico me ha contado que se organiza en la Academia una cruzada contra las madres que, pudiendo, no crían á sus hijos.

—¿Qué se proponen hacer? prorrumpió á coro el grupo femenino.

—¿Se fijará su nombre en la alcaldía? preguntó una jóven.

—¿Se pondrá á la vergüenza en la puerta de la iglesia? preguntó otra:

—¿Las reprenderá el cura en la plática? preguntó una tercera.

—No se burlen Vds. señoritas: el caso es mas serio que festivo. Asustada la Academia del lúgubre tributo que los niños no amamantados por sus madres pagan á la muerte, ha propuesto sencillamente conceder una recompensa halagüeña á las madres que cumplen con sus deberes maternales.

—Veamos esa recompensa.

—La Academia propone crear para las madres que dan de mamar á sus hijos una recompensa que será á la vez honorífica y pecuniaria: honorifica para las

clases bien acomodadas; honorífica y pecuniaria para las clases desgraciadas: desea crear una orden nueva, análoga á la Legión de honor, cuyas insignias se concederán á las mamás-nodrizas: se llamará la *Orden de la maternidad*, y tendrá la misma cinta, y la misma forma que para la Legión de honor, ostentando en un lado de la cruz el busto de la emperatriz, y en otro la imagen de la Virgen dando de mamar al niño Jesús.

—Eso es admirable!

—Y tanto mas admirable cuanto que habria una gerarquía como en la Legión de honor, en esta forma:

Cruz de *caballera*, á la madre que hubiese criado un hijo.

Cruz de *oficiala*, á la que hubiese criado dos.

Aspa de *comandante*, á la que hubiese criado tres.

Placa de *gran oficiala*, á la que hubiese criado cuatro.

Gran cruz, á la que hubiese criado á cinco.

Gran Cordon á la que hubiese criado seis ó mas.

—Y podrían llevar esas insignias las mujeres?

—Claro que sí; lo mismo las aldeanas que las señoras; solamente que, á semejanza de lo que sucede con la Legión de honor, se concedería una dotación únicamente á las madres laboriosas y necesitadas, que sería respectivamente de 100, 200, 300, 400, 500 y 600 francos anuales, segun la categoría.

—Eso es perfecto, admirable! Y Vd., Dr. Simplicio, es tan discreto y reservado! ¿Por qué no nos ha dado cuenta de este proyecto magnífico?

—Por una razón muy sencilla; porque tal proyecto solo ha existido en la imaginación de ese caballero.

—Repito que me lo ha referido mi médico.

—Pues bien, vuestro médico está mal informado; la Academia ha tratado en el terreno de la ciencia esa cuestión, y en lugar de meterse en donde no la llaman, propondrá una asistencia eficaz á las madres que quieren criar á sus hijos: los individuos de la Academia tienen sentimientos demasiado dignos y delicados, para pensar un solo instante en un proyecto tan ridículo como el que se nos ha dado á conocer.

—Me parece bien, dijo sonriendo maliciosamente la dueña de la casa, que los médicos prediquen la maternidad y todos los deberes y cuidados que lleva consigo; pero ¿predican con el ejemplo vuestros colegas? Quisiera ver lo que sucede en casa de los señores académicos. ¿Qué dice Vd. á esto, doctor?

—Que no he hecho investigaciones sobre este punto, y no me es posible responder.

El Dr. Simplicio no contestó categóricamente á tan maliciosa y satírica insinuación; pero al referir la anterior anécdota en la *Union Medica* y dirigirse á la gran familia médica, manifiesta que algunos oradores de la Academia han contristado en esta parte su ánimo, y deja ver claramente que, en lo relativo á la lactancia maternal, pueden compararse los médicos á aquel buen sacerdote que predicaba á sus feligreses comiesen de vigilia los viernes, mientras que él engullia grandes lonjas de jamon.

—Padre, se atrevieron á decir los inocentes aldeanos; Vd. no hace lo que predica.

—Callaos, tontos, replicó el marrullero párroco, lo que yo predico es para que lo hagais vosotros.

DR. H. DONERAN.

OTRO EPISODIO.

En nuestro anterior artículo hablamos de un inglés, lord Peterborough, y contamos el brillante rasgo épico que se le atribuye.

De otro inglés, que también figura en las páginas de nuestra historia, vamos á hablar hoy también.

Pero antes, permítansenos decir algo mas de Peterborough.

Son pocas líneas.

Solo un año mas permaneció en Cataluña este noble extranjero, que es una de las mas bellas figuras de aquella época.

Felipe V, mal inspirado, decidió marchar sobre Barcelona tan pronto como tuvo noticia de que en esta ciudad había sentado Carlos III su corte.

En los primeros dias de Abril de 1706 se presentaba ante los muros de Barcelona el ejército franco-hispano, compuesto de treinta y siete batallones y treinta y un escuadrones, al mando

del mismo Felipe V, que tenia por general en jefe al mariscal de Tessé.

Carlos III no se movió de la capital del Principado, cuya defensa fué encomendada al conde de Peterborough.

El general inglés desplegó todos sus talentos militares. Brillantemente secundado por los caudillos catalanes, hizo una gloriosa defensa.

Acudió en auxilio de la plaza la escuadra aliada, desapareció entonces la francesa que mandaba el conde de Tolosa, y Felipe V vióse obligado á levantar con precipitación el sitio, abandonando en su campamento víveres, artillería, bagajes y 1.500 heridos que recogió la humanidad del conde de Peterborough.

Libre por el pronto de enemigos Carlos III, se decidió á marchar á Madrid por Aragón, llevando siempre á lord Peterborough como general en jefe; pero no tardó ya éste en separarse del lado del monarca.

Habíase originado una violenta rivalidad entre él y otro general inglés, el conde de Gallo-way, y de ello resultó que Peterborough, irritado un día al ver desatendidos sus consejos para servir los de su rival, hizo dimisión del mando y abandonó la guerra de España y la causa de Carlos III, retirándose á Inglaterra, y desapareciendo para siempre del teatro de nuestra historia.

Con él pareció eclipsarse la estrella del archiduque, pues que con la ausencia de Peterborough comenzaron sus reveses y sus infortunios.

Varios generales se sucedieron en el mando de la division inglesa hasta la llegada de lord Stanhope, que es de quien hoy vamos á hablar.

Pasaba Stanhope por ser, y era en efecto, uno de los mejores generales de su siglo.

La noticia de su nombramiento y de su próximo arribo fué recibida con júbilo por los catalanes y por los partidarios todos de la casa de Austria, pues aun cuando entonces no le faltaban al ejército de Carlos III buenos generales, entre ellos el alemán Guido de Staremberg, lord Stanhope era una figura sobresaliente en cuyo nombre y reputación se fiaba mucho para contrarrestar el crédito que iban ganando por su nombrada europea los generales franceses de las huestes de Felipe V.

Llegó lord Stanhope á Barcelona precedido por el eco de su gloria, y fué recibido poco menos que en triunfo.

Un dietario de la época habla de su llegada con grande entusiasmo, y concluye con las siguientes líneas el recuerdo que le dedica.

«Lord Stanhope ha llegado en compañía de otros dos oficiales ingleses, y de un joven paje que ha llamado la atención general por su gallarda presencia y por su original modo de vestir.»

Ahora bien, este paje de gallarda presencia y de original modo de vestir era una mujer.

Cuando Stanhope pasó de incógnito por París, en 1709, nombrado para ir á tomar el mando de las tropas inglesas en Cataluña, conoció en aquella capital á una de esas frágiles bellezas parisienses, como tantas había en la corrompida corte de Luis XIV, sin por esto querer decir que haya menos en la de Napoleon III.

Se llamaba Emilia de Mucie, y era una mujer bella, espiritual y galante, amiga de fausto y de lujo, de intrigas, de movimiento y de vida aventurera.

Prendióse de ella lord Stanhope, y apresuróse Emilia á aceptar la proposición que su amante le hizo de acompañarle á Cataluña vestida de hombre.

Este era el paje de gallarda presencia que acompañaba al general inglés cuando llegó á Barcelona.

Stanhope tomó el mando de la division inglesa; estuvo en varias acciones, y singularmente en la batalla de Almenar, donde contribuyó poderosamente al triunfo alcanzado en aquel campo por la bandera de Carlos III, y de victoria en victoria llevó á este monarca hasta las puertas mismas de Madrid.

El rey electo por los catalanes entró el 27 de Setiembre de 1710 en la corte de España; pero solo algo mas de un mes permaneció allí.

Madrid parecia decididamente fatal para la casa de Austria.

Acababa de llegar á Felipe V un poderoso refuerzo con el mariscal francés el duque José Luis de Vendome, la causa de los Borbones se reanimaba, el pueblo castellano era hostil á Carlos III, y se decidió que este príncipe se retirase otra vez á Barcelona, su corte natural y verdadera, la ciudad que siempre le habia permanecido fiel, y que, por su causa, tan cruentos y generosos sacrificios venia haciendo.

Emprendió, pues, el archiduque la retirada, tomando de nuevo el camino de Cataluña, y dirigiéndose á Barcelona, donde llegó el 15 de Diciembre.

Tras de Carlos III debian abandonar á Castilla el general alemán Guido de Staremberg y el general inglés lord Stanhope, que solo se habian quedado para proteger la retirada de su rey.

Pero, por desgracia, la discordia se habia introducido entre aquellos dos caudillos, y, para mayor desgracia aun, la traición vino á completar la obra que habia comenzado la discordia.

Cuando Staremberg y Stanhope se alejaron de Toledo, emprendiendo su movimiento de retirada, el general inglés cometió la gravísima falta, hija de la desunión en que estaban, de quedarse algo atrasado con su division de retaguardia,

compuesta de ocho escuadrones de ingleses, un regimiento de dragones, siete batallones de la misma nacion y otro de portugueses.

El 6 de Diciembre de 1710 entraba en la villa de Brihuega esta division de retaguardia, y allí decidió Stanhope hacer noche, creyéndose mas seguro que en campaña abierta.

Brihuega, que es una villa situada á cinco leguas de Guadalajara, era entonces un lugar ceñido de un sencillo muro antiguo, ó dicho con mas propiedad de una tapia, y con un castillejo de no mas fuerza y en mal estado, incapaz por estas circunstancias de resistir largo tiempo si era combatida por fuerzas numerosas.

No creia Stanhope tener que defenderse allí, ni creia ser allí atacado; pero era porque, habiéndolo previsto todo, no habia previsto que la traición pudiese velar junto á él.

No recordaba que junto á él se hallaba una mujer, y una mujer ultrajada.

El paje de gallarda presencia y de singular vestimenta, segun el dietario de Barcelona, se habia ya convertido en una mujer al llegar á Madrid.

Luego que estuvieron en la corte de España, Emilia de Mucie, que hasta entonces habia seguido por todas partes á su amante vestida de hombre, recobró sus hábitos y costumbres, volviendo á usar su traje mujerial y comenzando una nueva vida de disipación y fausto.

Parece que Emilia solo guardaba dudosa fidelidad á Stanhope, y parece que éste, que comenzaba á tener sospechas acerca de la lealtad de su querida, sorprendió en Madrid una intriga galante de Emilia con un oficial del ejército.

Irrita lo y celoso lord Stanhope, mandó castigar al oficial é injurió públicamente á Emilia de Mucie, á quien trató, delante de toda la oficialidad reunida, como á una intrigante y á una aventurera. Sintióse herida en su amor propio la cortesana, y como estas heridas son profundas en el corazón de las mujeres, juró vengarse.

Al siguiente dia Stanhope lo habia olvidado todo, y su amor hacia su querida habia vuelto á ser el mismo. No pasaba, sin embargo, lo mismo en Emilia.

Desde aquel dia la cortesana buscó medio de entenderse secretamente con el duque de Vendome; desde aquel dia el general de las tropas de Felipe V, tuvo un espía fiel y un auxiliar seguro en aquella mujer; desde aquel dia, sin saberse cómo ni por dónde, muchas operaciones, muchos planes, muchos proyectos del ejército austriaco llegaban á conocimiento del caudillo del ejército borbónico, que sabia perfectamente aprovecharse de aquellos avisos.

En semejante estado las cosas, se efectuó la retirada de las tropas de Carlos III, y lord Stanhope, en disension abierta con Staremberg, se retrasó imprudentemente, ó imprudentemente tambien se decidió á pasar la noche en Brihuega el 6 de Diciembre.

Es de creer, sin embargo, que esta imprudencia no hubiera tenido ningun fatal resultado, si el general de Felipe V no hubiese recibido aviso directo de que durante aquella noche podia fácilmente cortar el camino á los ingleses, separando del general Staremberg.

En el aviso se le indicaba además, que aquella noche se procuraria que los oficiales ingleses se entregasen á los placeres de una fiesta, y que por lo mismo, podria caer de sorpresa sobre ellos, si así convenia á sus planes.

Ya se comprenderá que fué Emilia quien dió el aviso.

Todo salió á medida de los deseos infames de aquella traidora beldad.

Durante la noche del 6 al 7, el marqués de Valdecañas pasó por orden del duque de Vendome á ocupar el pueblo de Torrija con toda la caballería y los granaderos, cortando así las comunicaciones entre la retaguardia austriaca y el resto del ejército.

Mientras tanto Vendome, con lo restante de sus tropas, entre las cuales iba el mismo Felipe V, se adelantó á favor de las sombras de la noche y con toda la prudencia conveniente hacia Brihuega.

La cortesana no le habia engañado. Tenia lugar una nocturna fiesta, y los gritos de algazara y los clamores de júbilo, llevados por la nocturna brisa, llegaron á oídos de los soldados de Vendome, que en silencio y á favor de las tinieblas envolvieron á Brihuega como si fuesen un ejército de fantasmas.

La población, ya lo hemos dicho, no tenia mas murallas que unas simples tapias, y los descuidados centinelas no advirtieron el movimiento del enemigo, pero la operacion de este no terminó hasta que rasgueaba el alba.

La luz del dia 7 de Diciembre nació para advertir al general inglés que estaba cercado por todas partes.

En cuanto á Emilia de Mucie, habia desaparecido, yendo á refugiarse en el campamento de Vendome.

Stanhope se vió perdido, pero se dispuso á hacer una desesperada resistencia.

Tal fué esta, que de ella hablan con admiración las mismas crónicas de los partidarios de Felipe V.

Conociendo el caudillo inglés que no podia salir sin mucho peligro y sin comprometerse en acción, se fortificó en Brihuega lo mejor que pudo, pero se hallaba sin artillería, sin víveres y sin municiones.

Calculó, sin embargo, que podria sostenerse por espacio de dos dias, y por distintos puntos envió seis hombres de los mas esforzados que tenia en su division á Staremberg, avisándole del peligro en que estaba, y diciéndole que si por todo el dia 9 no era socorrido, se veria obligado á rendirse.

El dia 7 lo pasaron por completo batiéndose, pero sin que los sitiadores obtuviesen ningun resultado favorable, y sin que produjesen gran efecto las piezas de campaña con las cuales se batia el muro.

El 8 la villa fué atacada y asaltada por dos partes.

La acción fué de las mas sangrientas que habian tenido lugar en aquella guerra, pues todos los soldados eran veteranos.

Los oficiales ingleses eran excelentes: Stanhope, ya lo hemos dicho, uno de los generales mas acreditados de su siglo, y su segundo, el teniente general Carpenter, era de un valor extraordinario y uno de esos hombres raros que son naturalmente audaces é intrépidos y que, dominados del deseo de la gloria y del amor de su nacion y de su causa, desprecian la vida y no cesan hasta triunfar ó morir abrazados á su bandera.

Los ingleses no tenían cañones, y hubieron de servirse de todos los medios de defensa. Al lado de los muros hicieron fosos anchos y profundos; apuntillaron las brechas con leña y piedras; hicieron cortaduras en las calles; en una palabra, no omitieron ninguna diligencia, y se dispusieron á pelear con desesperación para salvar sus vidas, dando tiempo á que les llegase el socorro.

Las tropas de Felipe hallaban una dificultad á cada paso que daban, y muchos morian en la demanda.

Llegaron, despues de grandes pérdidas, á salvar los muros, pero se encontraron entonces con que Stanhope y los demás oficiales les disputaban el terreno á palmas con las bayonetas.

El combate duró hasta la noche, y entonces se hizo mas sangriento, porque los ingleses, conociendo mejor el terreno, herian con mas acierto, hasta que, puesta la artillería en las calles, disparaba con bala menuda, y les obligó á retirarse á la torre.

Dos horas despues de entrada la noche, cesó el combate.

Stanhope, desde lo alto de la torre que ocupaba con sus tropas, pilló capitulación en términos tan arrogantes como si estuviera en la mejor fortificación y provisto de todo para su defensa. Quería salir libre con sus soldados y con todos los honores que se conceden en la guerra á las tropas que se defienden con valor.

Merecia que se acordase su petición. Es casi seguro que en la historia de España no hay ejemplo de que se haya hecho mejor defensa en un pueblo de semejante fortificación.

Pero el duque de Vendome, picado por lo mismo, habiendo perdido tanta gente, no quiso oír en su corazón otra voz que la de la venganza y del amor propio, y respondió á Stanhope que si no se rendia dentro de una hora, serian todos pasados á cuchillo.

Stanhope entonces, por no sacrificar á tantos hombres valientes, dignos ciertamente de mejor suerte, cedió á la dura ley de la necesidad y se rindió á discreción.

Las tropas de Felipe V hicieron 4.800 prisioneros, entre los cuales se contaron los generales Stanhope, Hill y Carpenter, y una infinidad de oficiales.

Los ingleses tuvieron 500 muertos y otros tantos heridos, pero esta victoria costó á Felipe V mas de 2.000 hombres, entre ellos la pérdida de algunos bravos oficiales como el marqués de Rupelmond y D. Gonzalo Quintana y don Bartolomé Urbina, coronel el primero y capitanes los segundos, muertos al frente de sus compañías.

Cuando Staremberg tuvo aviso de la apurada situación de Stanhope, corrió en su auxilio pero era ya tarde.

Vendome le presentó batalla en los campos de Villaviciosa, y si bien esta jornada no fué del todo perdida para Staremberg, el resultado fué tal que bien puede decirse que en los campos de Villaviciosa volvió á recoger Felipe V la corona que habia caído ya de su frente.

Tal fué el resultado funesto que tuvo la venganza de una mujer para la causa tan heroicamente defendida por los catalanes.

Las historias en general pasan por alto este incidente, y no habian una palabra de Emilia de Mucie, pues no parece adecuado á la gravedad de la historia dar por origen pequeñas causas á grandes acontecimientos.

Sin embargo, todas las noticias que nosotros hemos podido procurarnos están contestes en hacernos ver como real y positiva la traición de la cortesana.

Podrán abrigarse dudas sobre el hecho, pero es lo cierto, y sobre esto no puede haber la menor duda—pues recientes investigaciones hechas en los archivos de París nos lo han demostrado de una manera patente—es lo cierto, repetimos, que Felipe V de España y Luis XIV de Francia aseguraron una pensión á la querida de Stanhope.

Por algo seria.

Emilia de Mucie se retiró mas tarde á Bruselas donde se sabe que murió en 1722.

VICTOR BALAGUER.

LA SOBERANÍA NACIONAL EN ESPAÑA.

Varias veces en este siglo, uno de los mas grandes que ha vivido la humanidad, sino el mas grande, hemos tenido en España Gobierno mas ó menos representativo, pero destruido siempre ó completamente falseado por los sostenedores de la idea despótica, apoyados en su eterna compañera la anarquía para subir al poder, ó en su ominoso espectro cuando ya lo poseen; pareciendo condenados los moradores de este infortunado país á padecer sin cesar de tiranías y á agitarse desesperadamente, como los precitos del Dante, en un círculo sin salida.

¿Sucederá lo mismo de aquí en adelante? Quiera Dios que así no sea, y digamos desde luego qué por ahora los síntomas son generalmente favorables; pero, si por un sino inevitable no hubiese para los españoles otro medio que el de resignarse á semejante desventura, mas valdria que el fuego celeste cayese sobre esta tierra maldita, quedando convertida para siempre en un vasto desierto. Pongámonos sino todos la mano sobre el corazón, sean nuestras opiniones cuales fueren, y diga cada uno con entera lealtad, si no ha sido misérrima vida la que se ha vivido acá en España, no ya durante este siglo, sino desde tiempo mucho mas remoto.

Después de venir á parar en el siglo XV la vieja monarquía castellana á los escándalos de la Beltraneja, acerca de cuyo nacimiento puede discutirse sin fin, bien que no quepa duda ninguna sobre el triste estado en que se hallaba á la sazón aquella corona, y reemplazada la corte corrompida de Enrique IV por la corte de Isabel, á consecuencia de un ruidosísimo acto de soberanía nacional que en vano tratan de desconocer ó de ocultar ciertos sectarios, y en el que tan principal papel desempeñó contra el rey el arzobispo de Toledo, primer dignatario de la Iglesia de Castilla, acto que, por otra parte, no es único en nuestra historia, por un concurso de circunstancias verdaderamente extraordinario, tan extraordinario que, no obstante toda su realidad, casi parece fabuloso, la corona de Castilla, ó mejor de España, brilló durante dos reinados sucesivos con vivísimos resplandores; solo que, por desgracia, la luz de la gloria militar prevaleció sobre la luz de la libertad política, y al abdicar el padre de Felipe II el señorío mas vasto que hasta entonces hubiesen visto los nacidos, con el propósito de retirarse al monasterio de Yuste, habia sonado ya en realidad la hora de la decadencia para la nación española. Carlos, primer rey de este nombre en la España unida y en las Indias recientemente descubiertas, emperador además de Alemania, encontró el limite de su poder en el momento mismo en que hubo de persuadirse que no alcanzaba toda su fuerza á acabar con los protestantes alemanes, como habia acabado con los liberales de Castilla, llamados vulgarmente comuneros. Al ver Carlos la insuperabilidad del obstáculo opuesto á su idea de dominación universal, creyóse abandonado de la fortuna, ó acaso hasta del mismo Dios, prefiriendo ya la vida de religioso solitario en un desierto de Extremadura á la de primer monarca del orbe, sin duda, porque no le era dado el sujetarlo por completo. «O todo, ó nada,» suelen decir los hombres del templo de aquel Carlos. «Si no fuese Alejandro, quisiera ser Diógenes,» exclamaba el mas grande de los conquistadores al compararse con el mas grande despreciador de conquistas de la antigüedad pagana.

Al nieto de Fernando y de Isabel, al emperador cuyos dominios hubieran hecho figurar como reyezuelo á aquel otro emperador Carlos de los doce pares, sucedió su hijo Felipe, ese bello ideal para los amigos del despotismo, quien, sin tantas dotes naturales como su padre, empeñóse, no obstante, en seguir con tremenda exageración por los mismos caminos, á fin de tener á sus pies la humanidad entera.

Tal quedaba aun el poder material heredado por aquel Felipe, que no era muy de maravillar alcanzaran todavía sus capitanes algunas victorias para siempre memorables. En los principios de todo despotismo, el ejército de un país acostumbrado á mejor atmósfera política, suele conservarse vigoroso por algun tiempo, y se concibe sin dificultad que así suceda; pero no puede aquel

tardar mucho en participar de la corrupción general inevitable en esa clase de gobiernos; de suerte que habia ya notabilísima diferencia entre las huestes españolas del reinado de Fernando el Católico y las del hijo de Felipe II. Es ley ineludible y perfectamente derivada de la naturaleza de las cosas; el despotismo todo lo emponzoña, la experiencia mas constante así lo enseña, explicándolo igualmente la razón con evidencia. Con la historia abierta puede demostrar cualquiera que el despotismo monárquico es positivamente el árbol terrible cuya sombra adormece y mata, por seductora que en ciertas ocasiones pareciere su sombra. Ojalá no abundaran tanto los ejemplos de esta verdad, á bien que por nuestra parte reconocemos en esto la altísima sabiduría con que el Eterno permite semejantes catástrofes, á fin de que aprendan, los que aprenderlo deben, que el necio olvido de los principales deberes sociales no puede engendrar mas que miedo, bajeza, esclavitud y miseria: Dios desprecia, y es bien que desprecie, los vanos clamores de gentes que desconocen una verdad tan obvia.

El país, á quien al menor disturbio solo le ocurre acudir á una sola persona, sea quien fuere, á fin de que esta restablezca la paz como mejor lo entienda, poniendo incondicionalmente á su exclusiva disposición no tan solo soldados, armas y dinero, sino además los principales derechos que constituyen la vida del ciudadano, viene á declarar él mismo que no es país de verdaderos hombres; y en el mero hecho de reclamar tutoría semejante, se manifiesta á la par que desatentado, cobarde é indigno en sumo grado: justo es, pues, de toda justicia, que sufra las consecuencias de su torpe conducta. Solo en ciertos momentos muy solemnes admitían los primitivos romanos la dictadura, y aun ella fué la puerta por donde principalmente penetró la ambición para irles acostumbrando á doblar la cerviz.

Los antiguos catalanes, buenos maestros en muchas cosas, y sobre todo en libertad política, pues supieron conservar por espacio de unos mil años, prefiriéndola constantemente á todos los demás bienes, prefiriéndola á su misma vida, según muy explicita y varonilmente solian decirlo y demostrarlo á los jefes de la nación siempre que lo consideraban oportuno, tenían tambien á veces sus agitaciones, sus motines, sus revoluciones, ya se guardaron sin embargo, de ponerse nunca á merced de un jefe cualquiera, á fin de librarse del desorden; eran nuestros mayores sobradamente juiciosos para caer en aberraciones tamañas. Muy pobre entendimiento ha de tener en todos sentidos aquel á quien no se alcance que el cuerpo social está sujeto por ley de naturaleza, lo mismo que el cuerpo humano, á ciertas enfermedades inevitables, á ciertas agitaciones mas ó menos febriles, de ordinario tanto mas intensas cuanto mayor fuere la vitalidad, y que únicamente se suprimirían del todo esos males suprimiendo la vida misma, pues es probado y es sabido que los muertos no padecen calentura, ni alteraron en ninguna ocasión la paz de los cementerios.

No faltan, desgraciadamente, individuos que, por juzgarse interesados en auxiliar á los aherrojados de pueblos, imaginando las mas veces que su libertad particular no puede ir creciendo sin que la general vaya menguando (debilidad harto comun en nuestra especie), exhalan con frecuencia lastimeros ayes sobre lo calamitoso de los tiempos nuestros, y hablan enfáticamente del patriarcalismo, del dulce sociógo de pasadas edades. En esto no hacen mas que explotar la general tendencia á alabar lo antiguo á expensas de lo existente: *vetera semper in laude, presentia in fastidio*. Antes y después de Cervantes, de J. J. Rousseau y de tantos otros ingenios, se ha poetizado hasta lo infinito en mas ó menos galanas frases sobre ese mismo tema, que viene á recordar la famosa edad de oro en las épocas primitivas, contra cuya leyenda protesta, sin embargo, además de la ciencia positiva, la historia de Cain y Abel en la Biblia, en la que se halla mucho mayor conocimiento del corazón humano que en ciertos libros en que se presenta á los primeros hombres, á los hombres de la naturaleza, como tipos absolutos de sencillez y de inocencia. Ilustres escritores franceses se empeñaron en declarar realida-

des meras ficciones sobre el sér humano entregado á sus solos instintos; esto fué á mediados del siglo XVIII; pero antes de terminar la misma centuria, harto pudo verse, sobre todo en la misma Francia, que, si á no dudarlo, tiene el hombre en su naturaleza algo divino, tiene tambien, por desgracia, salvaje ó civilizado, mucho de terriblemente irracional.

Sin duda puede á veces ofrecer sus ventajas, para los efectos de la moral pública y dirigiéndose á masas faltas de instrucción histórica, el embellecer deliberadamente á los antepasados con el propósito de promover la emulación en las generaciones vivientes; pero, si es permitido, si puede ser laudable pintar con alguna exageración resplandecientes de virtudes á los abuelos para que mejor penetren en el alma de los nietos irradiaciones saludables, de ninguna manera puede serlo el faltar fundamentalmente á la verdad, atribuyendo á esas virtudes causas falsas, causas notoriamente opuestas á la mas incontestable materialidad de los hechos, según sucede, por ejemplo, cuando se dice á gente ignorante y crédula que los antiguos catalanes eran virtuosos y fuertes porque se gobernaban sin Constituciones y por monarcas de poder omnimodo. Hay muchos discípulos que admiten de buena fe toda doctrina que se les enseñe, buena ó mala, y á estos, cuando así la propagan como la han recibido, no hay mas que remitirlos á mas dignos maestros; pero, aquellos que adulteran la Historia á sabiendas á fin de convertir luego la falsedad en arma de sectario, merecerían ser marcados en la frente por traidores, por reos de lesa divinidad y lesa humanidad al mismo tiempo: *Veritas est Deus, et Deus est Veritas*.

El que estas líneas escribe se inclina con respeto profundo ante la soberanía de la razón, pues no es en verdad muy difícil comprender que tambien tiene sus inconvenientes el principio de la soberanía nacional; pero son y han de ser tantas las cosas en las sociedades humanas, sobre todo en lo concerniente á su gobierno, aceptadas, no por buenas en absoluto, sino por relativamente buenas ó menos malas, que no por los inconvenientes que ofrece el principio de la soberanía nacional hemos dejado de preferirlo siempre, á lo menos para España, al de la soberanía monárquica; y no se achaque la preferencia á los enciclopedistas franceses ni á otros autores extranjeros, la debemos principalmente al estudio de la Historia de nuestros padres, quienes en todas las grandes ocasiones y siempre que lo juzgaban necesario, proclamaban ante sus mismos reyes, y con la ley en la mano, la imprescriptibilidad de ese principio. Pero en España, especialmente en Cataluña, por buenas razones ha tendido constantemente el bando absolutista á la alteración y hasta á la supresión de los estudios históricos, dando este lugar á que tantos españoles crean todavía doctrina de importación extranjera la que es genuinamente nacional; no siendo de extrañar esa ignorancia, pues afianzado ya en el trono el primer Borbon y asesinadas nuestras libertades, reinó por mucho tiempo un sacro horror en todos los centros de enseñanza oficial á todo lo referente á verdadera historia de Cataluña, acerca de cuyo país solo importaba propalar sin fin que era tierra de rebeldes.

¡Gloria eterna á semejante rebeldía! Cuantos nos conocen saben bien que no comenzamos hoy á sostener el principio de la soberanía nacional, tema en la actualidad oportuno; años hace que en nuestro modesto círculo venimos defendiendo lo mismo, y por cierto que si la Historia de Cataluña no hubiese estado así olvidada durante la dominación borbónica, no se habrían derramado en este suelo tantas lágrimas ni tanta sangre durante la última guerra civil, pues de seguro hubiera encontrado aquí pocos partidarios el absolutismo monárquico. Es en verdad horroroso espectáculo el ver á ilusos descendientes de hombres libres atizados á defender, contra sus mismos hermanos y en nombre de las creencias de sus padres, creencias opuestas á las que estos profesaron en realidad hasta el martirio. Los autores voluntarios de tales abominaciones no creerán en Dios, que es la verdad misma, según recordáramos hace poco, de lo contrario temerian su justicia: *¡vix homini illi per quem scandalum venit!* Y ¿puede darse es-

cándalo mayor, que el armar á hermanos contra hermanos invocando traicionablemente la mentira, é invocándola precisamente en una tierra en que el clero todo, alto y bajo, si esta locución puede permitirse, fué siempre el primer defensor de la soberanía nacional? ¡Oh! el borbónico era lógico en su conducta, es fuerza reconocer que su espíritu era opuesto al espíritu que reinaba soberano en Cataluña, hasta que por una fatal y dolorosísima reunion de circunstancias, acompañadas del mas ruin maquiavelismo por parte de Felipe V y sus consejeros, vinieron contra los fueros de este noble país sembrando la muerte, el terror y la ignorancia, dos ejércitos representantes ambos del principio contrario á la soberanía nacional, dignamente acudillados, sin duda para mayor honra del derecho divino de Luis XIV y de su nieto, por el bastardo de un monarca inglés, á quien destronaron para siempre sus propios súbditos por quebrantador de fueros.

Y ya que acabamos de escribir esta última palabra, digamos aquí de paso y en contestación á lo que tanto se ha repetido de no haber obrado cuerdamente los catalanes en preferir á la de Borbon la casa de Austria, poco amiga tambien de libertades, que harto sabian los catalanes á qué atenerse respecto al liberalismo de los monarcas españoles de la rama austriaca, pues además de la larga y terrible guerra sostenida en defensa de los fueros catalanes contra Felipe IV, durante todos los reinados de la misma dinastía habian tenido que estar sus principales magistrados constantemente en la brecha defendiéndola contra sistemáticos atropellos; pero Felipe V empezó á manifestar respecto á esto, desde el principio de su reinado, poquísimo miramiento, y cuando se empeñaron los catalanes en mantener la causa austriaca, estaban ya bien convencidos de la suerte que con el bando borbónico cabria á sus antiguas leyes; esto prescindiendo de que mucho mejor derecho que la de Borbon tenia la casa de Austria. Sin embargo, en aquella ocasion nuestros mayores obraron con su habitual cordura, pactando con los aliados la conservacion de sus tan queridas instituciones para el caso en que se viniera después de la lucha, como efectivamente se vino, á un tratado con Felipe; pero si bien es, por desgracia, demasadamente cierto que las potencias aliadas no se portaron bien á la sazón con Cataluña, no lo es menos que quien representó en todo esto por entonces mas digno papel, fué el rey Felipe. Cuando la reina Ana manifestaba al nuevo monarca de España que interesaba á la honra de la corona de Inglaterra el que los catalanes fuesen satisfactoriamente regidos, contestaba Felipe V que su majestad británica podia tranquilizarse, que tendrian el mismo gobierno de los castellanos, sus súbditos mas predilectos.

Esta superchería, este rasgo de ironía monárquica poco conocido en España, y que es al mismo tiempo que una truhanería contra nuestros heroicos abuelos, una terrible befa para el país cuyas libertades, ya no muy sobradas, habian perecido en los campos de Villalar con Padilla y sus bravos compañeros, demuestran como puede haber en este mundo hombres que se llamen reyes por la gracia de Dios, obrando, sin embargo, como soberanos por merced del demonio.

Pero hay una Providencia, y si en sus serenas moradas las almas cristianas no estuviesen exentas de todo espíritu de venganza, los millares de víctimas del gran tirano de Cataluña, y tambien de Aragon y de Valencia, al ver la parte tan principal que un ilustre guerrero catalán ha tomado en la caída de su familia, podrian al fin exclamar satisfechas, aludiendo al célebre verso inmortal romano: ya de nuestros mismos huesos ha salido por fin un vengador: *ex nostris ossibus ultor*.

Ocurren á veces sucesos en verdad muy singulares; la última Borbon, descendiente de Felipe V, que acaba de salir desterrada de España, va al país de donde es oriunda, va á albergarse en el antiguo palacio del primer Borbon que se sentó en el trono de San Luis, del famoso bearnés llamado primeramente rey de Navarra, de religion protestante, y abrazando después, mas ó menos obligado, la católica para reinar con el nombre de Enrique IV en Francia *et par droit de conquête et par droit de naissance*

según dice el poema compuesto en elogio suyo por Voltaire; no dejando de ofrecer también otra singularidad, que el fundador de la dinastía borbónica, destinada, con pocas bien que honrosas excepciones, á vivir de superstición, fuese encantado por el célebre enemigo de toda superstición.

Y por cierto que la superstición ha sido fatal para la última Borbon destronada, como fué ya fatal para el jefe de la familia. La superstición armó el brazo de Ravallac para quitar á Enrique IV vida y corona, y la superstición ha sido también el hilo mágico que ha llevado al abismo á la ex-reina Isabel. Verdad es que, al perder Isabel el trono, ha conservado la vida, pero ¡qué vida! mas valiera para su memoria que se la hubiese arrebatado la puñalada de Merino, su misterioso Ravallac, y así no habría pasado por la humillación de recibir hospitalidad dada por un Bonaparte en la que fué casa solar de los Borbones.

¡Oh! ¡Cómo debió sonreírse el demonio de la hipocresía, al ver así echada de España, al grito de «libertad» y refugiada en el palacio de Pau, á la que había tenido la fortuna de ser alumna de Quintana, pupila de Argüelles y reina de Espartero! Regocíjate, infierno, si te es dable; pues en verdad que los fastos de ningún país pueden consignar en este siglo tres nombres superiores en elevación moral á estos tres nombres.

Ciertas personas, que á la vida de amor prefieren la de rencores, podrán gozarse en que haya venido al suelo con deshonra un trono asentado sobre la libertad que se empeñan en tener por mal cimientto, á pesar de haberse derrumbado tantos que estuvieron basados sobre cimientto contrario; pero si á viejos é intransigentes absolutistas ha podido halagarles algo la caída de un trono que tenía para ellos vicio constitucional, política y médicamente entendido el adjetivo, pueden, sin embargo, los amigos de la libertad darse por bastantes satisfechos, pues si no cabe duda en que han ocurrido muchos males que hubieran debido evitarse y cuya responsabilidad podría llegar á ser muy grave algún día, al fin y al cabo ha cesado el escándalo de una monarquía feamente infiel á su principio, al principio al que en realidad debía su existencia, y semejantes lecciones son buenas para los príncipes de la tierra.

Y la lección que entraña el último acto de soberanía nacional que acaba de verificarse en España, no es tan solo útil para los monarcas, sino que conviene además en gran manera á los pueblos en general, y muy especialmente al español, quien debiera meditar seriamente sobre la candidez que supone el poblar los aires de entusiastas vítores á cada advenimiento de nuevo monarca, ya que tan repetidas y tan crueles decepciones ha sufrido. Los tres reinados últimos, por ejemplo, han sido todos á cual mas degradante y funesto. Durante estos reinados sucesivos, la monarquía ha ido fomentando la corrupción del país, sin que fuese dado á los españoles hacer mas que algún alto varonil en el cieno del borbonismo.

Extinguióse entre escándalos en Castilla, según dijimos al principiar este escrito, la línea masculina directa que terminó con Enrique IV, consumándose el grande acto de soberanía nacional, cuyo definitivo resultado fué el entronizamiento de la primera Isabel junto con la union de las dos coronas castellana y aragonesa, merced al enlace de la misma Isabel con Fernando de Aragon, incontestablemente revolucionarios ambos en puro derecho absolutista, dicho sea sin ofensa de los doctores en el mismo; y despues de abusar su nieto Carlos del gran poder heredado matando las libertades de Castilla, su hijo Felipe II se propuso hacer lo propio con las célebres libertades del reino de Aragon (1). Sabe

(1) Siempre que hablamos del antiguo reino de Aragon, entiéndase que nos referimos tan solo al territorio meramente aragonés, y entre el cual y Cataluña parte términos el Cinca. En Aragon regía una legislación especial, como especiales eran también las legislaciones de Cataluña y de Valencia, libres todas, lo que daba lugar á que cada uno de estos tres países tuviese sus Cortes propias, bien que formando una verdadera confederación, y uniéndose á veces en Cortes generales los representantes de estos mismos pueblos, que juntos con las Baleares, constituían lo que comunmente se entendía por «Corona de Aragon» á cuyos dominios hay que añadir las importantísimas conquistas hechas,

todo el mundo el golpe asestado contra los fueros del reino de Aragon por Felipe II, por ese rey típico para cierta buena gente que, fiada en mentirosas pinturas, le considera como modelo de monarcas piadosos, justos y magnánimos, siendo así que en realidad, á fuerza de querer el predominio de sus voluntades ó de sus caprichos, llegó, igual en esto á tantos otros potentados, á perder el sentido comun y juntamente el sentido moral. Y también es bueno que el exceso de poder acarree á menudo ese resultado, pues así las naciones pueden comprender mejor la saludable advertencia de Samuel á los israelitas sobre los monarcas.

Cuando se juzga á los muertos históricamente, hay que proceder con mucho cuidado, sobre todo tratándose de hombres que han desempeñado en el mundo grandes papeles; pero, lo diremos con toda franqueza, el hijo del emperador Carlos V nos causa horror profundo, no sucediéndonos lo mismo con el padre, á pesar de sus vivisimas y sistemáticas luchas contra la idea liberal. No ignoramos que hay ciertas figuras cuyos lados todos es sobremanera difícil ver y apreciar por completo; Napoleón III, y antes que él Lamartine, han hecho esta misma observación, que es justísima; pero si San Fernando de Castilla, por ejemplo, San Luis de Francia, nuestro Don Jaime el Conquistador, y algunos otros reyes que honran las páginas de la Historia, tienen merecida la alta fama de que gozan en el mundo; si no hay dos géneros de moral, la del Evangelio para los gobernados, y para los gobernantes la de Maquiavelo, es indudable que Felipe II ha de ser odioso en sumo grado. Estudiada la política de Felipe II, examinada atentamente desde sus principios y en toda su causalidad la ruina de los fueros de Aragon con los documentos mas fehacientes á la vista, no habrá un solo historiador bien nacido, por acostumbrado que estuviere á la contemplación de altos criminales, que no se estremezca ante ese cúmulo de horrores. Si aquellos sectarios del régimen monárquico absoluto, que solo desean semejante forma de gobierno por miedo á los inconvenientes de la libertad, se de tuvieran ante ese cuadro, y desapasionadamente juzgasen, imposible nos parece no retrocedieran aterrados ante espectáculo semejante. No sirve decir que Felipe II ha sido calumniado por el protestantismo europeo, nosotros no hemos tenido necesidad de acudir, para formar nuestro juicio, á ninguna fuente donde no pueda ir sin escrúpulo el mas meticuloso católico. El hombre del Escorial empleaba como medios de gobierno desde el asesinato brutal en su forma mas violenta, hasta el envenenamiento mas páficamente practicado; y adviértase que para expresarnos así, no tenemos necesidad de acudir á la tremenda muerte de su hijo primogénito, ni á la monstruosa traición con que fué sacrificado el Justicia mayor Lanuza, por haber este ilustre mártir cumplido con deberes sagrados, de que no hubiera podido eximirse por ningún concepto, ni ante Dios ni ante los hombres, cualquier otro magistrado de su clase. Pero, matando á Lanuza, creía el tirano matar á la soberanía nacional.

Las maquinaciones de Felipe II tocante á la supresion de los fueros de Aragon, que con la mayor solemnidad había jurado guardar con la mano puesta sobre los Santos Evangelios, están principalmente basadas en el ilimitado apoyo que le daban los tribunales de la Inquisición. Cuando se ofrecía incohar ó continuar alguna infamia sobrado escandalosa é irritante para seguida en los tribunales ordinarios, ahí estaba para la tarea el Santo Oficio, con sus testigos siempre ocultos é irresponsables, pronto á secundar la tiranía del rey, quien á su vez había de pagar bien el auxilio; y el mejor auxiliar de Felipe contra los aragoneses y sus instituciones fué la Inquisición, según así lo demuestran á to-

antes de la union con Castilla, sobre todo en Italia y sus islas.

Sabido es que Aragon y Cataluña se unieron, bien que conservando cada cual su modo de ser especial, cuando el conde de Barcelona Berenguer IV casó con la princesa ó reina de Aragon Petronila, acabada la línea masculina de los primitivos reyes de Aragon, y empezando entonces á reinar sobre los aragoneses la dinastía catalana. Mas adelante vinieron las conquistas de Mallorca, de Valencia, etc.

da luz irrefutables documentos, entre los cuales los hay que parecen inspirados por el mismo rey de las tinieblas.

Hemos oído hablar de un anacoreta que aceptó en su compañía á un joven bastante extraviado en religion, y á quien pudo volver al camino recto á fuerza de buena doctrina y de santos ejemplos. Parece que un día, cuando ya el virtuoso solitario podía realmente complacerse en su buena obra, el discípulo quiso ir á Roma á visitar los sepulcros de los primeros apóstoles. Tembló el anciano ante el proyecto de ese viaje, dando acaso sobrada importancia al adagio italiano: «Roma veduta, fede perduta», pero no le fué posible vencer la obstinacion del joven, quien en efecto salió para la ciudad de San Pedro. Sin duda vería allí cosas que probablemente no se ven ahora, á lo menos en el Vaticano en donde no las toleraría Pio IX, sobre cuya política cada uno puede pensar como guste, pero cuya pureza de costumbres reconocen los mas ilustres varones de Europa sea cual fuere la religion que profesen; sin duda, repetimos, tuvo aquel joven mas de un motivo para comprender en la gran capital la oposicion del cauto religioso á su romería, pues á su regreso, así que volvió á verle, le dijo: ¡ah, padre mio! ahora si que no puede caberme la menor duda en que nuestra religion es verdaderamente divina, pues no siendo así, sería de todo punto imposible el que hubiese podido conservarse tanto tiempo.

Será de lo que acabamos de referir lo que fuere, realidad ó parábola, importa poco. Creemos sin embargo que las costumbres de Roma en general han mejorado mucho comparadas con las del principio del siglo XVI, por ejemplo, pero lo que no vacilamos en afirmar, es que casi parece inexplicable que la Inquisición no haya matado al catolicismo en España. El catolicismo de la Inquisición, al menos cual lo entendian sus partidarios mas fanáticos, no era en el fondo sino una especie de idolatría terrible, una verdadera manía homicida llevada hasta los últimos extremos de ferocidad imaginable; principiando en grande y funesta escala la espantable hecatombe en España, el mas atroz sacrificio de millares de humanas víctimas á un Dios de altísima mansedumbre, cabalmente en el tiempo mismo en que los españoles mas intrépidos iban, á la par que descubriendo tierras en el Nuevo Mundo, derribando deidades cuya religion se decía con verdad á los indios que era horrenda, además de otros razones, por el mero hecho de exigir víctimas humanas.

Pero, ¿qué importan á la pasión extraviada los supremos principios de la justicia eterna? Los tribunales del Santo Oficio, calificativo que sin duda no desdenarían las mas feroces tribus africanas, eran en España á la religion, generalmente hablando, lo que en Francia eran á la libertad los tribunales revolucionarios á fines del pasado siglo, templos abominables en que se decretaba el asesinato; con la diferencia de que en unos se asesinaba en nombre de la religion, y en nombre de la libertad en los otros. No hay duda que en todos aquellos antros, llamados tribunales, religiosos ó políticos, hubo hombres llevados del fanatismo de una idea elevada, hombres que en el fondo se creían con buena intencion; pero por esto suele decirse vulgarmente que el infierno está lleno de buenas intenciones, lo que equivale á decir que de ninguna manera debemos separarnos jamás de los caminos de la razon, de la templanza, de las máximas fundamentales de la sana moral, sobre todo, teniendo la fortuna de vivir en países iluminados con los resplandores verdaderamente divinos del Evangelio, cuya doctrina tan solo servidores del padre del mal, con conciencia ó inconscientemente, pueden querer convertir en instrumento de opresion y de odio, pues el Evangelio es indudablemente la libertad, el Evangelio es el amor, el Evangelio es el bien.

¿Cuándo se convencerán las diferentes sectas en que se halla dividido el mundo, que para todos es igualmente fatal la violencia?

Algunos escritores franceses, olvidando la historia de su propio país, se complacen en suponer que, merced al carácter nacional, son en su país las costumbres mucho mas suaves que en España; pero ello es cierto que el encono de los diversos partidos suele ofrecer también en Francia los mas lamentables espec-

táculos. La matanza de San Bartolomé, solo en horas, causó casi tantas víctimas en la nacion vecina como la Inquisición en España; y ese asesinato en masa, tramado en París contra los disidentes religiosos en el mismo palacio de los reyes cristianísimos, trajo en gran parte las horribles matanzas de la primera revolucion y las persecuciones contra el clero católico. Muy grandes y muy trascendentales habian de ser los excesos cometidos también en Francia en nombre del catolicismo, cuando el ilustre padre Lacordaire llegó á decir que para castigar al clero francés había permitido el Señor aquella revolucion aterradora.

Es ya una vulgaridad el decir que la sangre trae siempre mas sangre; pero aun quisiéramos que esta máxima estuviese mucho mas vulgarizada, y quisiéramos, sobre todo, que el linaje humano todo entero comprendiese claramente la alta verdad que en la misma se encierra. Si una sola regeneracion puede ver días de regocijo y días de luto para partidarios de causas opuestas, es una prueba no tan solo de bárbara crueldad, sino además de torpísima impresion, el ensañamiento contra vencidos de hoy que mañana podrán ser vencedores. En esto ha progresado ya, gracias al cielo y á hombres de buena voluntad, el espíritu público en España en estos últimos tiempos; pero esperemos que ese progreso será mucho mayor todavía.

Desgraciadamente, á los fanáticos ciegos de un partido suelen unirse traficantes de ideas siempre emitidas á gusto de la pasión ó de la ignorancia, sea cual fuere la esfera social en que estas se hallen, pues todas son explotables, y atentos constantemente á la voz de sus viles instintos, toman indiferentemente la escarapela que consideran mas fructuosa, mas conforme al logro de sus apetitos, la escarapela que les pareciere haya de procurarles mayor impunidad para sus maldades; siendo en realidad para esos «creyentes» todos los emblemas de partido lo que son para el pirata las varias banderas que tiene buen cuidado de llevar á bordo de su buque.

No nos cansemos de decirlo, los excesos en un sentido, han engendrado eternamente excesos en sentido contrario, y por esto procuran á todo trance provocarlos, á falta de otros medios mejores, los enemigos de las causas mas nobles.

Destrozadas por Felipe II las libertades aragonesas, en las cuales tan vivamente se hallaba reflejado el principio de la soberanía nacional, había de llegar el turno á Cataluña, cuyas instituciones siguió minando insidiosamente la corte de Madrid durante todo el reinado de Felipe III, según anteriormente se ha indicado, hasta que ya en el de Felipe IV, fueron también atacadas de raíz, con la violencia y la hipocresía que suelen caracterizar á todos los mandarines sin pudor. Sabido es que Felipe IV era el rey nominal de las Españas, pero que el verdadero rey era Olivares, el famoso valido que vivía sin respeto divino ni humano, apoyado en un cetro absoluto, y que sin embargo decía de los catalanes, porque no tan solo mostraban propósito de defender los antiguos fueros sino además rehacerse contra el atropello mas cínico de la religion y de toda moral, que querían vivir sin fe ni ley, con cuyas palabras, pretendiendo juzgar Olivares á los catalanes, se juzgab á sí mismo.

Tales fueron las tropelías, tales las infamias que hubieron de sufrir entonces los catalanes, que no hay sino miserables esclavos que puedan motejar de rebeldes á nuestros antepasados por haberse levantado en peso, bajo la direccion del clero, contra el Gobierno de Felipe IV. Los rebeldes en aquella ocasion eran Felipe IV y Olivares, como el rebelde fué mas tarde Felipe V; los rebeldes son aquellos que conculcan con tiranía las leyes que solemnemente juraron, y no sus sostenedores, como rebelde había sido asimismo el rey Juan II en el siglo XV, provocando en defensa de las leyes catalanas por él atropelladas malamente la primera gran revolucion, el primero de los tres grandes alzamientos que han dejado honda huella en nuestra Historia, y que no fueron mas que muy legítimos actos de soberanía nacional. Tocante al primero, el mismo rey Juan II vino á declarar que habían tenido razon los catalanes en levantarse contra él: por lo que hace á la guerra contra Felipe IV, hace tiempo que la verdadera historia

ha fallado también, como así no podía menos de suceder, en el mismo sentido; relativamente a la guerra de Felipe V, basta recordar que posponía leyes y juramentos al llamado derecho de conquista, es decir, al derecho del más fuerte llevado hasta el último extremo de la violencia, hasta en lo concerniente a la propiedad particular, según lo demuestra, entre tantas otras medidas tiránicas, el derribo en Barcelona del barrio llamado de la Ribera para la erección de la Ciudadela, uno de esos fuertes que se levantan principalmente con objeto de reprimir a los «ciudadanos rebeldes», según decía Federico II de Prusia hablando de ciudadelas.

Por mas que ciertos escritores, nacidos mas para perros de corte que para tratar de Historia, hayan pretendido insultar a Cataluña por su denuevo en rechazar tiranías y particularmente la de Felipe V, los mismos historiadores franceses de primer orden, aun escribiendo en tiempos de la dominación borbónica en su propio país, hicieron ya justicia a los catalanes levantados contra Felipe V; y ¿cómo podía ser de otra manera? La única excusa que pudiera alegarse, excusa, sin embargo, muy débil, pero que consignamos por no faltar a la imparcialidad, es que en tiempos de Felipe V la educación de la mayoría de soberanos en el continente europeo estaba hartamente cimentada en el funesto principio del absolutismo monárquico. — Mirad, señor, (decía un dignatario francés a Luis XIV, niño todavía, asomándose a un balcón de palacio), todo lo que veis y cuanto ver podréis en Francia, os pertenece.

En efecto, Luis XIV, nieto de Enrique IV, dió durante toda su larga vida pruebas de creer sinceramente que Francia y sus moradores eran realmente una propiedad suya, y que de todo podía disponer según mejor le pluguiese.

Y Luis XIV era el abuelo de Felipe V, quien creció nutrido en semejante doctrina, y cuyo derecho a la corona de España procedía de un origen bien digno de la misma teoría política, pues no tenía mas título que un testamento hecho contra el orden general de la heredad en todos los países de Europa, arrancado a fuerza de miserables intrigas a un pobre imbécil próximo al fin de su tristísima vida, quien no podía tener mas voluntad que la de sus exorcistas ordinarios, y cuyas disposiciones no era dable llegasen a tener fuerza legal, sino partiendo de la base de que un monarca pueda disponer de un reino, del mismo modo que el último gitano del mas vil animal comprado en una feria.

No hay necesidad de decir que nos referimos aquí al testamento de Carlos II, hijo y sucesor de Felipe IV, de ese infeliz Carlos, fallecido sin sucesión, último término de degeneración física y moral de la prole masculina del emperador Carlos, del pobre rey que solo pudo serlo de nombre y a quien se pudo hacer consentir en que, siendo él de la dinastía austríaca, entregase, sin embargo, la corona a la casa rival de su familia.

A ese extremo de decadencia habia llegado la dinastía austríaca en España, y desgraciadamente la decadencia de la nación corría parejas con la de la familia reinante. Se ha dicho de la misma familia que el primer Carlos, el emperador, fué grande hombre, que su hijo Felipe II fué simplemente rey, que Felipe III y Felipe IV ya ni reyes fueron, y que Carlos II ni siquiera fué hombre. La observación es tan ingeniosa como exacta.

Si desde las regiones en que están las almas que han vivido vida corpórea en nuestro planeta, pueden tener pleno conocimiento de lo que en el mismo acontece desde que van a otras moradas, el primer Carlos y su hijo Felipe han tenido, sobre todo en los últimos días del reinado de su descendiente Carlos II, hartos motivos para reflexionar sobre su sistema predilecto de gobierno; y si las almas lloraran, sus lágrimas habrían de ser inextinguibles. Hacer retumbar bajo el peso de sus armas el orbe entero, dejándolo cubierto de cadáveres; promover la ruina y la despoblación en sus inmensos dominios a fin de alcanzar la dominación universal, es decir, la esclavitud universal; empeñarse en reducir a la impotencia a los soberanos de Francia por medio de una lucha titánica, llegando, siempre con ese mismo objeto, hasta a atropellar desapiadadamente a la misma

cabeza visible de la Iglesia, de la cual ellos se daban sin embargo los primeros representantes armados, habiendo ejecutado en Roma las huestes de Carlos cosas a que no se atrevieron las hordas de Alarico; haber hecho todo esto, para venir a parar de tan triste manera no tan solo a la decepción tocante a sus ensueños de señorío del mundo, sino aun a que espontáneamente fuesen entregados después por su descendiente directo a los naturales enemigos de la familia esos mismos dominios, adquiridos o conservados sin embargo a fuerza de siglos y a costa de ríos de sangre; y debido semejante fatal al régimen político por ellos con tanta violencia inaugurado, en verdad que si no hay en este conjunto motivos de arrepentimiento, no alcanzamos a comprender qué clase de crímenes o de errores humanos pueden promover los grandes arrepentimientos.

Si por desastres, de que por cierto era bien inocente, lloraba el profeta de Israel con tanta amargura, muy amarga ha de ser la pena de los causantes de tales calamidades.

Y el dolor, especial para Felipe II, ha de exacerbarse mas y mas con los elogios que le prodigan sus admiradores de su política, la horrible política de «el fin justifica los medios.» Pero, acordémonos aquí de que somos cristianos, y de que para juzgar a los muertos de la Historia, como a los demás, hay una balanza final, infinitamente superior a nuestra balanza.

Nada mas fácil que imaginar y hasta encontrar un calculista que se haga a sí mismo este razonamiento: —yo soy un hombre de provecho que quisiera favorecer a los pobres, hacer hasta alguna piadosa fundación para el bien de mi alma, y tener además bajo mi mando mucha gente para gobernarla en regla; no hay sino que con las mejores intenciones no me lo permiten mis fuerzas o mis medios: con todo, veré si consigo mi objeto tomando un poquillo de lo ageno con mas ó menos violencia, con mas ó menos astucia, y luego la beneficencia pública no se ha de quejar de mí, ni se han de quejar tampoco los ingéños que celebren mis generosos instintos en bien compuestas historias.

Tal es en el fondo la máxima política: «el fin justifica los medios», y se hallarían pocos jefes de bandidos que no la hiciesen suya.

El buen Luis XI de Francia, anterior a Felipe II, para poder redondear su reino sin escrúpulos, arrebatando tierra a quien podía y matando a quien le esorbaba, no razonaba en sustancia de otro modo, y no sabemos que después de haber dirigido a la Virgen una ferviente oración en ese mismo sentido que acabamos de indicar, se creía tan perfecto cristiano como político hábil.

Adoptar un hombre el principio: «el fin justifica los medios» es buenamente sustituir a la embarazosa moral de Dios una moral mucho mas ancha y mas cómoda, es arrogarse el papel de la Providencia, que es precisamente lo que hizo Napoleón con España y los Borbones el año 8, según confesión propia, y de lo cual se arrepentían en Santa Elena. Algo del espíritu de la misma máxima debió entrar en la mente del primer arcángel, cuando se rebeló contra el gran Padre.

Los terroristas del año 93 en Francia también procuraban excusarse con «el fin justifica los medios.» Siempre los extremos tocándose.

Alguien quisiera volver en España, según parece, a la política de Felipe II, convenientemente disfrazada, con caricaturas mas ó menos representativas, por exigirlo así el maldito espíritu del tiempo, y hasta el borbonismo de Cabrera será capaz de ponerse el gorro frigio; lo que que quisieramos sería que a todos los españoles fuese dado el leer y tener siempre presentes las páginas de nuestra historia, en que puedan verse los dañinos frutos de esa política, pues entonces se formaría acerca de la misma una convicción tan firme y tan general, que el defenderla seriamente en una discusión solo movería a desprecio.

¿No se ha ensayado aun bastante en la tierra de España, alcázar desde hace tanto tiempo de todos los despotismos, el sistema gubernativo de Felipe II? Ese sistema es la ruina, es la degradación de España: ¿será precisamente por esto mismo que ha habido tanto empeño en resucitarlo?

Bien podría ser. No cuesta gran trabajo imaginar el que súbditos ignorantes y pobres sean comunmente mas fáciles de manejar ó de seducir que los ricos é instruidos; por esto, sin duda, ciertos gobernadores tienen horror a la verdadera y sólida enseñanza, en lo cual son muy lógicos bajo su punto de vista. A los animales de carga bástanles los ojos del cuerpo; la luz mental es un lujo hartamente peligroso para aquellos seres a quienes conviene hacer en cuanto cabe *sicut equus et nullus quibus non est intellectus*. De esta suerte se evita en lo posible la discusión, hija del diablo al decir del marqués de Valdegamas, en aquel libro famoso que, detenidamente examinado, es ante todo una brillante ironía, pero que ha contribuido no poco a la caída de la que fué reina de los españoles.

¡Ah! Si muchos pueblos conocieran todas las calamidades que les han sobrevenido por culpa de sus príncipes, no pasarían un solo día sin pedir al cielo les otorgase la sabiduría conveniente para poder vivir sin monarquía. La mejor propaganda que puedan hacer los partidarios de la República, la mas fecunda, incontestablemente para su idea, es ir elevando la inteligencia de las masas, a fin de que estas lleguen a penetrarse bien de que el gobierno del pueblo por el pueblo, debidamente practicado, es, sin disputa, el mejor de todos; pero que para alcanzarlo, y, sobre todo, para conservarlo, es preciso se arraigue antes mucho la convicción general de que habrá suficiente dosis de sensatez pública, de que la libertad personal y la propiedad de cada ciudadano serán mejor garantidas que bajo el régimen monárquico, de que la estabilidad del orden público estará suficientemente asegurada, de que el rico no habrá de temer al pobre ni el pobre al rico, porque a todas las personas, a todas las clases, será siempre y de veras superior la ley.

Solo a ese precio es posible la libertad política completa. La libertad es un derecho, el mejor y mas necesario de todos los derechos; pero es preciso saberlo ejercer para que produzca sus naturales y provechosos frutos; siendo en sumo grado conveniente que todos los amantes de la libertad estén, ante todo, bien penetrados de una verdad axiomática, a saber: que la primera y mas indispensable condición para el saludable ejercicio de la libertad, es la pública sensatez. Y esta es la razón por la cual los pueblos mas sensatos han sido siempre y serán eternamente los mas libres, los mas aptos para gobernarse ellos mismos.

Este es el único secreto de la tan prolongada duración de las libres instituciones en Cataluña, prescindiendo ahora del grande ejemplo de Inglaterra.

Los pueblos meridionales, es fuerza reconocerlo, generalmente mas apasionados en razón de la misma influencia del clima, experimentan mayor dificultad que los del Norte en vivir largo tiempo, pero con buena voluntad y buen juicio esta natural dificultad queda vencida.

Con solo que se emplee en esos países una mínima parte de la actividad y prudencia empleadas para poder navegar sin sobrados tropiezos entre los infinitos escollos del régimen despótico, y para poder sobrellevar sus constantes exigencias de todo género, la indefinida conservación del *self-government* es segura. Por enervador que en ciertas regiones fuere el sol, siempre dejará a los habitantes la necesaria energía, si quieren, para concertarse, elegir y vigilar a sus conciudadanos mas dignos para la dirección de los negocios públicos, al mismo tiempo que poder bastante para castigar a los representantes fieles a su mandato. Sin negar la parte de verdad que respecto a este punto contiene la teoría del inmortal Montesquieu, tenemos no obstante por incontestable, y podríamos aducir para ese mismo objeto varios ejemplos históricos, que dista mucho el clima de contribuir tanto como contribuye la ignorancia al mayor ó menor grado de libertad en las sociedades humanas. La luz intelectual basta para neutralizar ciertos efectos de la luz solar hartamente viva. Sin duda la conciencia por sí sola no salva a una sociedad llegando a cierto grado la corrupción de costumbres, pero la experiencia enseña que los países del Norte están también expuestos a ese mal, y por cierto que si fuéramos a examinar detenidamente el verdadero estado moral de algunas tierras nevadas que

tienen fama de muy noblemente patriarcales, encontraríamos por desgracia que el imperio del mal se extiende a todas latitudes.

Las antiguas Repúblicas de Roma y de Cartago, como las de Grecia, no tenían su asiento en países muy frios. Podía preponderar en ellas mas ó menos el elemento aristocrático, pero tenían libertad legal los que eran ciudadanos. Lo mismo puede decirse de las Repúblicas de Italia en la Edad Media. Ahora mismo, ¿es acaso tierra libre la Rusia?

De todos modos si cuando una nación está hartamente degradada no alcanza la libertad a salvarla, menos la salva el despotismo. Sabemos de personas muy bien intencionadas que opinan lo contrario, pero la historia como la filosofía, el hecho y la razón del hecho, atestiguan contra ellas. ¡Alcancó, por ventura, el Gobierno cesáreo, para limitarnos al ejemplo mas culminante, a purificar la sociedad romana, así que esta hubo dejado las altas y varoniles vías para encanagarse en la mollicie?

LUIS CUCHET.

(Se concluirá.)

INCOMPATIBILIDAD DEL PODER

ESPIRITUAL Y DEL PODER TEMPORAL QUE SE ATRIBUYE EL PONTIFICE ROMANO (1).

II.

Sabiendo esto, que la ley no fué puesta para el justo, sino para los injustos y desobedientes, para los impíos y pecadores, para los ínicos y profanos, para los parricidas y matricidas, para los homicidas. ... que Jesucristo vino a este mundo para salvar a los pecadores, de los cuales el primero soy yo.

(I. SAN PABLO A TIM. I, 9 y 15.)

Desde que el cardenal arzobispo de Santiago y otros prelados de la Iglesia romana se dieron por aludidos cuando se acusaba a los neo-católicos en los tiempos de la dominación borbónica de enemigos de la libertad y del progreso, no creemos injuriar al episcopado confundiendo con esa secta de proteos que blasfeman el nombre de Dios y lo suponen cruel, intolerante, fanático, colérico y realista como un clérigo.

Nunca hasta ahora, especialmente después de la polémica del cardenal arzobispo de Santiago con *La Iberia*, habia querido el partido liberal considerar a esos impíos idólatras, que el siglo XIX apellida neo-católicos, como órganos y representantes de la Iglesia de Jesucristo. La escuela liberal moderna acepta ó respeta la religión cristiana, y combatiendo sin tréguia la superstición y la hipocresía procuraba salvarla del naufragio que hoy corren todos los poderes fundados en la autoridad. Partidaria de la razón, y partiendo de la libertad de exámen, en religión como en política, hacia la guerra a los perturbadores de la paz, a los falsificadores de la disciplina, a los ignorantes del dogma cristiano, é intentaba persuadir al clero del gravísimo error en que viene incurriendo desde que se ha pronunciado contra los principios de la revolución, que tienen precisamente su origen en el Evangelio. Pretendía el liberalismo moderno, tan maltratado por el clero católico, separar la causa de la religión cristiana de la causa que representan los defensores de la herejía neo-católica, quienes simbolizan en el Papa el dogma, la fe y la tradición de la Iglesia de Cristo, y prescindiendo, por un espíritu de conciliación mal apreciado, de la usurpación de facultades que significa la supremacía espiritual atribuida al obispo romano, transigía con ella a condición de que este y su clero renunciasen a todo dominio temporal, y se reconciasen con la filosofía, la ciencia y el progreso.

Pero el Papa y los obispos, y la gran mayoría del clero inferior, refractarios a todo progreso, rechazan la transac-

(1) En nuestro artículo anterior, pág. 7 del número tercero, se cometieron las siguientes erratas: 3.ª columna, 5.ª línea, díjese «de San Pedro» y debe leerse «del Vaticano» 4.ª columna, línea 21, dícese «realzar», y debe decir «realizar».

En la misma columna, línea 41 dice «observación», y debe decir «abstracción».

Página 8, 1.ª columna, línea 72, donde dice «reparado» se leerá «separado».

Idem id., línea 91, dícese «secreto» debiendo decir «santos».

Idem 2.ª columna, línea 5, dícese «convencidos», y debe decir «convencimos».

Idem id., línea 100, debe haber punto al final de «por ejemplo», y ser P mayúscula la p minúscula con que principia la palabra siguiente.

ción ofrecida, se sublevan contra la revolución, se oponen soberbios á la corriente de libertad, condenan satánicamente la razón humana, fomentan el odio de las gentes fanáticas contra todo cuanto lleva el sello de liberal, intentan reconstruir la Jerusalén del despotismo monárquico-teocrático, se constituyen en porta-estandartes de la reacción, escitan las iras de las clases ignorantes, supersticiosas é interesadas en la propagación del error, y concluye aquel por lanzar *ex-cathedra* el más audaz anatema contra la civilización, la libertad y el progreso, declarando en el paroxismo de la cólera que todo ello es incompatible con el catolicismo.

Desde este momento no había vacilación posible para los que hemos consagrado la vida al triunfo de la verdad y de la justicia. Era necesario atacar el mal en su origen, empeñar la batalla contra el demonio de la ignorancia, desmascarar la hipocresía y demostrar al vulgo que no es punto dogmático, ni mucho ménos, que el romano Pontífice sea rey de Roma, pues que no pensó en ello el Redentor, ni se le ocurrió la necesidad de tal poder á los primeros y Santos Papas, ni hay decisión alguna de los Concilios ecuménicos que establezca siquiera el presunto derecho á ese doble é incompatible poder.

III. (1)

«¿Señor, si restituirás en este tiempo el reino de Israel? Y les dijo: «No toca á vosotros saber los tiempos ó los momentos, que puso el Padre en su propio poder.»

(Hechos de los Apóstoles, 1, 6 y 7.)

«La Iglesia fundada por Jesucristo para completar la obra de redención, para enseñar á todas las gentes á observar todas las cosas que dictó á sus apóstoles, (2) dista mucho de la Iglesia de los neo-católicos. La congregación de los fieles ofreció al mundo romano, atónito, el hasta entonces insólito espectáculo de un poder que se imponía por su propia bondad al sentimiento de los oprimidos, y que sin recurrir jamás á la fuerza, sin más armas que la persuasión, quebrantaba todas las resistencias, sometía á su imperio todas las conciencias y hacía caer el hacha de manos de los verdugos.

«Todo era común en la Iglesia de Jesucristo: el pan del alma y el pan del cuerpo; la virtud, la fe y los bienes, como la caridad; el valor para sufrir la persecución, como el entusiasmo con que los mártires en la hoguera misma pedían á su Dios misericordia para sus enemigos; y de esta suerte, resignados en el tormento, mansos con los soberbios, humildes con los altaneros, piadosos con los culpables, sumisos á la autoridad de los implacables Césares, sin reclamarles su cetro, sin pedir para sus obispos un patrimonio especial, sin promover jamás una insurrección, y sin aspirar en ningún caso al dominio temporal del mundo, que rápidamente se iba sometiendo á su doctrina, alcanzaron los cristianos la mayor victoria que conmemoran los siglos. Los dioses del Olimpo huyeron del Capitolio ante la majestad del Crucificado, y el mundo dobló la rodilla ante el instrumento de su suplicio.

«¿Cuál fué durante esos tres grandes siglos el poder que ejercieron la Iglesia y el Papa? Inmenso el de la primera, soberano, así respecto á la disciplina como á la definición del dogma. El Papa no pensaba siquiera que su obispado fuese universal, y es necesario llegar al siglo V para oír por primera vez en el Concilio de Cartago, celebrado el año 419, la pretensión de atribuirle supremacía sobre los demás obispos. Un sacerdote latino, llamado Aurelio, propuso que los obispos condenados en primera instancia pudiesen apelar al de Roma, fundándose en una resolución del Concilio de Sárdica; pero se opuso Alipio, obispo de Tagasta, negando que en los textos conocidos tuviera precedente esa jurisprudencia.

«La Iglesia se regía en los primeros siglos democráticamente, y la idea cristiana se desarrollaba fuera de Roma bajo la autoridad de los Concilios en Antioquía, Alejandría, Constantinopla y Nicea, é inspirada por la sabiduría de Atanasio, Ambrosio, Tertuliano, Lactancio, Agustín y Orígenes.

(1) Lo que sigue con comillas lo publicó el autor en *La Iberia* en 1865.

(2) San Mateo, XXVIII, 19 y 20.

«La elección de los obispos correspondía al pueblo, y la superioridad á los Concilios, considerándose únicamente al de Roma como el primero de aquellos, que había heredado de Pedro solo la primacía, pero de modo alguno la autoridad absoluta, que repetimos, correspondía á las Asambleas ecuménicas. Una prueba de ello, entre otras, la encontramos en el pontificado de San Víctor, que intentó decidir las cuestiones suscitadas en el segundo siglo con motivo de la Pascua, cuya festividad fijó en el día 14 de la luna de Marzo; pero ningún obispo se sometió á la jurisdicción del romano. El título de Papa que este se reservó por fin en el año 1081 era un título genérico que no significaba obispo universal, aun cuando se comprende que fué el primer paso de lo hácia la monarquía. La distinción que se concedió á San Silvestre, confiriéndole la presidencia del Concilio de Nicea del año 325, lejos de expresar superioridad, es un nuevo dato para apreciar la del Santo Sinodo, el cual además invistió al obispo de Alejandría con los mismos privilegios que al de Roma. El Concilio de Calcedonia, en suma, en el año 451, divide la cristiandad en cinco patriarcados: Roma, Constantinopla, Antioquía, Jerusalem y Alejandría. En vano reclama contra esta decisión el Papa San Leon. La Iglesia, democrática en su origen, representativa con los Concilios, aristocrática con los obispos, se transforma en una oligarquía de patriarcas rivales, pero limita su poder á lo espiritual, y todavía no se somete á una monarquía absoluta.

«Es cierto que sucesivamente se va desarrollando la ambición de los obispos romanos; pero aun no se concibe en el siglo V que sea posible la dictadura espiritual y temporal, y tanto es así, que ya hemos visto cómo las primeras pretensiones de superioridad se limitaron á un derecho de apelación, cuestión de mera disciplina. El Papa San Gelasio, á fines del siglo V, así en su *Tratado del Anatema*, como en una carta al emperador Anastasio, había considerado que era una *idea del demonio* la pretensión de unir los dos poderes que él distingue perfectamente; y antes que él, había escrito Sinesio, obispo de Cirena, en su carta ciento veintinueve: «He querido haceros ver por experiencia que unir el poder político al sacerdocio equivale á confundir dos materias incompatibles. La antigüedad ha tenido sacerdotes que eran jueces; los hebreos y los egipcios han sido gobernados mucho tiempo por sacerdotes; pero después, Dios ha separado estos dos géneros de vida; ha declarado el uno sagrado y el otro político; ha unido los unos á la materia y los otros á sí mismo. Aquellos deben consagrarse á los negocios y nosotros á la oración. ¿Por qué queréis unir lo que Dios ha separado? El verdadero objeto del sacerdote es la contemplación, que no se aviene con la acción y el movimiento de los negocios.»

«Esto por lo que hace relación al poder, al dominio propiamente llamado temporal; que por lo relativo á la propiedad ó patrimonio eclesiástico, á lo que se ha llamado patrimonio de San Pedro, véase, por ejemplo, lo que pensaba el Papa San Gregorio el Grande, cuyo pontificado terminó el año 604: «Que sepan que la tierra de donde proceden es común de todos los hombres, y que desde luego sus frutos pertenecen á todos indistintamente (1).

«Dada la tierra, dice San Ambrosio (2), en común á todos los hombres, nadie puede llamarse propietario de lo que excede á sus necesidades naturales en las cosas que ha distraído del fondo común, y que conserva solo por violencia.» «Cualquiera que posea sobre la tierra, añade San Agustín (3), es infiel á la ley de Jesucristo.»

«Ocupáramos muchas columnas de *La Iberia* con citas análogas de autoridades canonizadas por la Iglesia y de los *Hechos de los apóstoles*, si nos propusiéramos probar que de sus doctores y maestros pudo aprender, sin duda, Proudhon el famoso título de una de sus obras, peor apreciadas: «LA PROPIEDAD ES EL ROBO»; pero creemos bastantes las anotadas para persuadir á los hombres de buena fe que este lean del abuso que se están permitiendo los neo-católicos en la defensa del poder temporal del Papa, pues dista mucho de ser de institución

(1) S. Gregorio, cur., Past. Voy, 3 adm. 22.

(2) Serm. 64 in luc., cap. 16.

(3) *Cred., de complem. mundi. Trat. 9, c. 2.*

divina, como suponen, según queda demostrado, tanto en la parte meramente política, cuanto en la material ó posesión de bienes.

«¿Desde cuándo adquirió la Iglesia de Roma la supremacía á que aspiraba en la universal ó católica? Difícil y arriesgado sería señalar la época, siendo lo único cierto que, tanto la espiritual como la temporal, fueron lenta y sucesivamente desarrollándose á favor de la decadencia del imperio romano y de la irrupción de los bárbaros.

«Hemos consignado, por lo pronto, que á pesar de la supuesta donación de Constantino, cuyo documento jamás ha salido del Vaticano, todo un San Silvestre no obtuvo del Concilio de Nicea más que una señal de deferencia; pero de modo alguno la consagración de un derecho. Lo que verdaderamente dió gran importancia al metropolitano de Roma fué la traslación de la Sede imperial á Constantinopla, pues desde este momento, libre de la presión que ejercía, de hecho y de derecho, la autoridad del príncipe, pudo extender su influjo local, siquiera no lograra imponer sus doctrinas relativas á la supremacía á los obispos de Italia, quienes reunidos en Concilio el año 378, si bien reconocieron en el de Roma un rango superior, como sucesor de San Pedro, cuidaron mucho de proclamar que eran sus iguales por su título y sus funciones, como él elegidos por el pueblo, y sujetos á determinada circunscripción territorial.

«La fortuna, mientras tanto, sonreía al patriarca de Roma; el alfanje de los musulmanes lo libró de los poderosos rivales de Jerusalem, Antioquía y Alejandría; y si bien á la caída del Imperio de Occidente los bárbaros le hicieron sufrir toda suerte de tribulaciones, la invasión de los lombardos y la creación del exarcado de Ravena favorecieron grandemente á la Sede pontificia, pues en el espacio de dos siglos que duró este estado de cosas obtuvo de todos los obispos de Europa el reconocimiento de su soberanía espiritual, justo galardón, en nuestro juicio, de la perseverancia é infatigable celo con que supo domar á los conquistadores, suavizar sus costumbres, combatir la herejía, y constituir, por último, la unidad religiosa en la fe de Jesucristo. Por entonces también consiguió Bonifacio III que el emperador Focas confiriese el título de *obispo universal* al de Roma, precedente de gran importancia para el Pontificado, aun cuando á la sazón, por consecuencia de las revoluciones que se sucedían casi periódicamente en Constantinopla, á la muerte de Focas recobró el patriarca de Oriente el título en cuestión.

«Adviértase, sin embargo, que interin los Papas afirmaban en el Occidente su autoridad espiritual y la unidad religiosa, que tanta fuerza moral les daba, súbditos del emperador, sumisos al exarca, su vicario, no solo se conformaron con que su elección para ser válida necesitase la ratificación del príncipe, sino que algunos de ellos recibieron de sus manos la tiara, viendo violados más de una vez los más preciosos privilegios de la Iglesia. ¿Cómo conciliar tal sumisión con los derechos adquiridos por la famosa donación de Constantino? Algunas protestas, más ó ménos tímidas, resistencias que varios pontífices expiaron con la prisión ó el destierro, no quitan su importancia al hecho histórico que señalamos.

«La estancia, empero, de los Papas; la fe con que, menester es decirlo, perseveraban en considerarse como la columna indestructible de la Iglesia; el auxilio moral que todo el Occidente les prestaba para emanciparse de la tiranía del Oriente, estimulados los pueblos por la influencia que en su futuro destino podía ejercer la separación de la Iglesia del imperio, todo contribuyó á que éste renunciase, por fin, á su derecho de confirmación y cesara de intervenir en los negocios espirituales.

«Había sonado la última hora de la autoridad que aún conservaba el Oriente sobre Roma y el Papa. Una revolución arrojó de sus sagrados muros al representante del imperio, y Roma volvió á ser República con prefecto, cónsules y tribunos; pero bajo el dominio real de la Sede Apostólica, cuyos peligros, no obstante, fueron desde entonces mayores, teniendo que defenderse de los lombardos y apelando para ello primero á Carlos Martel y luego á su hijo Pepino, usurpador, como es

sabido, de la corona de Francia. El mismo Esteban II, cuentan las crónicas, cubierto de ceniza se dirigió á las Gálias y renovó la consagración de Pepino, á quien antes había unguido su predecesor Zacarías por medio de San Bonifacio. ¿Qué podía rehusar Pepino á su generoso protector? Vencedor de los lombardos y dueño de Italia por las armas, otorgó á los Papas la famosa donación del patrimonio que después se ha llamado de San Pedro. Carlo Magno confirmó la donación de su padre y agregó nuevos dominios al de la Santa Sede.

«Hé aquí el origen del poder temporal: hé aquí los títulos en que se apoyan los neos para amenazar con el fuego y la cólera de Dios á los que se permitan negar que fué instituido á la vez que la Iglesia, como la condición precisa de su existencia, dejándose llevar en el delirio de su orgullo hasta el exceso de llamar herejes á los que piensan, como los grandes Padres de aquella, que el poder político es incompatible con el espiritual, que las funciones del rey son inconciliables con las del sacerdote, porque la espada no sienta bien en la diestra del ministro del Señor, que debe hallarse limpia de sangre en el acto de celebrar el santo sacrificio de la misa, símbolo misterioso de la pasión y muerte del Redentor de los hombres.

«Y como los neo-católicos finjen ignorar estas cosas, haciéndonos la injuria de creer que las ignoramos también; como aspiran á servirse de los errores del vulgo para promover una guerra religiosa, y como constituyen hoy toda la fuerza de la reacción, bueno será que continuemos estudiando las vicisitudes del poder temporal y el partido que de él sacaron los príncipes de Roma para acrecentar el espiritual á costa de la libertad de la Iglesia cristiana.

IV.

«Id, pues, y enseñad á todas las gentes: bautizándolas en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo:

Enseñándolas á observar todas las cosas que os he mandado.

(SAN MATEO, XXVIII, 19 y 20.)

«Mucho se engañan quienes crean que con las donaciones de Pepino y Carlo Magno, títulos que no negamos, pero de cuya justicia nos será lícito protestar, repitiendo con el evangelista, *Misericordia quiero y no sacrificio*, terminaron los conflictos entre la Iglesia y el imperio, y que los Papas disfrutaron tranquilamente y sin contradicción la soberanía temporal de que se hallaban investidos por el derecho de la conquista. Justo es observar que el piadoso y espléndido Carlo Magno no cesó mientras vivió de ejercer sobre los Papas y su dominio el derecho feudal de soberano, percibiendo los impuestos y sosteniendo con cierta reserva todas las prerogativas de los emperadores griegos.

«Sería por demás prolijo enumerar las tribulaciones de los Pontífices desde el momento en que Leon III ciñó á las sienes de Carlo Magno la corona de Occidente, y la serie de reveses por que pasaron antes de consolidar el poder dictatorial de Gregorio VII. Ora vasallos de los emperadores, ora sus tiranos, tan pronto soberbios como humildes, si un día pudo Nicolás I lisonjarse de haber sacudido el yugo de los carolingios, y de poseer con las falsas decretales de Isidoro Mercator ó Pecador, que aparecieron á mediados del siglo IX, la consagración de la autoridad pontificia, superior á la de los Concilios, según establecen esas piezas apócrifas, en cambio sus sucesores debieron la tiara á los magnates que dominaban en las inmediaciones de Roma, y la silla de San Pedro fué ocupada por una serie de Papas, sobre cuyos reinados conviene pasar como por encima de ascuas.

«Todo el Occidente dobló su cabeza ante las decisiones de las decretales que se suponían emanadas de los Papas en los tres primeros siglos del cristianismo. La ignorancia era entonces densísima, y habían de trascurrir algunas centurias antes de que la Iglesia declarase falsas las decretales publicadas por Isidoro; pero cuyo autor permanece desconocido, siendo un ejemplo singular de abnegación el que ofreció al mundo el anónimo inventor del poder soberano de los Pontífices, dejando ignorar su nombre á la historia y renunciando acaso á la santidad. Como quiera que sea, el mismo Nicolás no dudaría de la autenticidad de las

decretales, pues que fundado en ellas trató de hacer extensiva al Oriente la supremacía que aceptaron los pueblos y las iglesias occidentales, habiéndole dado ocasión las cuestiones que se suscitaban con el patriarca de Constantinopla, Focio, á quien santamente excomulgó, no sin sufrir él mismo la excomunión de su rival. De esa lucha de excomuniones arranca el cisma, la escisión de la Iglesia griega y la implacable enemistad de los dos Papas.

«Pero ya lo hemos indicado: tras del Pontificado de Nicolás, uno de los más brillantes que registran los anales de Roma, pasan como inmenso huracán sobre la ciudad y la Iglesia desórdenes é irregularidades que no es lícito consignar; tal fué su magnitud. Jamás se había visto tan abatida y humillada la cátedra de San Pedro, y nunca, en verdad, fué menor el poder de sus sucesores que en este largo período de un siglo, transcurrido desde Bonifacio VI hasta Juan XII, á quien no se le ocurrió para salvar el Pontificado de su inminente ruina y levantarlo de su postración más recurso que el de impetrar la intervención de Oton el Grande, coronándolo emperador, más feliz en su empresa al entregar la patria al extranjero que Estéban V, cuyos restos fueron arrojados al viento por los romanos indignados.

«Los emperadores de Alemania dispusieron entonces de la tiara y del poder temporal, como ántes lo habían hecho los señores italianos: que ocurriera entretanto el feliz accidente de ascender al trono de Alemania un Enrique II que juró en manos de Benito VIII ser el defensor de la Iglesia y serle fiel en todo, no quita su importancia al hecho auténtico de hallarse sometidos mas que nunca los Pontífices al capricho de los emperadores, al hecho culminante de que su poder temporal, lejos de ser real y efectivo, en vez de asegurarles la independencia de su ministerio espiritual, era un continuo peligro, la ocasión perenne de conflictos que sin cesar se reproducían cubriendo de luto el corazón de la cristiandad.

«Por la fatalidad de su origen y por ser incompatible con el espiritual, el poder temporal sufre en la Edad Media las más crueles alternativas, compromete la unidad religiosa, empeña á los Papas en arriesgadas empresas, y sin consolidarse nunca, unas veces consentido, otras contrariado, ya en abierta pugna con el espíritu republicano de Roma, ya en guerra declarada con el imperio germánico, apoyándose un día en los gibelinos, erigiéndose de pronto en bandera de los gibelinos, solo una ventaja alcanza, solo con una victoria se engalana, y aunque la Iglesia griega, en definitiva, se emancipe, arraiga en todo Occidente la doctrina de las falsas decretales y del Decreto de Graciano.

«Lo que demuestra el estudio de esta época histórica, cuyos anales de buena gana condenarían los neo-católicos, es precisamente lo contrario de lo que estos quisieran imponer como artículo de fe á la Europa ilustrada del siglo XIX: que el poder espiritual de la Sede Apostólica se aumenta de día en día, á pesar de los amargos trances y de las humillaciones que el temporal ocasiona á los Papas. La ambición de los conquistadores en ese período de barbarie favorece grandemente sus íntimos designios de avasallar á los reyes y á los pueblos. Los usurpadores Roberto Guiscard, Roger y Guillermo, todos aquellos que se elevan al poder supremo por el derecho de la fuerza, comprenden fácilmente la utilidad de hacerse consagrar por los Papas á cambio de prestarles homenaje feudal, y con el propósito, como los emperadores de Alemania, de violar su juramento cuando les convenga. Los Papas, sin embargo, aceptan con júbilo tales feudos, siquiera nominales, consolándose de su ingratitude en gracia del precedente, que bien pronto ha de servir al gran Hildebrando para legitimar su dictadura revolucionaria, que trasformó súbitamente la monarquía feudal de la Iglesia en absoluta.

«No debemos omitir en la rápida narración de los sucesos que concurren á formalizar, y en cierto modo consagrar el poder que se atribuyó Gregorio VII, justificando de este modo el dictado de revolucionario con que la mayor parte de los historiadores lo honran, que el gran Pontífice, precursor de la revolución francesa, según Edgard Quinet y otros sa-

bios, fiel intérprete del Evangelio, en nuestro humilde juicio, acometió la reforma de la Iglesia y del Estado político, con el propósito de devolver á la primera su primitiva austeridad de costumbres, y de libertar á los pueblos de la tiranía de los príncipes. Hé aquí lo que escribía á los obispos: «¿Quién no sabe que la autoridad de los reyes y jefes de los Estados procede de que en su ignorancia de Dios, entregados á un orgullo, á una concupiscencia sin freno, auxiliados por el príncipe del mal, han pretendido dominar á sus iguales, es decir, á los hombres, por la insolencia, las rapiñas, la perfidia, los homicidios, y en fin, todos los géneros de maldades?» (1) ¿Aceptarían los defensores actuales del poder temporal de los Papas la base en que fundaba Hildebrando la superioridad de su poder sobre los reyes?

«El único error de Gregorio VII consistió en atribuir á la Sede romana el poder que realmente pertenecía y pertenece á la Iglesia universal, á la congregación de los fieles: con esta variación, respecto á la forma, habría consumado la revolución social que estaba llamado á realizar el Evangelio, cuyo sentido nos permitimos creer que sea la definitiva regeneración de la familia humana bajo un régimen de libertad é igualdad prácticas, hácia el cual misteriosamente y por medio de sublimes parábolas y preceptos la impulsó Jesucristo. Día llegará en que estas esperanzas se verifiquen, pues no en vano ha de sentirse agitada la humanidad por eterna ansia de justicia, ni puede conformarse ya por mucho tiempo con que el Evangelio sea una letra muerta, de sentido puramente místico en cuanto se relaciona con las condiciones sociales, mientras que las gerarquías eclesiásticas con tanto afán disfrutaban los bienes de la tierra.

«Poco tiempo gozó de su exaltación el romano Pontífice. El mismo Gregorio VII, combatido á la vez por el emperador y por el anti-papa Clemente III; él, que había obligado á Enrique IV á presentarse penitente, en camisa y con una escoba, arrebatado ahora de Roma por los lombardos; él, que había hecho tan amplio uso del pretendido derecho de absolver á los pueblos de sus juramentos hácia sus reyes, disponiendo de sus coronas, espiró en poder de sus enemigos en Salerno, pronunciando estas tristes palabras de infinita amargura: *He huido de la iniquidad, y muero en la indignidad.*

«¡Lección elocuente de la historia! No nos detendremos á determinar los innumerables episodios de la contienda á que dieron lugar las querellas suscitadas en tiempo de Gregorio VII entre el sacerdocio y el imperio; pero nos importa consignar que esa lucha ocupa á la Santa Sede bastante más que fuera justo, apartándola con frecuencia de la santidad que debía presidir á todos sus actos; y que persiguiendo el sueño de Silvestre II y de Gregorio VII, solo han conseguido sus sucesores desprestigiar el elevado ministerio del sacerdocio cristiano.

«Mucho más gloriosa habría sido la supremacía eclesiástica, con tanta virtud y constancia conquistada, arriesgando en ocasiones el martirio de los Papas que la consolidaron sobre las ruinas de la Iglesia republicana de los primeros siglos, desorganizada por los bárbaros, si en lugar de sostener el derecho á la espada se hubieran limitado al de la cruz sobre las conciencias. Así hubo de pensarlo durante algún tiempo Pascual II, resuelto á desarmar la cólera de Enrique V por la renuncia de todos los bienes terrenales, devolviendo á la Iglesia su pobreza y desnudez primitivas; pero los cardenales se opusieron á la realización de este bello proyecto, declararon herética una proposición eminentemente cristiana, que hubiera ensalzado el poder del vicario de Jesucristo, como en nuestra época ha sucedido al principio del pontificado de Pio IX, y el Papa tuvo que humillarse y consagrar al emperador, obteniendo de él, en cambio, la promesa solemne de que las elecciones serían libres en lo sucesivo.

«Gelasio II comprendió, como su antecesor, que era más digno abandonar lo temporal que humillar el poder del sumo sacerdocio, y huyó á Francia para conservarlo íntegro, recibiendo por todas partes el justo homenaje de adhesión de-

bido á la santidad de su vida. El tratado de Worms, por el cual renunció el emperador el derecho de investidura por medio de la cruz y el anillo, conservando el de conferirle por el cetro y la espada, símbolo del poder temporal, estableció además, respecto á las elecciones, que si bien debían ser libres, se verificarían á presencia de aquel, reservándole la facultad de dirimir el empate eventual de los votos. ¿Puede darse prueba mayor de lo efímero, que, como hemos dicho, era el dominio real de los Papas, que esta transacción solemne que no satisfacía á la Iglesia ni al imperio? ¿Cabe tampoco prueba más auténtica de que en el siglo XII, después de los gloriosos Pontificados de Gregorio VII, Urbano II, Pascual y Gelasio, también II, todavía no era reconocida por el imperio más soberanía que la espiritual?

«¡Ah! ¿Por qué fatalidad no limitaron los Pontífices su ambición al predominio espiritual, al universal imperio sobre las conciencias, y su ambición podría haber sido acaso sancionada por la posteridad, si, como es probable, su influencia se hubiera ejercido contra los excesos de la tiranía monárquica? La razón se abisma al pensar qué inmenso poder, qué irresistible influjo habrían asegurado á los Papas la abnegación y la pobreza, la humildad y la caridad practicadas de continuo, si el espíritu de Jesucristo los hubiera animado, y en vez de aspirar á la monarquía material se hubiesen constituido en órganos, intérpretes de la Iglesia democrática que instituyó el Divino Maestro, que propagaron sus Apóstoles, y que afirmaron con sublime fe los grandes padres que les sucedieron.

«No se habían cumplido aun los tiempos: las Escrituras estaban encerradas en el Vaticano: los cánones de la Iglesia yacían entre el polvo acumulado sobre el Occidente por la planta de los bárbaros, y las falsas decretales constituían la fuente del derecho canónico. Hé aquí el supuesto derecho divino del poder temporal, y por qué lo mismo se puede llamar neo-católicos á sus partidarios, que pseudo-católicos, neo-fariseos, el Antecristo, la bestia de siete cabezas que anunció San Juan, y cuyo efímero reinado reaccionario, satánico, toca á su término por la intemperancia misma de sus furiosos.

«No intentamos continuar relatando las varias peripecias sufridas por el Pontificado en la eterna lucha del sacerdocio y del imperio.

«Nos hemos propuesto solamente demostrar á los neo-católicos que la historia señala muy bien cual es el origen de su herética doctrina, que se relaciona con la hipócrita religión de los fariseos, la herejía de los gnósticos, la tradición y resabios de los gentiles convertidos al cristianismo, y los primeros desastres de la gloriosa y universal Iglesia de San Pablo, San Atanasio, San Gelasio y San Gregorio el Magno.

«Aun cuando algo versados en las Sagradas Escrituras, hemos evitado mucho penetrar en lo relativo al dogma; y limitándonos á tal ó cual cita, punto de partida para graves conjeturas, que abandonamos al criterio de los filósofos, únicamente nos hemos permitido discurrir con notoria reserva sobre la disciplina eclesiástica, terreno libre para cualquier cursante de derecho canónico.

«Ni tampoco necesitamos más que lo hasta ahora tímidamente apuntado para convencer á quien no se obstine en una preocupación indigna, de que no ha sido instituida por Jesucristo ni por su Iglesia la autoridad temporal, ni siquiera la supremacía absoluta en los negocios puramente espirituales. La Iglesia no ha reconocido esta superioridad espontánea y unánimemente.

«Se ha ido sometiendo poco á poco, con marcada violencia, y esto en el transcurso de muchos siglos, después de hallarse sumergida en las lóbregas tinieblas de la Edad Media, cuando todo había sido trastornado, la ciencia y el imperio, el saber y la justicia, y cuando la santidad de los obispos de Roma reflejaba sobre el Occidente la única luz que podía servir de faro á los prelados y los pueblos para salvar los restos de la civilización antigua. ¿Pero qué de combates, qué de incidentes, qué perseverancia, qué de esfuerzos inútiles, hasta que en el silencio de no sabemos qué claustro, en el pensamiento de no sabemos qué mis-

terioso fariseo, precursor de los neo-católicos, se elaboran las *Decretales* que Isidoro de Sevilla publica en Lorena á últimos del siglo IX! ¿Qué distancia de los santos Pontífices Gelasio, Gregorio, Silvestre, y aun de Víctor, el primero que intentó, todavía en vano, dirimir con autoridad las cuestiones de los obispos relativas á la festividad pascual; qué distancia de la humildad y modestia cristianas de estos santos varones, á la soberbia y el poder de Nicolás I, de Gregorio VII, de Urbano II, de Inocencio IV! ¿Qué de contrastes, por otra parte! La silla que solo debieran ocupar santos, según la feliz concepción del austero Hildebrando, ha sido más de una vez profanada por un Sergio III, un Anastasio III, los Juanes X y XI y Alejandro VI. Velemos estos recuerdos.»

«Se nos llama racionalistas y herejes, sin que por ello nos ofendamos. Nos gloriamos de rendir culto á la razón, que nos pone en contacto con Dios, y honramos mucho á los grandes heresiarcas que, á costa de su sangre generosa, lograron conmovir los primeros y romper otros más afortunados el formidable muro de la superstición, y de cuyos calcinados huesos, de cuyas sagradas cenizas brotaron los torrentes de luz que alumbran al siglo XIX en su majestuosa marcha hácia la realización de los destinos humanos, hácia el orden por la libertad, hácia la armonía por el progreso.

«No se crea, empero, que profesamos toda la doctrina de esos grandes heresiarcas, precursores algunos, como Juan Huss y Jerónimo de Praga, de la revolución que á nuestra vista se desarrolla y plantea, ni mucho menos que seamos sectarios de la Iglesia protestante, aunque nos hayamos declarado partidarios del libre examen en religión como en política, y nos repugne el monopolio de la fe y de la disciplina que se quiere atribuir el Pontífice romano, á quien ni los Santos Padres ni los primeros Concilios ecuménicos reconocieron más carácter que el de obispo de Roma, metropolitano luego, y patriarca de aquella diócesis italiana después.

«Los neo-católicos olvidan que el apóstol ha dicho: *En donde está el espíritu del Señor, allí hay libertad; estad firmes y no os sometáis otra vez al yugo de servidumbre; cada uno abunde en su sentido; todo lo que no es según fe, es pecado.* 2 Cor. III y 17, Gal. v. 1., Rom. XIV, 5 y 23; y Santiago lo ha explicado con santa inspiración, añadiendo: *Que la ley perfecta es la de la libertad, y quien perseverare en ella siendo, no oidor olvidadizo, sino hacedor de obra, éste será bienaventurado.* I, 25.

«Conviene también tener presente que Jesucristo ordenó á los apóstoles que enseñasen á las gentes, no así como quiera generalidades, sofismas, misterios, una metafísica ininteligible, sino *todas las cosas que El les había mandado.* San Mateo, XXVIII, 19 y 20. Hé ahí el *quid* divino, tan espresivo y elocuente, como demuestra siempre el apóstol en este sublime período: *No adulterarás, no matarás, no hurtarás, no dirás falso testimonio, no codiciarás; y si hay algún otro mandamiento, se comprende sumariamente en esta palabra: AMARÁS A TU PRÓJIMO COMO A TI MISMO. Y así la caridad es el cumplimiento de la ley.* Rom. XIII, 9 y 10: toda la ley y los profetas.

«Si esto enseñasen los sacerdotes católicos, no es dudoso que habrían de condenarse los que no creyesen lo enseñado por estos, que serían entonces enviados de Cristo. ¿Pero hay en nuestra época quién cándidamente crea que son sus enviados los neo-católicos, aunque sean obispos y cardenales? Se nos resiste admitir que lo crean estos mismos magnates de la Iglesia católica, quienes saben sin duda muy bien que el propio Jesucristo nos señaló qué caracteres han de distinguir á sus enviados: *Anaos los unos á los otros, amáos como hermanos; practicad la justicia, la verdad y el amor; de esta manera penetraréis las miras de vuestro padre que está en el cielo, y mereceréis su bendición.* ¿Cumplen los sacerdotes católicos la misión contenida en esas palabras, que explican el único objeto de la redención cristiana? ¿Enseñan lo que LES ENSEÑÓ el Crucificado? ¿Con qué título, pues, pretenden ser sus enviados, si el mismo Chateaubriand ha reconocido que el Evangelio es todavía una utopía?

«La religión que se inspira en el cristianismo no puede ser intolerante ni as-

(1) *Epist. ad Herimannum Episcopum.*

pirar á un poder material, porque su Maestro dijo tambien: *Amad á vuestros enemigos: hacéd bien á los que os aborrecen, y rogad por los que os persiguen y calumnian.* San Mateo, v. 44. Y San Pablo no pudo ser más explícito diciéndo en su Epístola á los romanos, XXIV, I: *Y al que es flaco en la fe sobrellevaldo.*

F. J. MOYA.

MAGNETISMO Y ESPIRITISMO.

Abierto en esta capital un Círculo magnético-espiritista, donde se discuten los temas referentes á las cuestiones filosóficas y fisiológicas que los magnetistas y espiritistas presentan, tendremos el gusto de publicar los escritos que, á juicio de la redacción, deban ver la luz pública, referentes á semejantes doctrinas, ya sean en pró ya en contra del magnetismo y espiritismo. Empezamos hoy á realizar nuestro propósito, dando á luz á continuación un extracto de la Memoria leída y defendida el 29 del pasado mes por nuestro compañero D. José J. Ribó, el cual, en unión del ilustrado escritor D. Rafael Fernandez Neda, ha empezado á dirigir duros ataques á la nueva doctrina, que cuenta distinguidos y notables propagadores.

La indicada Memoria dice así:

«Señores: Era muy niño todavía; me cian aun mi frente las purísimas auras de aquella edad de ventura y de paz, en que se deslizan las horas tranquilas entre los ensueños del presente y las risueñas ilusiones del porvenir; recibía las caricias de una madre y los consejos saludables de mi padre, cuando un filósofo ilustre, una de nuestras mas preclaras glorias nacionales, al exhalar su último suspiro, me legaba al estrechar mi mano cariñosamente como prueba de afecto á los que me dieron el sér, saludables máximas, que no se borrarán jamás de mi mente. El Dr. D. Jaime Balmes, ese filósofo cristiano, cuyas obras son de todos los amantes del saber conocidas, me aconsejó el estudio de la psicología, la investigación de todas las verdades metafísicas, como medio mas á propósito de conocer á Dios, como único norte para estudiar desde cierta altura los fenómenos naturales y sacar de ellos provechosas enseñanzas, deducciones fecundas para el porvenir de la ciencia y de la humanidad.

«Estudia, me decía en una carta, que guardo como preciosa joya, estudia, cuando llegues á la edad de la razón, las cuestiones filosóficas que se te ofrecen como nuevas; examina sus principios, analiza su base y no temas nunca la discusión, aunque te parezcan pocos tus conocimientos para luchar con los apóstoles de la nueva doctrina.»—Ese legado que es para mí un mandato, ese consejo que recibí de un sabio que moría en edad (1) en que tanto podía esperar todavía de él la ciencia y la patria, es lo que me impulsa á levantarme á combatir las doctrinas que presentais, como la panacea universal para la felicidad de los pueblos, es lo que me obliga á prescindir de toda consideracion personal, á olvidar mis escasos merecimientos, á abusar de vuestra atencion y benevolencia.

Pensaba pronunciar un discurso mas ó menos extenso, para contestar á la erudita y brillante peroracion de mi ilustrado antagonista Sr. Tejada; sin embargo, el deseo de fijar bien mi doctrina y apreciaciones, que en filosofía es lo principal, y toda vez que he sido el que primero levanta la bandera de rebelion en esta sociedad, unido á los consejos de varios amigos, cuyos deseos respeto, me han obligado á escribir la presente disertacion, para que la impugneis, si la creéis digna de ello, y pueda yo al final de la discusión, condeusar vuestras apreciaciones y contestar á los argumentos que aduzcáis en contra de mis juicios, sino se levantan á defender mis principios campeones mas esforzados y valientes, que no le faltan soldados á la escuela filosófica, á que me honro de pertenecer, y de la cual soy el último de sus adeptos, que viene á recoger el reto que le habeis dirigido.

Es extraño, señores, que cuando mas agitada se encuentra la sociedad; cuando las creencias y las doctrinas filo-

sóficas pugnan para hacerse paso; en época en que la anarquía reina por todas partes, aparezcan los entusiastas defensores de todo género de utopías y errores, y sea cuando acuden al palenque científico aquellos que no podrian luchar con ventaja en momentos en que la ciencia estuviera colocada en su verdadero terreno y hubiese la tranquilidad de ánimo necesaria para apreciar lo bueno y lo malo, lo justo y lo injusto, lo racional y lo que carece de toda razon, lo que contiene la verdad ó lo que la ofende directa y profundamente.

Abrid el libro de las revoluciones universales; estudiad la historia de todos los grandes errores; indagad el origen de la mayor parte de las escuelas filosóficas, y vereis que todas han conseguido prosélitos en momentos de confusion y duda en horas de agitacion y profundo malestar. Y es natural que así suceda, puesto que siendo de escasa fuerza los argumentos de los que defienden toda clase de sofismas, no pueden presentarlos mas que cuando la sociedad está falta de luz y guía, cuando no brilla por completo el sol de la verdad, cuando el templo de la ciencia está invadido por mercaderes, que pretenden hacer de la razon un instrumento para sus mezquinos planes y olvidan por completo la tradicion y la historia de todos los siglos.

Candentes las luchas políticas; agitada la sociedad española por toda clase de doctrinas; atacados los fundamentos sobre los cuales descansa la familia, y llenando el espacio los ecos de libertad y reforma, no es posible que los que amamos á nuestra patria con entusiasta cariño, nos dediquemos con la calma y detencion necesarias al estudio de las cuestiones científicas y filosóficas que, con tanta valentía, habeis iniciado en estas sesiones: otras son nuestras aspiraciones y trabajos de momento; otros nuestros cuidados y anhelos; otros los problemas cuya resolucion estudiamos con afán y á cuyo exámen consagramos todas las fuerzas de nuestra escasa inteligencia. Esta, y no otra, ha sido la causa de que los que combatimos vuestras doctrinas filosóficas, porque las creemos erróneas; los que no dudamos ni procedemos del campo de la vacilacion, sino que tenemos convicciones profundamente arraigadas, no hayamos acudido antes á vuestro llamamiento, no hayamos venido á deciros, con la franqueza que es propia de los hijos de las agrestes montañas de mi patria, lo que es y en qué consiste vuestra soñada filosofía, lo que son vuestras químicas deducciones.

Si, señores, el magnetismo, como sistema filosófico, es un castillo basado sobre arena movediza, que desaparece y se derrumba al primer soplo de la razon y de la ciencia; como fenómeno físico, es de mezquina aplicacion hasta nuestros dias, y muy inferior, bajo todos conceptos, á lo que suponen sus entusiastas defensores. Procuraré demostrarlo, ya que para ello me acojo casi solo á la razon.

Creo de mi deber, al empezar á contestar á las excitaciones de nuestro dignísimo presidente, al recoger el guante que tantas veces habeis echado á la cara de quien no profesa vuestras doctrinas, tener necesidad de decir, que todas las calificaciones, algo duras que encontréis en mi desaliñada disertacion, se dirigen solo y exclusivamente á las teorías que defendéis, sin que intente mortificar en lo mas mínimo vuestro amor propio, ni ofender á los que, dejándose llevar por su fantasia crean á su antojo mundos imaginarios, intentan dar nueva vida á los seres, y procurando ocultar todas las verdades, sueñan con la existencia de principios que solo la imaginacion exaltada puede concebir.

Permitidme que abandone un momento el tema, objeto de este debate, que niegue existan los fenómenos magnéticos, tales como suponeis; dejadme vagar á mi antojo por las regiones de la filosofía, consignando de paso que no se fundan ni pueden fundarse sobre hechos puramente fisiológicos, las verdades metafísicas, las doctrinas cuyo conjunto constituye lo que se llama ciencia del alma.

Al inaugurar vuestras sesiones, decia uno de vuestros mas ilustrados miembros: «El reducido espacio que encierran estos muros es nuestro campo; aquí ofrecemos palenque abierto á todas las controversias; aquí nos presentamos sin mas armas defensivas que nuestro pecho

desnudo, sin otras ofensivas que la persuasion y la palabra á todos los tiros y á todas las armas. No tememos la controversia la buscamos.» Pues bien, señores, yo acepto vuestra invitacion; yo, el último soldado de los que combaten en pró de la verdad, acudo á deciros que os engañais, que dais grande importancia á un fenómeno que la tiene muy pequeña, extraviando con vuestras exageraciones la imaginacion de aquellos seres débiles que todo lo aceptan sin discusion, que todo lo admiten sin exámen, sembrando la duda en el seno del hogar, proclamando principios que rechaza nuestra civilizacion y cultura, y que no admite la ciencia mas adelantada de lo que sería necesario para que adquirieran carta de naturaleza vuestras doctrinas.

El magnetismo y todos los fenómenos que les atribuye la imaginacion de ciertos individuos, es ya muy antiguo. Lo demostró en la sesion anterior nuestro ilustrado compañero Sr. Tejada, en su erudito y notable discurso, y por esto me abstendré de trazar de nuevo su historia y de deciros quiénes son los autores que, con mas ó menos calma, han sustentado las teorías magnéticas. Por otra parte, no quiero hoy ni debo hacer uso de la historia ni de la autoridad para refutar los errores de los que intentan elevar á escuela filosófica una serie de experimentos fisiológicos y puramente naturales.

Si no hubiérais tratado de deslumbrarnos con vuestra doctrina, es indudable que no hubiérais presentado la cuestion de la manera que lo habeis hecho, y en vez de formular el tema, *dados los fenómenos magnéticos determinar sus causas*, hubiérais dicho sencillamente, *exámen del magnetismo, extension de sus fenómenos, calidad de los mismos y causas que los producen*. Sin embargo; quisisteis presentar un tema, que no es de propaganda ni científico; quisisteis imponeros una base á vuestro antojo; nos disteis los fenómenos magnéticos como punto de partida, sin examinar antes si estábamos conformes en admitir cuanto habeis soñado los que no poseemos, como decia vuestro señor secretario, el corazon débil, sino que lo tenemos tan esforzado como cualquiera de vosotros, y hé ahí por qué no podemos examinar vuestro tema por ser incompleto y mal fundado, á la manera que sería imposible al viajero encontrar en los países que visita los edificios y lugares que su fantasia le habia hecho concebir.

Sin embargo, sabiais que los fenómenos, bajo el aspecto que los presentais, no resisten la mas ligera critica; sabiais que nosotros habiamos de pedirnos que nos demostrarais la existencia del espíritu en todos los hechos que ofrecéis, y os hubiera sido imposible satisfacer nuestros deseos; conociais que os preguntariamos la naturaleza y extension del espíritu que se presta á vuestros llamamientos, y solo la hipótesis ofrecia contestacion á nuestra pregunta; comprendiais que os diriamos que los veladores no hablan, que los sonámbulos no tienen el don de la adivinacion, y que todos los hechos que presentais no ofrecen nada de maravilloso y sobrenatural, y se explican por causas puramente físicas, limitadas y desconocidas en parte; pero siempre independientes del alma humana y sujetas á leyes puramente materiales. Vosotros partís de afirmaciones sin prueba; nosotros negamos rotundamente, y la negacion no puede demostrarse. Vosotros hablais, pretendiendo con vuestro sistema curar todas las heridas del corazon, atraeros el cariño de cuantos buscan un consuelo á sus aflicciones morales, y nosotros os contestamos diciendo que tenemos sobrada fe en nuestras creencias filosóficas, que se fundan en un criterio mas recto que el vuestro, que elevan al hombre y no le hacen esclavo de otro hombre, que no le sujetan á las leyes de un fatalismo grosero, que comprendiendo y enalteciendo las facultades del espíritu, no le tiranizan con esos caprichos extraños, no le obligan á revelarse por medio de un objeto material, no quieren que intervenga para nada en sus manifestaciones el fluido magnético, en una palabra, somos filósofos cristianos.

Magnetismo animal, es, segun sus partidarios, la influencia que un hombre puede ejercer sobre el cuerpo de otro hombre, sea por medio del movimiento de las manos, sea por medio de los movimientos llamados *pases*. Los efectos pro-

ducentes son, segun los casos y las personas, un calor dulce y penetrante, un sueño mas ó menos profundo, la insensibilidad exterior parcial ó total, el sonambulismo con ó sin lucidez y algunas veces pasmos, ataques nerviosos y éxtasis. Los efectos se producen tan fácilmente, que pocos hay que no los hayan observado. Se explican por la influencia de un fluido sutil, análogo al magnetismo mineral, pero propio de los seres animados, por cuya razon se le llama magnetismo animal. La mayor parte de los magnetizadores admiten hoy que este fluido es idéntico al fluido nervoso y que, así como la voluntad dirige el fluido nervoso hacia los órganos para moverlos, puede tambien extender ese fluido á su alrededor y hacerle penetrar en el cuerpo de otra persona. Tambien se dice que, acumulando este fluido sobre ciertas personas faltas de él, se restablece en ellas el equilibrio y aumenta la fuerza vital.

Por lo demás, sea cual fuere la explicacion adoptada, aseguran que es muy posible curar varias de las enfermedades que se refieren al sistema nervioso. Citanse distintos autores del siglo XVIII que usaban ya esta medicina magnética ó tratamiento por el imán, y entre ellos recuerdo como de paso á los amantes de este estudio á Robert, Van-Helmont, Kilcher y Maswell. A Mesmer se le presenta como jefe de la doctrina, tal como la conocen hoy sus partidarios. Este médico alemán ha querido suponer, dados los ensayos curativos del magnetismo mineral, que existe un fluido magnético universal. A este agente le llama *Magnetismo animal*, cuando sus efectos se manifiestan en los seres animados. Expuso su sistema en París en 1788, y produjo sobre infinidad de enfermos reunidos en Congreso, al rededor de lo que se titulaba silla magnética, sorprendentes efectos, que llamaron pronto la atencion pública, conquistándose luego fervientes discípulos. Una comision de sabios distinguidos, entre los cuales se enumeraban Bailly, Lavoisier, Franklin, Jussieu, etc., se formó en 1784 para examinar su doctrina y su práctica. Los comisionados reconocieron la realidad de los efectos; pero á excepcion de uno solo (Jussieu) creyeron deberlos atribuir á la imaginacion ó á la imitacion. Poco despues de esta decision el conde Puysegur descubrió, en su tierra de Busancy, el fenómeno del sonambulismo, que cambió completamente la faz de la doctrina. Abandonada en tiempo de la República y las guerras del imperio, el magnetismo llamó de nuevo la atencion durante la Restauracion: un nuevo exámen emprendido por la Academia de medicina de París, á instancia de Foissach, dió lugar en 1826 á un dictámen extenso é imparcial, redactado por el Dr. Husson, y que concluye diciendo que la Academia alienta el estudio del magnetismo como importante para la fisiología y la terapéutica.

Desgraciadamente la mayor parte de los fenómenos magnéticos, aunque justificados por los hombres mas respetables, son de tal naturaleza, y tan intimos y fugitivos, que no podemos aceptarlos, siendo además tan sujeto el magnetismo á lo maravilloso, que todavía no ha podido tomar plaza entre las verdades científicas, y ha sido desfigurado por la credulidad y la supersticion, y explotado por el charlatanismo y la mala fe.

Entre los escritos mas notables publicados sobre magnetismo, y que la premura del tiempo y nuestras constantes ocupaciones no nos han permitido consultar detenidamente, citanse, despues de los escritos de Mesmer, las relaciones de las comisiones de 1784 y de 1726: las memorias de Puysegur en 1788, y las de la sociedad de Strasburgo del mismo año: la instruccion práctica sobre el magnetismo de Mr. Deleusse; el Curso y el Manual del estudiante y magnetizador de M. Dupotet, el Manual práctico y el magnetismo animal explicado de M. A. Teste: las curas operadas por el magnetismo animal de M. Mialle; cartas sobre el magnetismo de Dupau, ó la doctrina del magnetismo es combatida por el mismo; el libro de Mr. Charpignon, titulado *Fisiología, medicina y metafísica del magnetismo*, y para la historia de esta doctrina: la historia critica del magnetismo animal de M. Deleusse; la historia académica del magnetismo de M. Brudin y Dubois; y consultando los *anales*, los *archivos* y el *Diario* de los magnetizadores, podreis venir en conocimiento de la verdad de cuanto indico

(1) Este escritor falleció en Vich (Cataluña) á la edad de 33 años, en el de 1848.

acerca de su manifestación puramente fisiológica (1).

¿Qué es el sonambulismo magnético artificial? *Sonambulismo magnético artificial* es un estado al que están sujetos individuos de una gran sensibilidad nerviosa, por medio del magnetismo animal. Este estado se caracteriza generalmente por la insensibilidad exterior y aislamiento, y algunas veces por la exaltación de las facultades internas. Según la opinión de algunos autores, el *sonámbulo lúcido*, como dotado de un nuevo sentido, percibe lo que pasa á su alrededor, vé con los ojos cerrados, y, por efecto de una inexplicable simpatía, siente lo que sienten los individuos que se pegan en relación con él. Puede, en algunos casos, indicar remedios propios, obedeciendo en este caso al mismo instinto que dirige al animal irracional. La mayor parte de los médicos apoyan este aserto y miran al sonambulismo como un estado anormal ó extático, en el cual el sonámbulo duda de su propia imaginación. Otros suponen, para explicar los hechos más maravillosos, que el sonámbulo es, por su estado especial, el eco del pensamiento de aquellos que le magnetizan ó que están en relación con él. Admitiendo la posibilidad de los hechos extraordinarios, que solo son bastante raros, es necesario ponerse en guardia contra el entusiasmo que los exagera, contra la mala fe que los simula y contra el charlatanismo que los explota. Ya he dicho, y no me detengo más en ello, que el primer efecto de sonambulismo fué observado en Francia por Mr. Puysegur en 1787.

Sabe todo el mundo, sin necesidad de demostrarlo, que lo físico no puede, en manera alguna, producir lo espiritual; que lo menos, no puede producir lo más; que los efectos no explican las causas; que lo limitado no da razón de lo infinito, y por esto, para ser lógicos, no podemos admitir que en un fenómeno físico, que lo producen los seres vivientes racionales, intervenga para nada el espíritu, ese destello de Dios, ese rayo divino, que hace del hombre el ser más completo de la creación. Si admitis que ciertos animales irracionales poseen la fuerza magnética, el fluido cuya existencia reconocemos ¿cómo pretendéis probar que el alma interviene en los fenómenos que se producen? ¿Cómo demostráis que es un hecho metafísico? ¿Cómo y de qué manera pretendéis elevar á sistema filosófico lo que solo pertenece al mundo fisiológico, ya que causas, instrumentos y fundamentos físicos lo producen? Yo concibo perfectamente que aceptéis, como agente terapéutico, el magnetismo; yo me explico cómo pueden utilizar ese fluido las ciencias físicas; pero no he comprendido ni acepto, á pesar de haber examinado las teorías de los primeros magnetizadores, cómo habéis pretendido elevar á verdad primera, á teoría filosófica, lo que está muy lejos del mundo, del pensamiento; lo que no puede dar á conocer ninguna de las funciones del espíritu.

Ya sé que me presentáis hechos cuyas causas, ni vosotros podéis explicar, ni yo tampoco puedo daros razones satisfactorias de su existencia; pero esto, ¿os autoriza, por ventura, para interpretarlas á vuestro antojo? ¿Sois árbitros de decir, nosotros no conocemos tal ley natural, luego podemos suponer la existencia de lo sobrenatural? Si así razonáis no es posible que discutamos; si olvidáis por completo las leyes del pensamiento será difícil podamos entendernos, ya que vosotros andareis por vuestro camino enteramente opuesto al nuestro y jamás llegaremos al fin á que todos debemos conducir nuestros esfuerzos, que es á conseguir la verdad, á obtener el conocimiento de todos los hechos metafísicos. Las doctrinas que pretenden imponerse como nuevas; los sistemas filosóficos que quieren entronizarse, no pueden exigir como punto de apoyo la fé y el misterio, y vosotros lo ofrecéis, puesto que los hechos que poneis á nuestro alcance, los producen causas físicas y circunstancias puramente físicas, y sin embargo, nos decís que las originan verdades metafísicas, leyes sobrenaturales.—Yo podría citaros, si no me hubiese propuesto prescindir de la autoridad y de la historia, infinidad de hechos y razones en pró del magnetismo como fenómeno fisiológico; yo podría deciros como lo juzga Brusais, como lo es-

timan otros sabios naturalistas; pero me basta con repetiros que lo habéis calificado vosotros mismos de fenómeno y los fenómenos solo pertenecen al mundo de la realidad y de la materia y que en el terreno abstracto de las ideas del pensamiento y del raciocinio no existen.

El magnetismo es á la sociedad presente lo que fué á la anterior, la electricidad.

Recordemos de paso su descubrimiento. Galvani, médico de Bolonia, habiendo tenido ocasión de preparar algunas ranas para disecarlas, las suspendió, por casualidad sobre un hierro de un balcón, por medio de anillitas de cobre que atravesaban los nervios lumbares del animal, y su columna dorsal: dispuestas así semejantes ranas, muertas y mutiladas, experimentaron vivas convulsiones; y Galvani atribuyó este fenómeno al desarrollo de un fluido particular que se llamó *galvanismo*, y pronto se reconoció la identidad de este fluido y del fluido eléctrico producido por el roce. Cuando este naturalista descubrió, gracias á la casualidad, ese fluido, que tan grande revolución ha producido en nuestros días; cuando empezó á moverse la rana disecada que acababa de colocar entre los dos metales puestos casualmente en contacto, también proclamó la existencia de un fluido vital, y apareció su descubrimiento en el mundo de la ciencia como un problema que había de proclamar la verdad de la filosofía materialista. Sin embargo, el descubrimiento de Galvani llegó á conocimiento del célebre Volta, y ese físico espiritualista estudió el fluido eléctrico bajo un aspecto verdadero, no se dejó alucinar por los raciocinios del filósofo materialista; inventó en 1794 la célebre pila que lleva su nombre, y sentó el fundamento de las leyes que regularizan la electricidad. Pues bien; el magnetismo va siguiendo el propio camino; por un lado, los filósofos materialistas hacen de él una arma para defender su doctrina, y por otra los espiritistas intentan aprovecharle en su favor para dar cierto aspecto misterioso á sus doctrinas. Tal vez no está lejano el día en que algún naturalista, alguno de los sabios que con tanto afán estudian semejante problema, nos de solución satisfactoria, nos explique todas las leyes del magnetismo, y tengáis entonces que reconocer prácticamente vuestro error, ya que ahora no queréis confesar vuestra alucinación, y queréis negar que sea un fenómeno puramente fisiológico.

Como son escasos los raciocinios que han formulado en pró del magnetismo, como fenómeno filosófico, los que me han precedido en el uso de la palabra; como el discurso del Sr. Tejada, mantenedor del tema, se limitó á historiar el magnetismo, y como reservo para otro día la cuestión espiritista, que es la que ofrece más ancho campo, limito mis indicaciones, dejando sentado por escrito, como base de mis ulteriores juicios, que es imposible discutir vuestro tema tal como lo presentáis, ya que no admito la extensión de los fenómenos magnéticos que ofrecéis, á los cuales dais vosotros interpretación filosófica, cuando solo la tiene física, bajo cuyo solo aspecto debíais estudiar el magnetismo.

No haciéndolo así, creo que el magnetismo, lejos de producir un bien, va á producir inmensa perturbación en los espíritus; establece la duda y la vacilación, siembra el malestar en el corazón de la sociedad y la familia y perturba, sobre todo, el espíritu de la mujer, de ese ser racional y tan completo como el hombre que, por su delicadeza y virtud, ha sido siempre muy impresionable y más sujeto á toda clase de errores. Por esto á la mujer, en particular, dirijo mi voz de alerta, la ruego que aplaque su juicio, que espere que otros individuos de más valía que el que en este momento la dirige la palabra, vengán á explicar las causas del magnetismo y á demostrar que están alucinados los que hacen del mismo una filosofía grosera y bastarda que, negando el libre albedrío, conduce á la humanidad por camino enteramente opuesto al que le marcara el dedo de Dios, al que le tienen trazado las inmutables leyes del progreso.

Yo os emplazo á todos á que sigamos estudiando y á que busquemos la ley natural de ese fluido, que tanto os preocupa y que no pueden aceptar como fundamento de un sistema filosófico, mas que aquellos que partiendo de la negación y de la duda, no tienen donde apoyar sus

creencias, no conocen las leyes más universales del pensamiento, ni han penetrado en las regiones de la ciencia metafísica.

La época presente no puede aceptar vuestros sofismas, no puede admitir como ropaje sembrado de oro y pedrería de gran valor el que visten cuantos aparecen en la escena de la ciencia para deslumbrarnos, y si me permitis la frase, diré *magnetizarnos* con sus ensueños.

JOSÉ JOAQUÍN RIBÓ.

FUERZAS PERDIDAS.

¿Cómo esperáis, vosotros, los propagadores del progreso, llegar con la humanidad, que os sigue, á la meta de vuestros afanes, si faltan á vuestro ejército de conquista numerosas huestes que debieran acompañarlo, y que, por haberlas dejado vosotros, tal vez mañana se os muestren formadas en batalla, desde el campo enemigo? ¿Tanta es la seguridad que teneis en vuestro esfuerzo, que ni el temor os hace avisados, ni la razón os hace justos? ¿Concebis el ideal de la perfección de tal suerte, que pueda jamás realizarse, si todos no lo producen, y una vez realizado, pueda subsistir, sin que todos, absolutamente todos, lo disfruten por igual?

¡Oh, no! que si amais el progreso y lo deseáis, porque al comprender su esencia os ha enamorado, ciertamente sabeis que otras son sus glorias y muy otros sus elementos.

Bien se os alcanza ya, que las relaciones sociales son tan armónicas, que no es posible alterar una sola, sin que se produzca la alteración en todas las demás. Bien sabeis que los frutos que del suelo social se recolectan, han de estar sazonados por el calor de todas las inteligencias y por la acción de todas las voluntades. Bien os ha probado la experiencia y la razón, que la falta de uno solo se redime con la expiación de todos, y que un miembro rezagado en el sendero que la humanidad recorre, es como el imán que llama á sí á toda la comunión que avanzaba, obligándola á pararse, cuando no á retroceder.

Fuerzas naturales que vagan perdidas, son peligrosas y amenazan que la sociedad por sí misma provoca; elementos de vida y progreso que se desperdician, paran sin remedio en serlo de muerte ó disolución. Y de tal manera vemos distraída la atención de la sociedad, de ciertos elementos que son para ella esenciales, que siempre, hasta que á semejante mal se ponga remedio, creemos imposible que aparezca en nuestro horizonte el iris de paz y bonanza, y que llegue la hora esperada de consolidación de intereses y adelanto en las instituciones.

Vamos á demostrarlo: vamos á referir cuáles son esas fuerzas perdidas que nos dejan débiles para conseguir el fin social, y que imposibilitan, no siendo explotadas, la perfección de nuestra obra, ni mas ni menos que imposibilitaría la generación de los frutos en el seno de la tierra, el nublado que perennemente intercepta los rayos del sol, ó el valladar opuesto á la corriente que fecundiza los suelos.

Seguidnos: vamos á entrar en la sociedad. Vamos á sorprender á cada uno en su habitual estado, y á estudiar los rasgos de su figura y la trascendencia de sus actos. Y vamos también á afligirnos, porque entre sombras hallaremos seres que necesitan y tienen derecho á la luz; entre animadas pláticas y venturosos trabajos, veremos cuerpos humanos, tendidos, aletargados y aprisionados con su estupidez el vuelo de su espíritu; descubriremos multitudes locas y desacordadas, obstruyendo floridos senderos por donde otras multitudes avanzan, camino de su libertad; veremos, por fin, concordias y armonías turbadas y destruidas en nombre de la armonía y de la concordia; derechos obtenidos, sin deberes que les fecundicen; pasiones sin medida, é inteligencias consumidas en la más completa inactividad.

Seguidnos, si dudáis que existen en la sociedad fuerzas perdidas: vereis cómo no es posible aspirar á un término dichoso, después de no haber aspirado á un dichoso principio: vereis cómo vais á exclamar con nosotros, alarmados y doloridos, que importa sobre todo y antes que todo, acudir á reparar las ruinas que por do quiera se descubren, y reunir y

animar los despojos que por todos lados nos detienen.

Seguidnos, decimos, y vereis que anchísimo campo nos queda todavía por recorrer á la revolución y á los revolucionarios.

EL OBRERO.

I.

Hay una parte muy crecida de la humanidad, que inclinada si cesar la frente sobre la máquina ó sobre el arado, vive sin que se estudie profundamente su condición, sus fuerzas y su objeto en la vida de las sociedades. Brinda á las clases todas con el producto que de sus manos sale, esparce por do quiera la satisfacción y el bienestar, es manantial inagotable de donde brota el arroyo al que todos acuden para apagar su sed, es primera ondulación de las aguas que conduciendo objetos sin cuento, van á estrellarse á los pies del poderoso y del acomodado; y, sin embargo, siempre solo el obrero, ó siempre mal acompañado, ni le vale el bien que produce, ni la importancia que le acompaña, para que mañana su espíritu se halle mejor que hoy, y su cooperación incasante sea hoy más inteligente que ayer.

Es una fuerza perdida, un elemento desperdiciado.

Si queréis saber si es el obrero un elemento moral y material de perfección humana; si dudáis que él posee en su esfera condiciones especiales; si vaciláis en reconocer que le corresponde formar una clase social tan importante como todas las demás, é interventora como todas en la marcha de los pueblos, preguntadsele al obrero mismo.

Contemplad atentamente su figura. Ved la poesía que encierra, ved el sublime ideal moral que simboliza, la virtud que representa, el ejemplo que contiene, la atmósfera luminosa que irradia, y comprendereis si aquel ser, cuyo rostro bañado en sudor, indica humildad y constancia, esfuerzo y resignación, es ó no un ideal que en la tierra debe realizarse, un emisario de paz, de adelanto, de libertad, de verdadera vida.

Busca el descanso en la fatiga, la dicha en el sufrimiento, la gloria en el retiro de su taller ó de su barbecho, la libertad en la sujeción de su trabajo, el único en el mundo que imponiendo yugo ensalza y no humilla, y en vez de envilecer, civiliza y purifica.

Considerad ese ideal del hombre trabajador, y descendad luego á la realidad; buscadle en el campo ó en las fábricas; experimentad el desencanto de la comparación, y, como á nosotros, os asaltará la indignación ó el asombro. Si amais la justicia, sentireis herido el sentimiento de vuestro amor; si amais el ser humano por su grandeza, ¿vereis qué desconsuelo os aqueja al dar con un vivo testimonio de un ser inteligente y libre, limitada su inteligencia, y por consiguiente, limitada su libertad! Si veis en la sociedad que os rodea y os ampara, la comunión de vuestros hermanos y la propulsora de las fuerzas progresivas de estos, ¿cuánto será vuestro asombro, ó cuánto vuestro dolor, al observar la depredación de un medio poderoso, cuya grandeza ya es hoy obstáculo, pues que no se utilizó en tiempo oportuno, como agente propicio y eficaz!

¡Oh! ¡Si la Francia del siglo XVIII, como supo descubrir y proclamar los derechos del hombre, hubiese atinado en los medios de desenvolver la misma naturaleza, cuyos derechos consagraba!... Si al romper las cadenas del esclavo, de tal suerte que sus eslabones nunca jamás se han de poder unir, se hubiese pensado que eran dos las esclavitudes que envilecían al hombre trabajador, y que la cadena de hierro que se rompía, pesa y degrada aun menos que la de la ignorancia!... ¡Si aun hoy día las revoluciones y los revolucionarios, cuidaran antes de los cimientos del edificio que levantan que de su coronamiento y su perspectiva!... ¡Si, en una palabra, se aspirase á emancipar al hombre de su propia tiranía, como generosamente se aspira á emanciparle de la del poder!... Entonces sí que viéramos al hijo del trabajo seguir amistosamente sus relaciones con su protectora la sociedad, y alegre y bienhadado trepar á la misma cumbre que los de otras clases, con luz y calor en la mente, con ardimiento y nunca envidia en el corazón.

Pero no ha sido así. Siempre se ha ar-

(1) Bouillet.—Diccionario de las Ciencias.

rojado la ley del hombre, al centro de un pueblo, sin cuidar al propio tiempo de apagar las llamas que en el centro ardían, y el libro de la ley ha quedado abrasado, y perecidas bajo sus cenizas, las conquistas y glorias que en él estaban para siempre sancionadas. Siempre se ha querido que la libertad alentara por sí sola, y esta no vive más que alimentándose de la fuerza inteligente que la presta el pueblo que la codicia.

¿Dónde está el obrero contribuyendo ilustradamente a la conservación de una libertad conquistada? Se encuentra quizás en Francia, donde el ímpetu de la pasión acabó con la obra del entendimiento? ¿Está en alguna otra parte, donde siempre el obrero ha carecido de una mirada solícita, que le alejara de sus propios y naturales extravíos, ó le arrebatara del poder de aquellos constantes merodeadores de su ignorancia y sencillez? No; el obrero es una fuerza perdida: él sufre el daño y la sociedad también, que ya hemos dicho, que la falta de uno se redime con la expiación de todos.

El sufre el daño, porque en la vida del espíritu, carencia de luz vale tanto como muerte; porque estacionarse en la tierra, es mutilar la naturaleza; porque dormir una inteligencia, es indignidad para quien la posee; porque no agitarse sin tregua en busca de nuevos medios y nuevos fines, por más que sea inconscientemente, es destruir el hombre su propio destino, y de hombre que es aproximarse a la cosa.

Sufre el daño la sociedad, porque si en el suelo inculto de los campos nacen ortigas y maleza, en el suelo inculto del alma humana, brotan envidias, rencores, bastardos deseos y bárbaros impulsos.

Parécenos al llegar aquí distinguir multitud de voces contrariando nuestras palabras. Conocemos esas voces, porque muchas veces, confundidos nosotros entre grupos de obreros, las hemos oído, dirigiéndose a estos en tal son, que nos han penetrado el pecho de dolor, ó han llenado nuestra alma de tristeza. Son voces de quienes se dicen amigos del pobre obrero: ¡cuántas veces nos han probado que esa amistad, ó la sueñan, ó la mienten!

No importa que nos contradigan: pensamos probar cuanto hemos dicho. Si espacio nos quedase, hoy mismo les invitáramos a seguirnos al encuentro del obrero, y en su taller, en su familia, en el *meeting*, en el *club*, en los comicios, en la escuela, en su descanso, le veríamos maledo el sentimiento, según le dejásteis vosotros, sus amigos falsos ó incautos, y sin defensa que le valga contra el asedio que sufre, sin misión propia que llenar, sin medios, sin valor, según les dejas tú, sociedad, que crees que a la perfección se llega por la ingratitud, el descuido y la injusticia.

Pero haremos esa excursión, que hoy no nos es dable, y en artículo aparte descubriremos los males, é intentaremos señalar los remedios.

Hoy sólo nos resta escribir tres palabras para acallar sospechas y suspicacias: no somos socialistas.

JOSÉ FELIU.

SECCION CIENTÍFICA Y FILOSÓFICA.

ANÁLISIS ESPECTRAL.

El admirable descubrimiento de Kirchhoff y Bunsen, el *análisis espectral*, será uno de los más bellos y avanzados que registrará en sus anales la historia química de los tiempos modernos. Fácil, breve, elegante en su ejecución, de una sensibilidad portentosa en sus resultados, el nuevo método de análisis prestará su poleroso auxilio para la resolución del problema que la ciencia se ha planteado, esto es, para el conocimiento del universo.

Si algún alquimista de la Edad Media hubiese emitido la idea de ser posible analizar la atmósfera solar y hubiese dicho que en esa atmósfera se encontraba el hierro, le hubieran despreciado como loco ó acusado y quemado por tener pacto con el diablo; y, sin embargo, hoy día es un hecho que se ha realizado entre el asombro y los elogios de los que le han visto desarrollarse, y que hará imperecedero los nombres de sus autores.

La base en que descansa este sencillo método es la coloración de la llama por

diversos cuerpos, cuya coloración, presentando diferencias notables y siendo característica para cada uno, puede servir para reconocer estos mismos cuerpos; así que tenemos que las sales de sosa colorean la llama incolora del alcohol en amarillo, las de potasa en violada, las de litina en rojo, etc.

Esta propiedad de algunos cuerpos de colorear la llama del alcohol de diferente modo, era conocida de bastante tiempo, sin que de ella se hiciera otra aplicación que para distinguir un cuerpo que colorease la llama de otro que no lo hiciera, ó lo hiciera de diferente manera; pero era impotente para descubrir estos mismos cuerpos, cuando estuvieren constituyendo una mezcla.

El análisis espectral ha venido a resolver esta segunda parte del problema con tan feliz éxito, que iguala, si no aventaja, á los demás métodos de análisis, por su delicadeza.

Si por medio de un anteojo (el espectroscopio) examinamos los rayos de la llama coloreada por cualquier sustancia que pasan al través de una hendidura estrecha y se refractan en un prisma, se obtiene entonces un espectro particular para cada cuerpo de los que colorean la llama, en el que se observa ya un gran número de líneas brillantes coloreadas como con la barrita, ya dos líneas separadas una de otra, ya solamente una, como la que presenta la sosa. Pero á mas, estos espectros están caracterizados, no ya tan solo por la coloración y el número de estas líneas, sino porque cada una ocupa un lugar fijo, á cuya circunstancia se debe el poder reconocer una mezcla de metales que coloreen la llama.

La cantidad necesaria de un cuerpo para que coloree la llama y pueda observarse su espectro, es sumamente pequeña. Si el cuerpo se halla disuelto, es muy suficiente la cantidad que quede adherida á la extremidad de un hilo de platino que se sumerja en la disolución: pero juzguese de esta sensibilidad por los ejemplos siguientes:

«He tomado, dice Bunsen, una mezcla de cloruros de los metales alcalinos y alcalino-terreos, potasio, sodio, litio, bario, estroncio y calcio, que contenía á lo mas $\frac{1}{1000000}$ de miligramo de cada una de estas sustancias, he colocado esta mezcla en la llama, y he observado el resultado. Primeramente apareció la línea amarilla intensa del sodio sobre el fondo oscuro de un espectro continuo muy débil; cuando empezó á ser menos sensible y la sal marina se hubo volatilizado, aparecieron las líneas pálidas del potasio, las que fueron seguidas de la línea roja del litio, que desapareció bien pronto, mientras que aparecieron en todas sus intensidades las líneas verdes del bario.

«Las sales de sodio, potasio, litio y bario se han volatilizado enteramente; despues de algunos instantes, las líneas del calcio y del estroncio, se muestran como si se disipase un velo, y poco á poco se oscurece su forma y brillo característicos.»

Bunsen, afirma poder reconocer por este medio, en una mezcla $\frac{1}{3000000}$ de miligramo de sodio, $\frac{1}{1000000}$ de litio, $\frac{3}{1000000}$ de miligramo de estroncio y $\frac{1}{1000000}$ de miligramo de calcio. No es de extrañar, en vista de esta gran sensibilidad, que se haya observado la presencia del sodio en casi todas partes. Si se golpean las páginas de un libro ó se sacuden las mangas de la levita, cerca de la llama con que se hace la experiencia se puede perfectamente reconocer en el polvo que llega á la llama la presencia del sodio.

Con un método tal, es fácil comprender que se hayan encontrado cuerpos que antes habían escapado al análisis, y el descubrimiento hecho por su medio del *cesium* y *rubidium*, ha dado al análisis espectral desde un principio toda la importancia que se merece.

Pero, ¿cómo por este medio podemos llegar á analizar la atmósfera solar?

Para explicarlo es necesario retroceder al punto en que primeramente se hicieron esta clase de observaciones.

En 1816, Fraunhofer, investigando la facultad refractiva y dispersiva de diferentes especies de vidrio, notó que las luces del sebo y del aceite presentaban en el espectro, entre el color rojo y el amarillo, una estria ó banda clara de límites bien marcados, que constantemente y con todas las luces ocupaba el mismo lugar.

Este hecho no pudo menos de fijar su

atención, y animarle á nuevas observaciones. Buscó esta banda ó estria clara en el espectro coloreado de la luz solar, y en su lugar encontró un número sorprendente de líneas verticales, mas oscuras que el resto del espectro, rigurosamente paralelas, y, muchas de las que parecían, enteramente negras; por mas que varió sus experiencias, siempre pudo observar el mismo resultado; estas líneas aparecían siempre, y eran indudablemente debidas á luz solar.

Para afirmarse mas en esta conclusión, Fraunhofer examinó la luz de un planeta y de una estrella fija, y eligió á Venus y á Sirio.

La luz del primero, producía las mismas rayas y dispuestas en el mismo orden que las de la luz solar; no así la luz de Sirio, que presentaba líneas y estrias enteramente diversas, confirmando de este modo lo que ya sabía la ciencia; esto es, que la luz de los planetas es la misma del sol, del cual la reciben, siendo diversa de la de las estrellas fijas, que tienen su luz propia.

Estas primeras observaciones, que habían de dar por resultado el análisis espectral, debieron de llamar grandemente la atención de los físicos y químicos, y sir David Brewster en su estudio, hizo la observación que cuando se interpone en el paso de los rayos luminicos, procedentes de una llama, un vaso que contenga un gas coloreado, antes de hacerlo atravesar por el prisma, se ven en el espectro las rayas negras producidas por la luz solar, por lo que estas, quizás eran debidas al paso de esta luz al través de la atmósfera del sol.

Este hecho fué confirmado por los trabajos de Kirchhoff. Observando el espectro que dá el sodio, vió que la raya amarilla que produce corresponde exactamente á una de las rayas negras del espectro solar, pudiéndose demostrar esta coincidencia por la superposición de los espectros del sol y del alcohol que contenga sal marina, para lo cual Kirchhoff proyecta sobre la cal un surtidor de gas del alumbrado mezclado con oxígeno, y obtiene de este modo una luz intensísima, conocida con el nombre de luz de Drummond, la cual nos dá un magnífico espectro, sin rayas negras; entre esta luz y el prisma que debe de recibir sus rayos, coloca la llama del alcohol salado, y entonces, mirando por el espectroscopio se ve una raya negra, precisamente en el lugar que ocuparía la amarilla del sodio.

Este hecho nos hace suponer al sol como formando un núcleo incandescente, á beneficio de cuya temperatura los elementos volátiles que forman parte de este astro, forman á su alrededor una atmósfera densa y pesada, que se llama fotosfera, al través de la que tienen que pasar los rayos luminicos para llegar hasta nosotros, de modo que si nos fuera posible examinar la foto-esfera independientemente de la luz mas intensa del núcleo interno, podríamos examinar las líneas coloreadas de los metales que existen en ella; pero no siendo esto posible, sino que la luz del núcleo solar es mas fuerte que la de su atmósfera, como es mas fuerte la luz de Drummond que la del alcohol salado, tenemos que ver, por decirlo así, un espectro negativo, y á las rayas negras como correspondientes á las líneas coloreadas de cada uno de los metales que existen en la foto-esfera, y que realmente veríamos si pudiéramos observar ésta aisladamente. De este modo se ha llegado á saber que en el sol existe el hierro magnesio, cromo, potasio, sodio.

Tal es, en breves palabras el método de análisis con que Kirchhoff y Bunsen han dotado á la ciencia, abriendo una nueva era al análisis química, y proporcionando una base segura en que apoyar las hipótesis sobre el origen de nuestro planeta.

E. RODRIGUEZ.

DESCRIPCION DE LA CUEVA DE BELLA MAR, EN MATANZAS.

Muchas son las cuevas que hay en el mundo de Adán y en el de Colón; pero las célebres, en el primero, son: la caverna de Antiparos, que está 1.500 piés bajo de tierra, con una bóveda de 200 piés de elevación, y cuyas paredes reflejan la luz de las hachas; la de Arcy y Adelsberg, la de Terni y Neptuno, y la de Capri, llamada Grotta azura; ésta debe su celebridad, no á cristalizaciones espáticas, sino á un fenómeno óptico muy sorprendente, y las demás son de es-

talagmitas y estalactitas comunes; la de Arcy y de Adelsberg tienen un lago: en el de Adelsberg se crían peces, cuyo color se asemeja al del cútis humano, que tienen agallas y pulmones, y que tienen una completa aversión á la luz.

En el mundo de Colón, hasta ahora, que yo sepa, todas las cuevas que han sido visitadas, incluidas las de esta isla de Cuba, solo son notables por la majestad y fantástico agrupamiento de sus estalactitas y estalagmitas, que ya semejan pórticos, ora atrevidas arcadas, bien figuras de hombres y animales, efecto de la luz, según hiere esos objetos. He visitado la cueva de Cabezas y las de Matanzas, cuya entrada se halla en la parte llamada de Simson, al Oeste de esa ciudad, y que salen al estero situado en el valle de Yumuri, y solo son notables por sus atrevidas columnas, pórticos, etc.; pero se ha descubierto una que no solo á mi juicio, sino al de distinguidos viajeros, es un portento: su descripción es poco menos que imposible, porque lo es, sin duda, encontrar en la pobreza del lenguaje humano, palabras para pintar las maravillas de Dios: el Sr. Reinoso, que la visitó, la llama Maravilla de las Maravillas.

Esa cueva, que tan profundamente excita la atención hoy, y cuyos espléndidos ejemplares figuran ya en el Museo de Nueva-York, y sin duda en el de Madrid, á donde ofreció presentárselos el excelentísimo señor duque de la Torre, á quien se hizo presente de algunos muy hermosos, fué descubierta por una casualidad.

D. Ramon Pargas, compró una pequeña finca cerca de Matanzas y se dedicó de preferencia á explotar una cantera con el objeto de hacer cal: estando uno de sus esclavos introduciendo una barreta para sacar un canto, se le escapó ésta de las manos y desapareció. Advertido el dueño, dió orden á su mayoral que hiciese cavar en aquel punto y sacar la barreta; pero el mayoral se desentendió de la prevención por no sé qué temor supersticioso, y el dueño, que había estado algun tiempo empleado en explotación de minas de cobre cerca de Matanzas, le ocurrió la idea que hubiese por allí alguna, y no se engañó por cierto, que una y muy rica y de facilísima explotación fué la que halló, gracias á su constancia, que extraordinaria ha sido la que ha desplegado para llegar á ser poseedor de lo que puede llamarse la novena maravilla del mundo.

Es el caso, que como Pargas viese que el mayoral no obedecía sus órdenes, ya corridos dos meses, un día se fué él con la gente al punto en que había desaparecido aquella, ordenando se trabajase allí; y apenas se había abierto un espacio de poco mas de una vara, salió por el agujero practicado una gran corriente de aire de repugnante olor, caliente y como humoso; no retrajo á Pargas eso, sino antes por el contrario, continuando el trabajo pudo convencerse de que aquello era la entrada de una cueva, y con un arrojé que rayaba en temeridad siguió ensanchando la abertura y despues aventuró un descenso empleando una escaja que fué preciso alargar, y en llegando á lo que le pareció al suelo se encontró envuelto en tinieblas. Mas como él fuese gran práctico en punto á minas, no se arredró y se propuso explotar la caverna, dominado, sin embargo, por la idea de que allí había algo: era Colón entreviendo el nuevo mundo.

Subió determinado á una nueva exploración, y su sorpresa así como su júbilo, no tuvieron medida, cuando volviendo ya apercebido de todos los medios de exploración, se encontró con una bóveda encajada de magníficas cristalizaciones.

Pero no está el mérito de este descubridor feliz, solo en haber penetrado andaz en esa espelunca, sino en haber concebido la idea de que el descubrimiento primero, merecía la pena de seguir explorando aquella region tenebrosa, de que el público llegaría á apreciar el descubrimiento, y de que sus exploraciones y grandes gastos serían remunerados.

¿A qué trabajos tan áridos y penosos tuvo que dar cima para hacer practicable la entrada de la cueva y su tránsito! ¡Cuántos meses, cuántos obreros y cuántos pesos empleados en esas obras! ¡Sobre mil toneladas de roca, ha tenido que romper y extraer de la cueva! ¡Tres semanas empleadas en desaguar el lago por medio de bombas! ¡Y todo esto, sin saber si ese costo sería fructuoso!

El Sr. Pargas, luego que concluyó esos trabajos, hizo una casa sobre la entrada de la cueva, y para bajar á ella una escalera de madera bastante cómoda, un puentecito para pasar al través de una gran hendidura, huella de algun terremoto que hubo en esa localidad, y practió por último á pico en la roca varias escaleras, invitando luego al público á visitar su maravillosa cueva: el público ha acudido con tal entusiasmo, que aquello parece la peregrinación á la Meca: tal es la concurrencia de visitantes, que el día 2 de este mes fué visitante de la cueva, y á las once cuando me retiré quedaban allí mas de cien curiosos, y en el camino encontré mas de cuarenta, unos en volante y otros en unos jarmelgos, por cierto que eran aquellos como nueve ó diez extranjeros vestidos de paño, alegres y bulliciosos, que iba á escape con las piñnas abiertas echados hacia atrás; al verlos grité: ¡Evohe! ¡Evohe! porque me parecieron unos Silenos.

Aficionado yo sobre manera á geología y mineralogía, vi meses pasados fragmentos de cristalizaciones de esa cueva, y como no se parecían á nada de lo visto por mí antes, y los encontré bellísimos, me vino la voluntad de visitar la cueva, y la visité en efecto, maravillándome aquella rica y primorosa variedad de cristalizaciones tan distinto en todo y por todo, de lo que

hasta entonces había visto y leído: trájeme algunas muestras de raro mérito en mi pobre opinión, aunque no descabellada, porque habiéndole enseñado esos echantillons á los Sres. D. José Luis Alfonso, D. Domingo Arozarena y D. Domingo Ruiz, se admiraron, confesando que nada igual habían visto en sus viajes; y por demás está decir, que son ellos muy distinguidos viajeros.

Atormentábase gran tentación de escribir algo sobre las maravillas de la cueva, y de seguro que no lo habría hecho á no mediar razones poderosas de gratitud respecto del Sr. Pargas, que en demasía obsequioso conmigo, me ha obligado á tal extremo, que me ha parecido un deber pergeñar este artículo; pero queriendo, ya que de escribir tenía, interesar á mis lectores para que visiten esa portentosa creación, juzgué indispensable volver á ese magnífico y encantador palacio cristalino, donde el espíritu se siente señoreado por un sentimiento religioso y profundo, y donde, por decirlo así, se sorprende á Dios creando estupendas maravillas con una gota de agua. ¡*Mazimis in minimis!*

Ya tomada mi resolución, apresuré su cumplimiento; una circunstancia feliz y en todo extremo grata á mi corazón: el Sr. D. Domingo Ruiz, malacero educado en Alemania y vecindado en Caracas, infatigable viajero que ha visto el Niágara, trepado al San Bernardo, subido á los Andes hasta la silla de Caracas, que se halla á 11.000 pies sobre el nivel del mar, que ha visitado la Suiza y la Italia, y penetrado en célebres grutas, contemplando estático las bellísimas muestras de cristalizaciones de la cueva de Bella Mar que le enseñé, quiso ir á verla, y me ofreció de muy buena voluntad á acompañarme.

Salimos, pues, de esta ciudad en domingo, pernoctamos en Matanzas, y á las cinco y media de la mañana del lunes nos dirigimos á Playa de Judos y atravesamos el ferrocarril; llegamos á la finca del Sr. Pargas, venciendo las asperezas de la subida de una agria cuesta.

Sobrados de fortuna estuvimos en escoger el lunes para la escursión, porque el día antes había pasado por la cueva una tromba estudiantil; treinta eran, al decir del Sr. Pargas, los estudiantes de nuestra universidad que allí estuvieron, ¡verdadera edición salmantina sin el manteo!

También supimos que habían estado ese mismo día varias personas notables de esta capital, y entre ellas el señor magistrado de la real Audiencia, D. Emilio Sandoval, y que recibí muy gustosas impresiones, observando los primores de la gruta.

Hállase la cueva sobre un terreno calizo madreporico, que está á 460 pies sobre el nivel del mar, en el punto mas alto de una cordillera que viene de Canimar y va descendiendo á 300 varas de la cueva hacia el Sudoeste, donde la limita Playa de Judos, la Jaiba al Sur y Pueblo Nuevo al Oeste.

Obsequioso y cortés estuvo el Sr. Pargas con nosotros: mandó encender las luces de la cueva, y en esto vimos llegar al Sr. D. Antonio Guiteras, director del célebre colegio la Empresa, que con dos niños suyos y cinco mas, sus sobrinos, venia á pie, sin embargo de que la cueva está á dos kilómetros de Matanzas, y que es necesario subir una cuesta bastante áspera y fatigosa: extremado fué nuestro gozo al tenerle de compañero y auxiliar, pues se hizo cargo del termómetro, así como el Sr. Ruiz de la brújula, quedando yo expedito para apuntar mis observaciones.

Al tañido de la campana, que daba el aviso de estar ya iluminada la cueva y repartidos, además hachones de cera y farolitos de mano, emprendimos la marcha y llegamos á la bella casita que protege la entrada, no del palacio de hadas, sino del magnífico templo en que el alma va á llenarse de la plenitud de Dios.

Al borde de la cueva, se orientó su entrada por el Sr. Ruiz, marcando la brújula el rumbo N. N. O., el Sr. Guiteras consultó el termómetro Fahrenheit, que marcaba 65 grados, siendo las siete de la mañana, y reinando una temperatura accidental, porque aun estaba neblinosa la atmósfera: cuando la niebla se despejó, soplaban el ardiente Sur, por cuyo motivo fué el día muy caluroso.

Descendimos por una escalera de madera de veintitres escalones, que termina en una plataforma, parte formada del macizo de la cueva y parte fabricada de mampostería; allí hay un barandaje y un piso de madera de figura semicircular, y nos fué preciso detenernos un momento, no sólo para respirar, sino para contemplar el grandioso espectáculo que cautiva los ojos y embarga el espíritu.

Consultada la brújula y el termómetro, marcó la primera rumbo Este y el segundo 72 grados de calor. Hacia la izquierda se vé una gran extensión algo oscura, la bóveda allí tiene 30 varas de ancho, el espacio que separa la pared de la plataforma es de 8 varas y la profundidad será próximamente de 10.

Hacia el frente se extiende un salon como de 30 varas al frente, 12 varas á la pared derecha y 10 á la izquierda, y aparece gran parte de la cueva iluminada por veinte faroles y lámparas, ofreciendo la vista mas bella y fantástica que pueda imaginarse: á la derecha se descuelgan algunas estalactitas y se levantan estalagmitas de color súcio, y hay una gran columna de la misma materia y color. Este salon es el mayor de toda la cueva.

La plataforma describe una curva hacia el Este, de manera que es necesario dejar la escalera á la derecha y continuar el rumbo N. N. O. algunas varas, donde hay una bajada con trece escalones, después sigue un plano in-

clinado en zig zag y se llega al puente echado sobre una hendidura horizontal de dos varas de ancho, profundísima, y que sigue una línea oblicua al Oeste: pasado el puente continúa el declive de trecho en trecho, y entonces aparece una gran estalagmita, que representa una matrona de nariz chata, de faz aplastada y bondadosa sonrisa, que está como envuelta en una manta y con las manos sobre el pecho, en ademán de recibir con agrado á los visitantes de aquella fantástica mansión. Hé ahí á doña Mamerta, dije á mis compañeros, que se adelanta obsequiosa á recibirnos, y los dos conviniere en que era ni mas ni menos una doña Mamerta aquel mogote.

Continuamos la ruta por un pavimento en parte estalagmítico, bajando nueve escalones de piedra y descubrimos detrás del macizo donde está la plataforma ya mencionada, una entrada y un gran número de columnas bastante altas: chibros como de cristal blanco cuajado, y estalactitas colgantes: esa galería, nos dijo Pargas, aun no está abierta al público y contiene mas maravillosas cristalizaciones que las ya exploradas.

Aquí nos detuvimos para examinar esta parte de la cueva, y á distancia de seis varas de la pared derecha vimos un espléndido cortinaje que parecía de nieve, ancho como de seis varas del punto en que pendía de la bóveda, y que iba disminuyendo de anchura hasta tener media vara; su longitud sería de siete varas.

¿Qué nombre le pondremos? me dijo Ruiz. — Llamémosle, contesté, el velo del Sancta Sanctorum, porque ¿dónde un velo mas rico, primoroso y bello, pudiera encontrarse para ocultar la majestad del Santo de los Santos á los ojos profanos, que ese formado por Dios mismo? ¡Podrá el hombre acercarse jamás á tan suprema creación!

Seguimos en rápido descenso una vuelta hacia el S. E., llamando nuestra atención una estalagmita de dos varas de altura, que semejaba un pelcano; el techo de la cueva era calizo y en este punto se ensancha el salon, porque allí se bifurca y principian dos galerías, una á la derecha y otra á la izquierda: apenas se llega al punto de la bifurcación, la impresión que se recibe es tan poderosa, que todos exclamamos: ¡Qué prodigio de belleza! Esque allí principia la cristalización de forma coraloidea, tan abundante como portentosa, pues llena casi todo el ámbito del fondo del salon y reviste la bóveda y paredes de la galería de la izquierda.

Esa cristalización, por una ilusión óptica, está envuelta en una neblina cándida y transparente como el alcanfor, y al través de esa gasa de cristal, se ven en todas direcciones tubos de todos gruesos, ya rectos, ya encorvados, que se retuercen, se confunden, se ramifican, se rizan como una sutilísima escarola, se entretrezen como una randa, se cubren de agujas horizontales y oblicuas, se afliguran, en fin, tan ipasosamente, que la vista se fatiga ante aquel poliedro espléndido, que tiene la transparencia y blancura del mas esquisito alabastro, que centellea á trechos como el diamante, descomponiendo la luz en mil y mil fris, y que tomando el rumbo del E. forma el segundo salon de treinta varas de largo, tres de ancho y dos de altura; el pavimento es estalagmítico, desigual, inclinado y en figura de camellón; antes de abandonarlo, consultamos el termómetro y marcaba 75 grados: habíamos bajado 100 pies.

En algunos puntos de esta galería hay trozos de pared y de techo desnudos de cristalización y solo á trechos estalactitas y estalagmitas de color blanco de porcelana, que salen de la formación coraloidea: hacia á la izquierda se vé, en una especie de recodo, una multitud de estalagmitas amarillentas, de una vara de alto y á distancia, con la proyección de la rojiza luz de los hachones, parecía aquello un grupo de siboneyes, que salían vestidos como Adán á recibirnos.

Termina este salon y continúa la galería sin presentar en su bóveda y paredes mas que una superficie de cóc y un suelo estalagmítico, producido, no de filtraciones, sino de corrientes de agua: á trechos, salen del medio de la pared izquierda, unas como hojas de henique muy anchas y largas y algo encorvadas, de color blanco porcelana y columnas transparentes como alcanfor; aquí empezamos á subir siempre rumbo al E.: á la derecha hay un montículo de cóc y arcilla plástica en los respaldos de la pared: las gotas de agua que caen sobre esta arcilla, originan una cristalización grosera, pues es una costra amarillenta en su superficie y cristalina opaca en la cara inferior, y como la arcilla se ha resquebrajado en cuadrados irregulares, la costra presenta esos mismos cuadrados, siendo á veces la línea de separación cada de una pulgada de profundidad: tomé un ejemplar de esa curiosa cristalización.

A la izquierda hay una gran cortina transparente con magníficos pliegues, de color blanco porcelana: aquí bajo el terreno se encuentra á la derecha toda la parte inferior de la pared, un espacio de tres varas de largo cristalizado y blanquísimo, y al pie una fuente de agua mansa fresca, cristalina y de un sabor delicioso: tomamos unos tragos de ella y continuamos el viaje. En el centro de la bóveda terrosa hay una mancha de cristalización coraloidea: al herirla la luz, apareció como encendida, y la llamé la Zarza ardiente de Oreb: en este lugar el descenso es muy rápido, abundan montones de tierra de jaboncillo; la senda algo interrumpida por grandes rocas calizas despedazadas: una de ellas tiene ocho varas de largo, cuatro de ancho y tres de alto: la vista se detiene asombrada ante ese bloc madreporico y se pregunta uno con espanto, si se ha desprendido de la bóveda ó de la pared de la

derecha. ¿Cuándo ocurriera eso? Si se repetirán esos desprendimientos? Pero al examinar la techumbre, que allí es de caliza grosera, no hay indicios de semejante desprendimiento, y se sosiega el ánimo y el corazón presta nuevo aliento para continuar la exploración.

A pocos pasos de este titánico destrozo, principia la nueva formación coraloidea mas bella que la primera, porque hay grandes estalagmitas blanco de nieve, y empieza á subir el terreno sobre seis varas hasta llegar á donde se halla la salida de la galería N. N. O.: el techo bajo y terroso con grandes espacios de cristalización coraloidea: á la derecha grandes copos bellísimos, que parecen de porcelana, agrupamiento gracioso de columnitas, cascadas niveas; en el pavimento una gran meseta de cristal macizo, presentando en su superficie, algo convexa, líneas onduladas en relieve á manera de greca, que revela no ser esa cristalización producida por gotas de agua, sino por la acción de una gran corriente: no sé si me equivoqué al clasificarla de un pisolito.

Cuando llegamos á ese tramo, sentimos el aire mas fresco, porque allí sale la otra galería que principia en el primer salon. Hicimos un alto de cinco minutos, y pudimos á nuestro sabor gozar del efecto de la luz de las farolas y lámparas que, suspendidas de la bóveda á trechos, derramaban una suave claridad sobre aquellas miríficas metamorfosis de la materia inerte: nos sentimos allí penetrados de un sentimiento profundamente religioso, sepultados en las entrañas de la tierra, separados de la comunidad de los vivos y sumergidos en un silencio vaporoso, interrumpido solo por el trabajo de los obreros misteriosos de aquellas maravillas, las gotas de agua que caían á millares, con una cadencia que tal parecía el ruido que hacia el tiempo rozando con las puntas de sus invisibles alas, las olas de la eternidad.

Nadie hablaba, ni aun los niños que estaban como atónitos contemplando tantos portentos: yo rompí al fin el silencio, exclamando: ¡Oh soberano arquitecto del Universo! ¡Aquí estoy compenetrado de tu divina esencia! ¡Con una gota de agua has llenado de maravillas este pequeño espacio y arrojado cien problemas á la orgullosa sabiduría de tus criaturas, que cuando baje aquí armado de la mundana ciencia, osará explicar con sus atrevidas hipótesis lo que solo á tí es dado comprender!

Proseguimos nuestra exploración, y penetramos en otro salon que tiene cuatro pies de altura, por hallarse toda la bóveda revestida de cristalización coraloidea: el pavimento de este salon tiene 16 varas de largo por cuatro de ancho, y es lo mas prodigioso que puede imaginarse: lo forma una cristalización en todo extremo caprichosamente bellísima: es un agrupamiento simétrico de vasos de cristal como de 25 centímetros de largo, 33 de circunferencia, cavidad prismática de ocho centímetros de diámetro superior y catorce de profundidad, cuyas caras presentan unas á manera de escamas inversas, como las hileras de dientes palatinos del libarón: esos vasos á dos tercios de altura, se ensanchan hacia afuera como un centímetro, por su parte posterior, para formar una figura semi exágona: compuesta de tres lados de diez centímetros de largo, teniendo 13 de ancho el del centro, acanalado en aristas triangulares en toda su longitud, el de la derecha plano con siete centímetros, y el de la izquierda plano tambien con diez y seis y terminando todos en unas aristas rectas de un milímetro de latitud; y despues otras tres aristas interiores paralelas de la misma forma, con una profundidad de ocho milímetros, y una anchura de cuatro: y luego siguen adheridos tres cuerpos huecos, el uno grande y los otros mas pequenitos semejante á un crisol, embrión de esa forma tan peregrina: la otra mitad del vaso que debía completar esa como flor exágona, está truncada en parte y dentada en lo demás.

El pavimento todo de esta labor tan graciosa, rica y admirable, presenta un plano recto horizontal, como si se hubiera tirado á cordel. El ejemplar que poseo, parece una gran flor, cuyo cáliz está entero pero cuya corola monopetala exagonal solo tiene la mitad. Ninguno de los innumerables curiosos que han visitado este espléndido salon tiene una idea tan completa de la magnificencia de este pavimento pisolito, como yo, pues poseo ese precioso echantillon ó muestra, admiración de cuantos le han visto detenidamente: el Sr. D. Domingo Arozarena quedó asombrado examinándolo. Mis lectores pueden formarse una idea algo aproximada de ese bello espécimen, tomando una flor del chamico morado y cortándola por la mitad verticalmente hasta donde empieza á angostarse, y luego imaginársela como si tuviese cuatro pulgadas de altura y veinte de circunferencia y fuese de cristal.

Ese mirífico pavimento, por el cual, si hubiera podido extraerse de la cueva entero, un lord habría dado muchos centenares de libras esterlinas para enriquecer su museo, ha sido emperro lastimosamente maltratado: el Sr. Pargas, como fuese necesario pasar muy encorvado por aquella parte de la galería, en razon á ser allí sumamente baja la bóveda coraloidea, en vez de ensanchar el paso, destruyendo en parte la cristalización de la techumbre que es tan copiosa en todos los salones, prefirió romper este magnífico pisolito. ¡Profanación impía!

Verdad es que el Sr. Pargas se decidió á esto, porque hay hombres cuya exageración llega hasta tener seis pies de altura, y como de esos fueron muchos á visitar la cueva y tenían que caminar como si jugaran á la sillita de Mambré y bajar demasiado la cabeza, apiadado Pargas de ellos y de las señoras que tenían que andar

punto menos (y así anduve yo tambien la primera vez), para evitar tales desaguisados en lo sucesivo, hizo practicar un camino de 16 varas de largo, una de ancho y tres cuartas de profundidad, y perdió así, sin saberlo, una riqueza; ¡lástima, podía ver hacinados aquellos bellísimos cristales en pedazos pequeños, que ni aun acertó á sacar grandes trozos, y en cuya fractura hojosa y resplandeciente reflejaban las luces de nuestros hachones como en unos reflectores!

Triste yo y desabrido ante aquella devastación, me bajé á examinar el subsuelo y hallé, con sorpresa, que entre el pavimento no destruido y el subsuelo tambien cristalizado y diáfano y brillante como si fuera de hielo, había un espacio de una cuarta, vacío hoy, y lleno de agua, cuando le ví en mi primera visita; observación que hice entonces por que el Sr. Pargas había hecho allí una escavación de dos varas en cuadro.

¡Qué problema tan curioso no presenta la circunstancia de estar ese pavimento sobre una capa de agua y haber debajo de ésta otra de cristal! Dejo la resolución á observador mas competente que yo; lo único que me aventuro á creer es, que ese pavimento es un pisolito formado por una corriente de agua, lo mismo que el inferior; por su diaphanidad vitrea, guarda estrecha analogía con las cristalizaciones bellísimas y estupendas que se hallan en el fondo del baño de la Inglesa y del Lago de las Dalias, llamado así por que está incrustado de dalias de cristal finísimo y resplandeciente.

Hay en este salon además de la sayuela, así llamada porque parece un vestido con el ruedo bordado, muy bellas columnas, arcos afiligranados, á cuyos primorosos arabescos no son comparables los tan celebrados de la morisca Alhambra: termina aquí el salon con treinta varas de largo.

Sigue una galería, cuya bóveda es de caliza, madreporica con algunas impresiones de conchas; saltados se ven varias esbozos de cristalización coraloidea, que son muy interesante á la vista, bajo el aspecto del cómo principia, pues parecen ni mas ni menos, grandes redanos extendidos; la galería es bastante larga, oscura, y va estrechándose á llegar á un grupo de columnas truncadas, blanco porcelana, que se asemeja á un órgano, por lo cual tiene este nombre: abunda mucho la arcilla roja; la entrada por este punto tiene vara y media de alto y sobre cinco varas de largo, yo la llamé los Dardanelos; la bóveda sigue terrosa, el pavimento sumamente áspero y desigual: un montículo tiene á la derecha y luego baja á la izquierda el terreno estalagmítico: allí está el célebre sepulcro, á la izquierda, rodeado de grandes montones de estalagmita, que hacen difícil la bajada: es el sepulcro una cavidad elíptica de dos varas de largo y dos de ancho, cristalizada, conteniendo agua y cubierta con una tapa convexa, tan trasparente como si fuese de cristal de roca: colócase allí una luz y esto ofrece una sorprendente, deliciosa y fantástica visualidad; el humo que se desprende de la lámpara con que se ilumina, ha ennegrecido un poco el centro; se le hizo la observación al guía, y contestó que todos los días se lavaba.

Á la izquierda, y cerca del sepulcro, hay una gran parte del techo, revestido de la formación coraloidea, agrupamiento fantástico de columnas, de festones, de cascadas, chorros, hojas como de henique y un sofá todo blanco porcelana; á la derecha el pavimento, lleno de rocas en pedazos, y la bóveda de caliza grosera; despues no hay cristalizaciones y el terreno tiene mucha inclinación y así sigue hasta llegar al Túnel.

Líamase así la entrada al salon de las Maravillas ó del Baño: al terminar la galería ancha y alta que veníamos describiendo, se estrecha un poco á la derecha y aquí se encuentra un pasillo abovedado que principia dentro de dicha galería, de dos varas de largo, siete varas y media de altura y lo mismo de ancho, cristalizado solo en su lado derecho hasta la mitad de su longitud, en que ya continúa la cristalización coraloidea y por debajo de esa bóveda, casi encorvado, se pasa al salon de las Maravillas, por tres escalones abiertos en la roca: parece que la Divinidad quiere así preparar al espíritu para que le sea mas grata la impresión que causa aquella copia de resplandores derramados fantásticamente sobre las magníficas cristalizaciones de aquel salon cuando se penetra en él.

Allí vagan los ojos, deslumbrados por tanta luz, y la imaginación se eclipsa agobiada por tantos portentos: allí se recoge el espíritu, el labio enmudece y se cree uno en la presencia del Criador: allí fué donde cayeron de hinojos un joven y una señorita extranjeros, y oraron bastante tiempo; ¡y quién no ha de orar allí! ¡Quién no se siente en aquel mundo de maravillas anonadado ante la majestad y poder con que allí se revela el Hacedor Supremo! ¡Allí fué donde nuestro digno pastor (1) con ferviente y religioso asombro, levantó su diestra y bendijo aquel templo lleno del espíritu de Dios, ¡y, sin embargo, á este santuario le llaman salon de baile! ¡Profanación!

Despues que pudimos volver de nuestro éxtasis, empezamos á ver en detall las bellezas de aquel santuario: la bóveda, desde la entrada, riquísimamente adornada de esa cristalización de coral blanco porcelana, que forma el arco de la entrada, y á media vara de ésta, descendiendo vertical la hoja de una espada de media vara de ancho, en su base, y vara y media de largo: despuntada por uno que tropezó con su cabeza en ella, y que no se hizo daño gracias á que el golpe fué de soslayo y á la estructura hojosa de

(1) El Excmo. é Ilmo. Sr. D. Francisco Fleix y Solans, hoy dignísimo arzobispo de Tarragona.

esa cristalización, llamé á esa espada la de Damocles: á la izquierda pende del techo una columna de una vara de largo y dos de circunferencia, lo mas peregrino y primoroso que pueda imaginarse: toda revestida de una riquísima labor afiligranada y con la transparencia del acañor: nada hay comparable á ese enrizado de piedra, á esas líneas espirales que acá y acullá se entrelazan graciosa y simétricamente á esas preciosas hojuelas repicadas, mas bellas que las que admiramos en los claveles de China.

Dos mil pesos le ofreció un caballero americano al Sr. Pargas por ella; el Sr. Pargas desechó la oferta, lo que habla mucho en favor de su buen gusto y desprendimiento. El señor Ruiz estuvo contemplándola á su sabor un cuarto de hora, y me decía: amigo, he visto la célebre Alhambra; aquellas labores peregrinas, comparadas á esto, son nada.

La pared de la izquierda es un laberinto de festones, columnas, arcadas y caprichos indecifrables: allí está la fantástica figura que representa una joven inclinada en ademán de llorar y con la cabeza casi oculta en un follaje de cristalizaciones coraloides.

A la derecha, se halla una magnífica cascada de seis varas de alto y seis de largo, de color blanco porcelana, con reflejos vivísimos: llámase el Manto de la Virgen: no llega al pavimento, del cual dista una media vara escasa, terminando en puntas como flecos: introducido un hachón en el espacio vacío, se trasparencia: inclinándose uno para ver lo que hay detrás, descubre una extensión de ocho varas ó mas á lo largo, y todo ese espacio es una formación maciza de esa cristalización, y el suelo está todo inundado de agua.

Mas adelante del Manto de la Virgen continúa la misma formación, y allí se halla el Baño de la inglesa dos varas hacia adentro: es necesario, para llegar allí, arrastrarse como un lagarto por un pavimento manando en agua: encuétranse primero una fuente de dos pies de hondo, llena de cristalizaciones diáfanas, y en el medio hay una gran dalia de dos pies de diámetro, que parece un florón: yo le llamé la fuente del Ne-lumbio: algo mas adelante, está el baño donde se sumergió una señora inglesa ó americana, que estando enferma salió curada. También hacia este lado pende de la bóveda una cristalización semejante á un gran pulpo.

Este salón tiene veintidós varas de largo, como diez de ancho y sobre seis y media de alto: está á ochocientas varas de la entrada de la cueva, rumbo al Este, y el termómetro marca 80 grados de calor: el piso es llano: no pudimos averiguar, por falta de instrumento, á cuántos pies estábamos de la superficie: el señor Ruiz vió su reloj y eran las ocho y media. A las diez y seis pasos de la entrada, sube el terreno dos varas: el pavimento es cristalizado macizo, despues se estrecha, terminando en dos columnas, que yo llamé de Hércules.

JOSÉ VICTORIANO BETANCOURT.

(Se concluirá.)

EL TABACO.

APUNTES DE UN FUMADOR ARREPENTIDO

Si señor, lo confieso: yo he fumado, he fumado como un cosaco, allá en mi mocedad, cuando concurría á las aulas, en donde el mal ejemplo me contaminó; pero hoy he renunciado á las delicias del tabaco y me felicito de ello á todas las horas del día.

—¡Blasfemia! Dirá algun fumador empedernido, que calle ese hombre, sus palabras no merecen crédito: serán las calumnias del apóstata.

Nada menos que eso: yo trataré al tabaco como á un antiguo amigo, del que no se guardan muy buenos recuerdos, pero amigo al fin. Además soy hombre imparcial, y en nada menos pienso que en cubrir de lodo el ídolo que adoré en otros tiempos.

Dulces y alegres, cuando Dios quería, como dijo Garcilaso, por supuesto, no escribiendo sobre ó contra el tabaco.

Quiero examinar fría é imparcialmente los móviles que nos impulsan á seguir la bandera de esa yerba y las consecuencias que esto produce al espíritu y al cuerpo.

Citaré á juicio mis antiguos recuerdos é impresiones de fumador, y comparándolas con los resultados de mis cotidianas observaciones, tal vez llegue á hacer un croquis mas ó menos realista de la fisiología del fumador.

Quisiera tener el pincel con que Velazquez dió vida á sus Borrachos, ó por lo menos el que sirvió á Teniers ó Van-Ostade para modelar aquellos flamencos risueños y coloradotes del primero, y fantásticamente feos del segundo, eternos adoradores de la pipa, pero habré de contentarme con mi mal tajada peneola.

En primer lugar, pregunto yo:

—¿Por qué fumamos?

La primera vez que oprimimos con nuestros labios un cigarro, ya sea un formidable coracero, ya una aristocrática breva ó un simple pitillo de Cané, experimentamos una sensación desagradable.

En esto convienen todos los autores, esto es, todos los fumadores, y con solo que recordáran aquel amargo trance, debían arrojar lejos el cigarro.

Peró fumamos por imitación.

Vemos pasar un fumador por la calle con aire de superioridad, llevando con orgullo en los labios su pipa de espuma de mar, y nos parece que aquel hombre nos humilla, con la ventaja que lleva un hombre ocupado á un ocioso.

Nos parece que hace ondular en torno suyo el humo azulado con cierta complacencia y has-

ta con cierta majestad; es un Júpiter olímpico envuelto en nubes, y despidiendo de su boca el rayo aterrador, en forma de cigarro de tres cuartos.

Entonces le envidiamos y queremos fumar, porque lo vemos hacer: porque en este mísero barro humano hay una irresistible tendencia á la imitación.

Buen testigo es la moda: los hombres mas graves y sedudos encierran su cerebro, donde reside la inteligencia, en un cilindro mas ó menos ridiculo, y atormentan su cuerpo y piernas con gabanes y pantalones, cortados por el patron de las camisas de fuerza.

La cosa ha llegado á un punto, que el que no es fumador parece que lo confiesa con embarazo cuando al ofrecerle un cigarro en un café ó una reunión, dice:

—Gracias, no fumo.

Para ponerse, pues, al nivel de los demás bipedidos civilizados, hay que atreverse con un cigarro.

Ello es cierto que á las primeras bocanadas experimentamos una sensación vertiginosa, la los nos acomete, los ojos se enrojecen y lloran y á veces sobrevienen náuseas que parece que nos ponen al borde de la eternidad; pero por fin se pasa y queda uno incluído en el gremio de fumadores.

Esto es lo que podríamos llamar bautismo de humo.

En pocos años ha tenido el uso del tabaco un aumento lamentable: los filósofos no han quedado en este punto desairados con su ley del progreso: es verdad que antes fumaban solo delante de gentes los hombres barbados, y hoy los muchachos de la escuela llevan petaca y encienden en la colilla de sus papás.

Claro, ven que los mayores, mientras los comprenden por fumar, no predicán con el ejemplo y piensan que á pesar de todo no será cosa tan mala. Per otra parte, los padres no pueden incomodarse: si el abad juega á los naipes, etc.

Peró no insistiré en los fenómenos producidos por el tabaco al que no está habituado, tales como el aumento de la secreción de la saliva, náuseas, vómitos y hasta síncope, nada de eso: quiero suponerle ya familiarizado con él y examinar sus sensaciones, bien complejas por cierto.

En primer lugar satisface una costumbre que, como todas, llega á serle imperiosa. Sobre todo despues de comer. Entonces, ya ahumado á las señoras que nos han acompañado á la mesa, ya dejándolas, por satisfacer aquel asqueroso gusto, el cigarro es inevitable.

No nos parecemos en esto á nuestros galantes abuelos, cuyo culto por la mujer rayaba en la idolatría.

Se dirá que otros tiempos hacen otras costumbres: convenido, pero convengamos también en que amén de esto, no hemos progresado gran cosa, en el buen sentido, se entiende.

Y sin remontarnos mucho, pocos años há no se fumaba delante de señoras, sino con expreso y terminante permiso suyo: hoy es otra cosa: solemos pedir, por fórmula, la licencia, cuando ya hemos encendido el fósforo y demostrado casi, que en uso de nuestra autonomía, hacemos nuestra voluntad, á pesar de la galantería.

En los viajes, sobre todo, es insoportable que dentro del tren vaya un fumador, sahumando á sus compañeros, como si la chimenea de la locomotora no bastase y fuera necesario la del cigarro.

En el siglo pasado se fumaba, sin embargo, en nuestros teatros de España, y los concurrentes al *patio* estaban con los sombreros calados y el chicote en la boca: aun en los teatros de las aldeas suele haber un letrero que dice: *no se permite fumar*.

Hoy lo hemos dejado para los pasillos y salones de descanso; pero en cambio fumamos en la visita.

Cuando estamos enfermos, el tabaco nos desagrada, á diferencia del té y el café, que siguen siendo de nuestro gusto: por eso cuando el médico halle al enfermo fumando con placer, puede considerarle en plena convalecencia.

En los fumadores entra por mucho el placer de la vista: se pasan las horas muertas entregados á los juegos fantasmagóricos del humo del cigarro, emitido por sus labios, entregados en tanto á una especie de sueño letárgico.

Proponed á un fumador que apure la colilla sin contemplar cómo el humo se desvanece y le habreis arrebatado una de las mas dulces delicias del fumar, y no obstante la mayor parte del tiempo no cae en la cuenta de que le disfruta.

Peró estamos ciertos que si se le obligara á fumar con los ojos cerrados, renunciaría pronto al cigarro; por eso se observa que son tantos los ciegos de nacimiento que no fuman.

El cuidado de no dejar apagar el fuego del cigarro ó de la pipa, su regularidad en arder, y la conservación de la ceniza, constituyen tres grandes y verdaderas ocupaciones del fumador.

Quién le va dando vueltas, quién le ciñe cuidadosamente con una faja de papel, todo con un cariño como pueden tener los padres por sus pequeños, pero padres que, como Saturno, devoran á sus hijos.

El cigarro imprime, también, cierto sello á todo el cuerpo: al fumar, las manos están ocupadas, bien en picar ó liar el cigarrillo, bien en tener ardiendo entre los dedos el puro ó la pipa. Muchas gentes hay, que cuando no fuman no saben donde tener las manos, y el cigarro, como el abanico en el sexo hermoso, es el gran recurso del barbudo.

¿No habeis observado que muchos se hacen retratar cigarro en mano?

Pues no es para que sus descendientes y la posteridad conserven el precioso dato de que

aquel personaje era un fumador, mas ó menos intrépido, ni porque imaginen que aquello deba librarle del olvido de las sucesivas generaciones, sino porque no saben donde poner su mano.

Así como muchos no saben donde tienen su mano derecha, los fumadores, sin el cigarro, no saben donde tener su mano izquierda.

Peró ya que hemos pasado revista á lo accesorio del tabaco, examinemos ahora el punto principal, la parte higiénica, es decir, su acción sobre la inteligencia.

Sus vapores narcóticos dan al espíritu una calma excesiva, una tranquilidad insidiosa, á la que el fumador se abandona arrastrado, como por una sirena pérfida.

Si está entregado á sérios trabajos mentales, suele entablarse una lucha entre el tabaco y la imaginación, de la que suele salir esta triunfante, y el cigarro queda pronto apagado en los labios ó sobre el bufete, como un cadáver abandonado en el desierto campo de la batalla.

A veces se fuma y se trabaja, pero es cuando la ocupación es poco importante; leyendo novelas, periódicos, ó meditando en la política, y pronto se concluye por quedar sumido en un sopor, hijo del tabaco.

Este narcotismo puede llegar á obstruir el espíritu cuando es frecuente. Un sabio francés, el doctor Bertillon, formó una estadística en el colegio politécnico entre los alumnos que fumaban y los que no, y observó que entre los veinte primeros números habia de cinco á ocho fumadores, entre los del veinte al cuarenta habia de nueve á doce, y así sucesivamente en esta proporción; este y otros experimentos que cita, para demostrar que el abuso del tabaco ataca la memoria, prueban su influencia en el espíritu.

De todos modos, aunque no admitamos otra cosa sino que el tabaco ejerce una acción narcótica sobre la inteligencia, observaremos que, si de dos personas de igual capacidad, una se entrega al tabaco y otra no, esta cumplirá mucho mas regularmente las funciones de su espíritu, y así se advierte que entre los hombres de un talento verdaderamente privilegiado, son pocos los grandes fumadores.

¿Peró el tabaco es tan perjudicial, que sea preciso proscribirle por completo?

Ciertamente, tomado en pequeñas dosis, dos ó tres pipas ó cigarros al día, no ofrece peligro para aquel que adquiere esa costumbre; pero son pocos los que saben mantenerse en esta continencia y los hay que están asidos del cigarro á *solis ortu usque ad occasum* (1) y *aínda mais*, como si la pipa formase parte de su individuo; entonces sobrevienen las parálisis, palpitaciones, anginas de pecho, etc.

El tabaco en demasía es además hermano gemelo de las bebidas alcohólicas, á las que llama para matar la sequedad y acritud que en la boca deja; su necesidad llega á hacerse imperiosa, y detrás de ella asoma su cabeza el horrible monstruo del alcoholismo, enfermedad que tantos desastres ha producido ó odernamente.

El fumador se hace bebedor: en nuestra España, desde la hedionda taberna, hasta el dorado café (no por eso de atmósfera menos nauseabunda) hierven con el humo del tabaco: inmóvil el fumador, trasiega copas de ponzoña, con el nombre de ron, ginebra, agenojo etc., y así se pasa horas de las horas. En el país de la cerveza, los alemanes, é ingleses en especial, armados de enormes botellas, despiden bocanadas de humo y envasan frascos del producto del túpulo y la cebada.

En otras partes, el aguardiente hace sus veces, y con todos esos brebajes, el sopor y la atonía se pintan en los rostros, y el espíritu acaba por embrutecerse.

Tal degradación es indigna en el hombre, y concluiré con una frase del célebre Dupuytren: «Yo no comprendo, decía, los progresos de esta súa costumbre entre las gentes bien educadas, porque es increíble que un hombre que haya cultivado su espíritu, quiera degradar el cuerpo hasta el punto de preferir á los placeres honestos de las letras ó las ciencias, el innoble deleite de apestar y apestar á los demás.»

DR. DULCAMARA.

ANATEMA A LOS BORBONES.

AL DIPUTADO Á CORTES DON SALVADOR DAMATO.

ODA.

Yo la ví, yo la ví: su voz tronante Cual del trueno el fragor, estremecía El augusto recinto, y fulminante Esperanzas en polvo convertía.

Cual la nieve al caer, blanda y untuosa, Náyade que se oculta en la quebrada, Bróta y crece y se lanza impetuosa, Río soberbio la que fué cascada:

Así de aquella voz undionantes Manan historia y arte á borbotones: Y en planchas de oro graba con diamantes El eterno anatema á los Borbones.

Escuchad, escuchad: la impía raza Satánica mision llenó en la historia. El Estado soy Yo: tal su amenaza. Ahogar la libertad: tal su victoria.

El satánico Yo la embriagaba: Crece con su poder soberbia impía: De sus reinos el sol no se ocultaba, Y creyó que en el mundo no cabía.

Nuevo ejemplo del mito á las edades Que eterniza de Edipo la memoria... Para explicarse el mundo sus maldades, ¿A qué al hado acudir? ¡Abrid la historia!

(1) Salmo 112 de David, versículo 5.

Oid, oid: se trata de un ungido: Su juez... La Convención: ¡Profundo arcano! Puede un voto salvar al desvalido... «Muera» grita una voz... ¡¡La de su hermano!!

Estirpe de Caín: tu impuro hábito Contaminó la tierra: descreídos A los pueblos hiciste, cuyo rito Compraste á Roma, para ser uncidos.

¡Premio á su abnegación!... cual Nazarenos Recorrieron del Gólgota la vía: Abrigaron la víbora en sus senos... Con muertes mil pagó tanta hidalguía.

Vedlos allí: al invocar sus nombres... Las losas que los guardan se levantan: Un Borbon los mató... y aquellos hombres... Al enemigo de la patria espantán.

Mientras él, siervo vil, postrado en tierra, Besaba el pié que su mejilla hería: Ellos... el grito de venganza y guerra Alzaban; y la patria renacía.

¡Patria infeliz!... ¡Silencio!—Otro lo diga. No fuera mas feroz un tigre hiscano, Que Tigrekán... (La historia lo maldiga) Dar nombre á su maldad... Intento es vano.

Progenie impura de viciada raza... La sávia de tus ramas envenena: A depurar tu vicio no halló traza La libertad: y el orbe te condena.

Huye á esconder en las marmóreas salas, Do tus mayores con audacia insana Torres de ambición pusieron alas, Nuevo ejemplar de la miseria humana.

¡De Pelayo y del Cid sombras sagradas! Ahuyentad de este suelo á los Borbones: Brillen en libros manos las espadas; Y no consentan *lises los leones*.

Héroes de España, alzad: del extranjero... Todo lo que no amengüe vuestras glorias: Si el honor os movió; nunca el dinero. «Pagó Enrique al francés...» cuentan historias.

TOMÁS R. PINILLA.

Madrid 3 de Febrero de 1870.

LA CUNA Y LA HUESA.

Quiero cantar: en mi regazo el niño sonríe con placer, y junto á mí, velando con cariño, contemplo una mujer.

Bello es el mundo que sin freno lanza raudales de pasión; bella la vida y bella la esperanza que guarda el corazón.

El sol en arboles se desprende de ardiente claridad; tranquilo el mar, sus límites se extiende allá en la inmensidad.

Pasado corre el cristalino río, aromas da la flor, cantan las aves en el bosque umbrío la gloria del Señor.

Bello es el mundo que el placer encierra; todo convida á amar; quiero cantar las dichas de la tierra, quiero el mundo cantar.

—¡Silencio! en mi regazo se ha dormido un hombre con quietud; que no turbe ese mundo corrompido la paz del ataud.

Bello es el mundo, que al placer provoca y á eterno sonreír; pero despues de la existencia loca la muerte ha de venir.

Una mujer también junto á mí vela turbado el corazón, y hasta el Señor su pensamiento vuela en santa adoración.

Callad, callad; canciones mundanales yo no puedo elevar, pues cánticos escucho celestiales, como rumor de mar.

—¡Pretendes, pobre huesa, mi ventura turbar con el dolor? No hay en mi pecho sueños de amargura, ni en el alma temor.

Yo valgo mas que tú; yo el mundo lleno, en mí reposa el sér. —Yo valgo más que tú; yo soy el seno do todo ha de volver.

Yo extiendo sobre el orbe la mirada de uno al otro confin. —Yo contemplo con vista sosegada un espacio sin fin.

—Yo la esperanza soy de la conciencia, que al verme sonrió. —Yo soy la realidad de la existencia y verdad soy yo.

—Yo soy el todo, que el calor recibe del Dios del Sinaí. —Tú eres la nada que de nada vive, la vida empieza en mí.

—Voy de este mundo tras la vida grata. —Yo de otro mundo en pós. —Sobre mí la existencia se dilata. —Sobre mí solo Dios.

RAFAEL BLASCO.

Madrid: 1870.—Imprenta de LA AMÉRICA.

SECCION DE ANUNCIOS.

Vin de Bugeaud

TONI-NUTRITIF

au Quinquina et au Cacao combinés

43, rue Réaumur
27 et 29, rue Palestro

Chez J. LEBEAULT, pharmacien, à Paris

43, rue Réaumur
27 et 29, rue Palestro

Los facultativos lo recomiendan con éxito en las enfermedades que dependen de la *pobreza de la sangre*, en las *nevrosias* de todas clases, las *flores blancas*, la *diarrea crónica*, *perdidas seminales involuntarias*, las *hemorragias pasivas*, las *escrófulas*, las *afecciones escorbúticas*, el *periodo adinámico de las calenturas tifoidales*, etc. Finalmente conviene de un modo muy particularmente especial á los convalecientes, á los niños débiles, á las mugeres delicadas, et á las personas de edad debilitadas por los años y los padecimientos. La *Union medical*, la *Gaceta de los Hospitales*, la *Abeja medica*, las *Sociedades de medicina*, han constatado la superioridad del presente remedio sobre los demas tónicos.

Depositos en *La Habana*: SARRA y C^a; — En *Buenos-Ayres*: A. DEMARCHI y HERMANOS, y en las principales farmacias de las Americas.

Los MALES DE ESTOMAGO, GASTRITIS, GASTRALGIA y las IRRITACIONES de los INTESTINOS

Son curados por el uso del **RACAHOUT DE LOS ARABES** de DELANGRENIER, rue Richelieu, 26, en Paris. — Este agradable alimento, que está aprobado por la Academia imperial de Medicina de Francia y por todos los Médicos mas ilustres de Paris, forma un almuerzo tan digestivo como reparador. — Fortifica el estómago y los intestinos, y por sus propiedades analépticas, preserva de las *fiebres amarilla y tifóidea* y de las enfermedades epidémicas. — *Desconfíese de las Falsificaciones.* — Depósito en las principales Farmacias de las Americas.

LOS INOFENSIVOS de esquisito perfume fortifican y devuelven instantaneamente al cabello y a la barba su color primitivo, por una simple aplicacion, sin desgrasar ni lavar, sin manchar la cara, y sin causar enfermedades de ojos ni Jaquecas.

TEINTURES DU DOCTEUR CALLMANN
QUIMICO, FARMACÉUTICO DE 1^a CLASE, LAUREADO DE LOS HOSPITALES DE PARIS
12, rue de l'Echiquier, Paris.

Desde el descubrimiento de estos *Tintes perfectos*, se abandonan esos tintes debiles LLAMADOS AGUAS, que exigen operaciones repetidas y que mojan demasiado la cabeza. — Oscuro, castaño, castaño claro, 8 frs. — Negro rubio, 10 frs. — Dr. CALLMANN, 12, rue de l'Echiquier, PARIS. — LA HABANA, SARRA y C^a.

IRRIGADOR

Invencion del Doctor ÉGUISIER.



Los irrigadores que llevan la estam-pilla DRAPIER & FILS, son los únicos que nada dejan que desear. Estos instrumentos reconocidos como superiores y de perfeccion acabada, ninguna relacion tienen con los numerosas imitaciones esparcidas en el comercio.

Precio: 14 á 32 fr. segun el tamaño

DRAPIER & FILS, 41, rue de Rivoli, y 7, boulevard Sébastopol, en Paris.

BRAGUERO CON MODERADOR

Nueva Invencion, con privilegio s. g. d. g.

PARA EL TRATAMIENTO Y LA CURACION DE LAS HERNIAS.

Estos nuevos Aparatos, de superioridad incontestable, reúnen todas las perfecciones del ARTE HERNIARIO; ofrecen una fuerza que uno mismo modera á su gusto. Todas las pelotillas son el interior de cautchú maleable; no tienen accion ninguna irritante y no perforan el anillo.

Se encuentran en nuestros almacenes toda especie de Bragueros y Suspensorios.

Medalla á la Sociedad de las Ciencias industriales de Paris.

NO MAS CANAS MELANOGENA

TINTURA SOBRE ALIENTE de DICQUEMARE año DE RUAN

Para teñir en un minuto, en todos los matices, los cabellos y la barba, sin peligro para la piel y sin ningun olor.

Esta tintura es superior á todas las usadas hasta el día de hoy.

Fábrica en Ruan, rue Saint-Nicolas, 29. Depósito en casa de los principales peladores y perfumadores del mundo. Casa en Paris, rue St-Honoré, 207.

VERDADERO LE ROY

EN LIQUIDO ó PILDORAS

Del Doctor SIGNORET, único Sucesor, 51, rue de Seine, PARIS

Los médicos más célebres reconocen hoy día la superioridad de los evacuativos sobre todos los demas medios que se han empleado para la

CURACION DE LAS ENFERMEDADES

ocasionadas por la alteracion de los humores. Los evacuativos de LE ROY son los mas infalibles y mas eficaces: curan con toda seguridad sin producir jamas malas consecuencias. Se toman con la mayor facilidad, dosados generalmente para los adultos á una ó dos cucharadas ó á 2 ó 4 Píldoras durante cuatro ó cinco dias seguidos. Nuestros frascos van acompañados siempre de una instruccion indicando el tratamiento que debe seguirse. Recomendamos leerla con toda atencion y que se exija el verdadero LE ROY. En los tapones de los frascos hay el sello imperial de Francia y la firma.

AVISO

Des hidrúras remediand nos by tions sophistiqués, an est

Signature
DOCTEUR-MÉDECIN
ET PHARMACIEN

ROB BOYVEAU LAFFECTEUR

AUTORIZADO EN FRANCIA, EN AUSTRIA, EN BELGICA Y EN RUSSIA.

Los médicos de los hospitales recomiendan el ROB VEGETAL BOYVEAU LAFFECTEUR, aprobado por la Real Sociedad de Medicina, y garantizado con la firma del doctor Girardeau de Saint-Gervais, médico de la Facultad de Paris. Este remedio, de muy buen gusto y muy fácil de tomar con el mayor sigilo, se emplea en la marina real hace mas de sesenta años, y cura en poco tiempo, con pocos gastos y sin temor de recaídas, todas las enfermedades sífilíticas.

Depósito general en la casa del Doctor Girardeau de Saint-Gervais, 12, calle Richer, PARIS.

— Depósito en todas las boticas. — *Desconfíese de la falsificacion*, y exijase la firma que viste la tapa, y lleva la firma Girardeau de Saint-Gervais.

PEPSINE BOUDAULT

EXPOSICION UNIVERSAL DE 1867
la medalla única para la pepsina pura ha sido otorgada
A NUESTRA PEPSINA BOUDAULT
la sola aconsejada por el D^r CORVISART médico del Emperador Napoleon III
y la sola empleada en los HOSPITALES DE PARIS, con éxito infalible en Elixir, Vino, Jarabe BOUDAULT y polvos (Frascos de una onza), en las

Gastritis	Agruras	Nauseas	Ereptos
Opcion	Pituitas	Gases	Jaqueca
			Diarreas

y los vomitos de las mugeres embarazadas

PARIS, EN CASA DE HOTTOT, Succ^r, 24 RUE DES LOMBARDS.

DESCONFÍESE DE LAS FALSIFICACIONES DE LA VERDADERA PEPSINA BOUDAULT

NICASIO EZQUERRA.

ESTABLECIDO CON LIBRERÍA MERCERÍAS ÚTILES DE ESCRITORIO

en Valparaiso, Santiago y Copiapó, los tres puntos mas importantes de la república de Chile, admite toda clase de consignaciones, bien sea en los ramos arriba indicados ó en cualquiera otro que se le confie bajo condiciones equitativas para el remitente.

Nota. La correspondencia debe dirigirse á Nicasio Ezquer-ra, Valparaiso (Chile).

JARABE DE LABELONYE

Farmacéutico de 1^a clase de la Facultad de Paris.

Este Jarabe este empleado, hace mas de 30 años, por los mas célebres médicos de todos los paises, para curar las enfermedades del corazon y las diversas hidropesias. Tambien se emplea con feliz éxito para la curacion de las palpitaciones y opresiones nerviosas, del asma, de los catarros crónicos, bronquitis, tos convulsiva, espantos de sangre, extincion de vox, etc.

Deposito general en casa de LABELONYE y C^a, calle d'Aboukir, 99, plaza del Cairo.

Depósitos: en *Habana*, Lerverend; Reyes; Fernandez y C^a; Sara y C^a; — en *Méjico*, E. van Wingen y C^a; Santa Maria Da; — en *Panama*, Kratochwill; — en *Caracas*, Starup y C^a; Braun y C^a; — en *Cartagena*, J. Velaz; — en *Montevideo*, Ventura Garaycochea; Lascars; — en *Buenos-Ayres*, Demarchi hermanos; — en *Santiago y Valparaiso*, Mongiardini; — en *Callao*, Botica central; — en *Lima*, Dupeyron y C^a; — en *Guayaquil*, Gault; Calve y C^a; y en las principales farmacias de la America y de las Filipinas.

GRAGEAS DE GÉLIS Y CONTÉ

Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris.

Resulta de dos informes dirigidos a dicha Academia el año 1840, y hace poco tiempo, que las Grageas de Gélis y Conté, son el mas grato y mejor ferruginoso para la curacion de la clorosis (colores pálidos); las perdidas blancas; las debilidades de temperamento, en ambos sexos; para facilitar la menstruacion, sobre todo a las jovenes, etc.



PILDORAS DEHAUT

—Esta nueva combinación, fundada sobre principios no conocidos por los médicos antiguos, llena, con una precisión digna de atención, todas las condiciones del problema del medicamento purgante.—Al reves de otros purgativos, este no obra bien sino cuando se toma con muy buenos alimentos y bebidas fortificantes. Su efecto es seguro, al paso que no lo es el agua de Sedlitz y otros purgativos. Es fácil arreglar la dosis, según la edad y la fuerza de las personas. Los niños, los ancianos y los enfermos debilitados lo soportan sin dificultad. Cada cual escoje, para purgarse, la hora y la comida que mejor le convengan según sus ocupaciones. La molestia que causa el purgante, estando completamente anulada por la buena alimentación, no se halla reparo alguno en purgarse, cuando haya necesidad.—Los médicos que emplean este medio no encuentran enfermos que se nieguen á purgarse so pretexto de mal gusto ó por temor de debilitarse. Véase la Instrucción. En todas las buenas farmacias. Cajas de 20 rs., y de 10 rs.

PASTA Y JARABE DE NAFÉ DE DELANGRENIER

Los únicos pectorales aprobados por los profesores de la Facultad de Medicina de Francia y por 50 médicos de los Hospitales de París, quienes han hecho constar su superioridad sobre todos los otros pectorales y su indudable eficacia contra los Romadidos, Grippe, Irritaciones y las Afecciones del pecho y de la garganta.

RACAHOIT DE LOS ARABES de DELANGRENIER

Único alimento aprobado por la Academia de Medicina de Francia. Restituye á las personas enfermas del Estómago ó de los Intestinos; fortifica á los niños y á las personas débiles, y por sus propiedades anaplásticas, preserva de las Fiebres amarilla y tifoidea.

Cada frasco y caja lleva, sobre la etiqueta, el nombre y rúbrica de DELANGRENIER, y las señas de su casa, calle de Richelieu, 26, en París.— Tener cuidado con las falsificaciones. Depósitos en las principales Farmacias de América.

EXPRESO ISLA DE CUBA.

EL MAS ANTIGUO EN ESTA CAPITAL. Remite á la Península por los vapores-correos toda clase de efectos y se hace cargo de agenciar en la corte cualquier comision que se le confie.—Habana, Mercaderes, núm. 16.—E. RAMIREZ.

EL UNIVERSAL.

PRECIOS DE SUSCRICION. Madrid, un mes. 8 reales. Provincias, un trimestre, directamente. 30 » Por comisionado 32 » Ultramar y extranjero. 70 y 80

EL TARTUFO, COMEDIA EN TRES ACTOS.

Se vende en Madrid, en la librería de Cuesta, calle de Carretas, núm. 9.

CATECISMO DE LA RELIGION NATURAL,

por D. JUAN ALONSO Y EGUILAZ,

REDACTOR DE «EL UNIVERSAL.»

Este folleto encierra en una forma clara, metódica y compendiosa, el resumen sustancial de los principios de la religion natural, es decir de la religion que á todos los hombres ilustrados y de sano criterio dicta su simple buen sentido. Contiene en su primera parte un prólogo, una introduccion, el credo, mandamientos, etc., etc.; y en la segunda, preguntas y respuestas sobre el texto. Su precio un real en Madrid y real y medio en provincias. Se halla en las principales librerías.

INGENIEROS CONSTRUCTORES, ESTABLECIDOS EL AÑO 1849. (LASARTE, PROVINCIA DE GUIPUZCOA). Unicos representantes y constructores para España y Portugal de las máquinas de planear, picar y blanquear las piedras de moler trigo, de sistema privilegiado de S. Galay. Constructores de toda clase de maquinaria, como molinos harineros, de aceite, fábricas completas de papel, de algodón, de bujías estrobilares; motores de vapor ó hidráulicos; transmisiones; prensas de todas clases; bombas y aparatos de elevación en cantidades mayores; fundiciones de hierro y bronce, etc., etc.

TENEDURÍA DE LIBROS.

FOR D. EMILIO GALLUR.

Nueva edicion refundida con notables aumentos en la teoria y en la práctica.

Obra recomendada por la Sociedad Económica de Amigos del país de Alicante, y de grande aceptación por el comercio en España y América. Un tomo de 500 páginas próximamente, en 4.º prolongado, que se vende á 20 reales en las principales librerías, y haciendo el pedido al autor en Aliant o Barcelona, Niubó, Espaderia, 14.—Cádiz, Verdugo y compañía.—Madrid, Bailly-Baillier.—Habana, Chao, Habana, 100.

ENFERMEDADES DEL PECHO

CLOROSIS, ANEMIA, OPILACION

Alivio pronto y efectivo por medio de los Jarabes de hipofosfito de sosa, de cal y de hierro del Doctor Churchill. Precio 4 francos el frasco en París. Exijase el frasco cuadrado, la firma del Doctor Churchill y la etiqueta marca de fabrica de la Farmacia Swann, 12, rue Castiglione, París.

DESCUBRIMIENTO PRODIGIOSO.

Curacion instantánea de los más violentos dolores de muelas.— Conservación de la dentadura y las encías. Depósito Gral. en España, Sres. I. Ferrer y C.ª, Montera, 51, pral. Madrid.



Janetas, Callosidades, Ojos de Pollo, Uñeros, etc., en 39 minutos se desembaraza uno de ellos con las LIMAS AMERICANAS de P. Mourthé, con privilegio s. g. d. g., proveedor de los ejércitos, aprobadas por diversas academias y por 15 gobiernos.— 3,000 curas auténticas.— Medallas de primera y segunda clases.— Por invitacion del señor Ministro de la guerra, 2,000 soldados han sido curados, y su curacion se ha hecho constar con certificados oficiales. (Véase el prospecto). Depósito general en PARÍS, 23, rue Geoffroy-Lassner, y en Madrid, BOREL hermanos, 5, Puerta del Sol, y en todas las farmacias.

VAPORES-CORREOS DE A. LOPEZ Y COMPANIA.

LINEA TRASATLANTICA. Salida de Cádiz, los días 15 y 30 de cada mes, á la una de la tarde, para Puerto-Rico y la Habana. Salida de la Habana tambien los días 15 y 30 de cada mes á las cinco de la tarde para Cádiz directamente.

TARIFA DE PASAJES.

Table with 3 columns: Primera cámara, Segunda cámara, Tercera ó entrepuente. Rows for Puerto-Rico, Habana, and Habana á Cádiz.

Camarotes reservados de primera cámara de solo dos literas, á Puerto-Rico, 170 pesos; á la Habana, 200 id. cada litera. El pasajero que quiera ocupar solo un camarote de dos literas, pagará un pasaje y medio solamente. Se rebaja un 10 por 100 sobre los dos pasajes al que tome un billete de ida y vuelta. Los niños de menos de dos años, gratis; de dos á siete, medio pasaje. Para Sisal, Veracruz, Colon, etc., salen vapores de la Habana.

LINEA DEL MEDITERRANEO.

Salida de Barcelona los días 7 y 23 de cada mes á las diez de la mañana para Valencia, Alicante, Málaga y Cádiz, en combinación con los correos trasatlánticos. Salida de Cádiz los días 1 y 16 de cada mes á las dos de la tarde para Alicante y Barcelona.

TARIFA DE PASAJES.

Table with columns for Barcelona, Valencia, Alicante, Málaga, and Cádiz. Sub-columns for 1.ª, 2.ª, and Cubita. Rows for various destinations like Valencia, Alicante, Málaga, and Cádiz.

CORRESPONSALES DE LA AMÉRICA EN ULTRAMAR Y DEMAS CONDICIONES DE LA SUSCRICION.

Large table listing correspondents for various regions: ISLA DE CUBA, SANTO DOMINGO, SAN SALVADOR, NICARAGUA, HONDURAS, NUEVA GRANADA, PERÚ, BOLIVIA, BRASIL, PARAGUAY, ECUADOR, CHILE, GUYANA INGLESA, TRINIDAD, ESTADOS-UNIDOS, and EXTRANJERO.

CONDICIONES DE LA PUBLICACION.

POLÍTICA, ADMINISTRACION, COMERCIO, ARTES, CIENCIAS, INDUSTRIA, LITERATURA, etc.—Este periódico, que se publica en Madrid los días 13 y 28 de cada mes, hace dos numerosas ediciones, una para España, Filipinas y el extranjero, y otra para nuestras Antillas, Santo Domingo, San Thomas, Jamaica y demás posesiones extranjeras, América Central, Méjico, Norte-América y América del Sur. Consta cada número de 16 á 20 páginas. La correspondencia se dirigirá á D. Victor Balaguer. Se suscribe en Madrid: Librería de Durán, Carrera de San Gerónimo; Lopez, Carmen; Moya y Plaza, Carretas.—Provincias: en las principales librerías, ó por medio de libranzas de la Tesorería Central, Giro Mútuo, etc., ó sellos de Correos, en carta certificada.—Extranjero: Lisboa, librería de Campos, rua nova de Almada, 68; París, librería Española de M. C. d'Enne Schmit, rue Favart, núm. 2; Londres, Sres. Chidley y Cortazar, 17, Store Street. Para los anuncios extranjeros, reclamos y comunicados, se entenderán exclusivamente en París con los señores Laborde y compañía, rue de Bondy, 42.